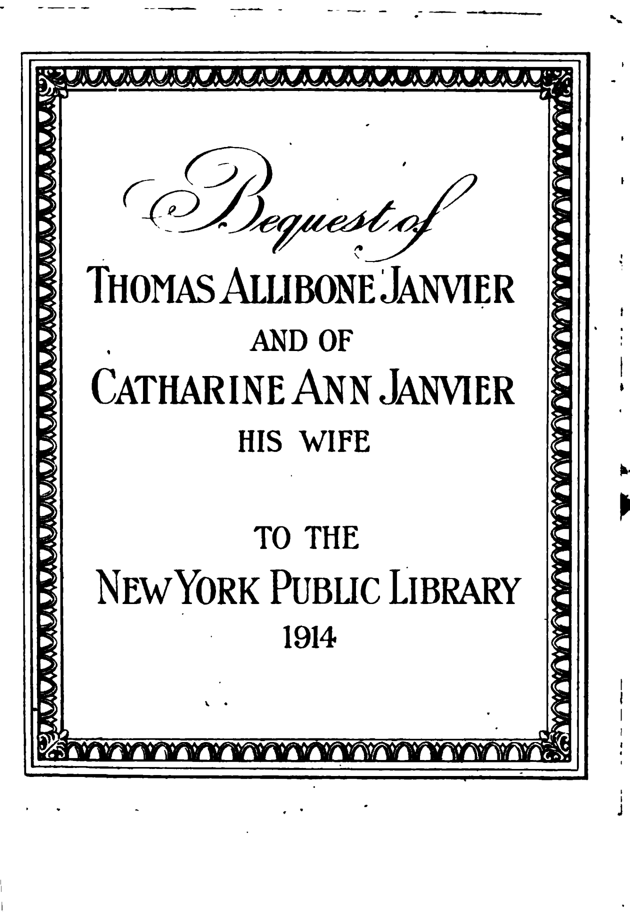

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07580866 1


Bequest of
THOMAS ALLIBONE JANVIER
AND OF
CATHARINE ANN JANVIER
HIS WIFE
TO THE
NEW YORK PUBLIC LIBRARY
1914

NKV

Bellemare . L

ESCENAS

DE LA

VIDA MILITAR

EN MEXICO.

ESCRITA EN FRANCES

Por Gabriel Ferri

(Lius de Bellamare.)

TRADUCIDO POR J. M. F. V.

Primera edicion del Cronista de México.

MEXICO.

IMP. LITERARIA, 2.ª de Sto. Domingo n. 10.

1868.

EL CAPITAN RUPERTO CASTAÑOS.

CAPITULO I.

EL PUENTE DE CALDERON.

La guerra de independencia formó en México una poblacion que hoy se halla diseminada y aislada por sus costumbres y sus recuerdos, de la sociedad, cuya causa defendió tan valerosamente en otro tiempo. Los *guerrilleros*, los aventureros de todas clases componian aquella poblacion excepcional. ¡Feliz el viajero que encuentra hoy en su camino algunos de esos hijos perdidos de la revolucion mexicana! Sus narraciones dan una nueva luz sobre una de las épocas, sin duda, mas curiosas de la

historia contemporánea de Nueva Espapaña. Siempre que he podido preguntar á esos veteranos de las grandes luchas de 1810, he recojido revelaciones, he oido relaciones que nunca se han borrado de mi memoria. Entre esos viejos soldados de la Independencia, hay uno sobre todo, en quien parecen haber encontrado su personificacion, todos los instintos aventureros, todas las pasiones exageradas del ejército insurgente de México. Me refirieron su vida en el mismo teatro de las campañas de 1810 y 1811, y las aventuras que me pusieron en relacion con el capitan Ruperto Castaños son verdaderamente un digno preludio á las relaciones que siguen. Así, pues, no separaré de los romanescos recuerdos del antiguo partidario los incidentes, las escenas de viaje, en medio de las cuales se desarrolló ante mi vista aquella extraña existencia.

Entre México y Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, y á unas cuantas leguas de esta última ciudad, se extiende un llano en donde se dió la batalla mas sangrienta que tal vez haya puesto frente á frente á los defensores de la independencia mexicana y á los sucesores de los héroes de la conquista. Un torrente atraviesa de Este á Oeste aquel punto árido, y

va á perderse, despues de un curso de tres cuartos de legua, en el rio Tololotlan. En aquel torrente hay un puente de piedra, formado de un solo arco; es el puente y el rio de Calderon. El susurro de las aguas que corren profundamente encajonadas entre dos orillas cortadas á pico, el grito de las águilas, el sonido de las yerbas secas que cubren el terreno, son los únicos ruidos que turban hoy el silencio de aquel extenso campo, en donde combatieron cien mil hombres, desde que salió el sol hasta que se puso, por la independencia de su país. A pesar del interes que ofrece el llano de Calderon por semejante recuerdo, muy pocos son los viajeros que allí se detienen, y la mayor parte de ellos atraviesan aquel punto apresuradamente. Otros recuerdos, muy diversos de los históricos, hacen nacer la vista de aquellos tristes lugares; y mas de un encuentro desagradable señala los bordes del torrente de Calderon á la justa desconfianza de los viajeros que llevan un bagaje regular. En cuanto á mí que tenia la felicidad de no ser de los últimos, me habia propuesto al salir de México recorrer y estudiar con el mayor detenimiento el teatro de una batalla tan memorable, y resolví detenerme, antes de llegar á Gua-

dalajara, en uno de los *jacales* que aparecen diseminados á las orillas del torrente, y no tuve motivo para arrepentirme de haber ejecutado semejante proyecto.

Habia llegado al llano de Calderon, despues de una penosa jornada. Me dirigí resueltamente hácia una cabaña, situada no lejos del puente. El dueño de aquella humilde habitacion me ofreció cena para mí y para el criado que llevaba, así como una poca de *pastura* para nuestros caballos y un tinglado que hiciese veces de caballeriza. No necesitábamos otra cosa, y despues de haber echado pié á tierra, sin ocuparme por mas tiempo de los preparativos de nuestra instalacion, me dirigí al llano que me propuse visitar, entretanto preparaban nuestra cena. . . . .

El primer monumento de la batalla de Calderon se presentó á mi vista á alguos pasos del *jacal* en donde estaba posado; fué una especie de *túmulo* grosero, á cuyo lado se elevaba un *mezquite* excesivamente viejo. En el túmulo y en las mismas raices del árbol, se hallaban plantadas muchas cruces pequeñas, en memoria de las numerosas víctimas de la crueldad española. Proseguí mi camino, y á poca distancia me encontré en medio del campo donde se habian batido los dos ejérci-

tos. Antes de abandonar la capital de México, habia leido algunas relaciones, escritas en español, de las últimas revoluciones del país (1). Bajo la impresion que habia dejado en mi memoria la lectura reciente de aquellos libros, recorrí el campo de batalla, en donde tan intrépidos adversarios ó defensores de la dominacion de Madrid en Nueva España, habian encontrado su tumba. En el teatro mismo del drama, recordé, sin trabajo, las principales peripecias y los héroes que habian combatido. La guerra de la independencia mexicana duró diez años, como el sitio de Troya, y la batalla de Calderon debe considerarse como uno de los episodios mas notables de esa larga epopeya, que espera aún á su Homero. Nada faltó á aquella lucha; españoles é insurgentes afrontaron la muerte con la misma audacia. Por parte de los mexicanos, la supersticion reanimó mas de una vez el valor de los combatientes. La efigie de la *Vírgen de los Remedios*, con traje de generalísimo, caminaba á la cabeza del ejércifo independiente. Los sacerdotes de todas clases

(1) Entre estas relaciones, las mas curiosas son, sin contradiccion, las de D. Cárlos María Bustamante, "Cuadro histórico," y las del Dr. Mora, México y sus revoluciones.—N. del A.

eran generales y coroneles. Un cura, cuyo nombre es célebre, Hidalgo, ejercia sobre aquellas masas fanáticas un poder casi dictatorial. A su lado marchaban, como valientes capitanes, Allende, Aldama y Abasolo: en el ejército de los españoles se hallaban en primera línea el implacable general Calleja y el fogoso conde de la Cadena; por ambas partes los jefes eran superiores. Sin embargo, la disciplina debia obtener ventajas sobre el desórden, y seis mil españoles, acostumbrados á los rudos trabajos de la guerra, derrotaron á cien mil mexicanos, lanzados en confusa mezcla al combate por jefes muy poco experimentados.

Hay pocas familias españolas ó mexi canas, á las cuales el terrible aniversario del 17 de Enero de 1811, fecha de aquella batalla, no traiga á la memoria una pérdida dolorosa. El conde de la Cadena es una de las víctimas mas célebres de aquella jornada. Arrastrado por uno de esos furores implacables, que despierta solo la furia de un prolongado combate, el conde se arrojó con doce dragones en per secucion de los mexicanos fugitivos. No lo vieron volver, y se reconoció su cadáver entre los que llenaban el llano. Na- habia precipitado al encuentro de

los insurgentes con mas fogosidad. Los jefes mexicanos hicieron frente á aquel terrible adversario, con un valor digno de mejor suerte. En una de las eminencias, desde donde abrazaba mi vista el teatro de la batalla, hasta sus últimos límites, se habia mantenido Hidalgo durante la accion, y dirigido todos los movimientos de su tumultuoso ejército. Allí era adonde sus capitanes iban á tomar sus órdenes, mientras cien piezas de artillería descargaban sobre los españoles; allí fué tambien donde la noticia de una derrota inesperada sorprendió al intrépido cura, convertido en generalísimo. ¿Cuáles habian sido durante el combate los pensamientos de aquel hombre extraño? ¿Eran los de un padre, en cuyo corazon resuenan dolorosamente los golpes dados á sus hijos? ¿ó los de un general que arriesga al juego de una batalla las mas caras esperanzas de su vida? La doble responsabilidad del pastor y del jefe del ejército, se habia sin duda revelado en aquel momento al alma del sacerdote rebelde, y habia castigado su orgullo con dobles tormentos. Su voz era la que habia lanzado en el llano á tantos millares de hombres armados de hondas y flechas; por su órden, las cien piezas de ar-

tillería habian sido conducidas desde los puntos mas distantes de México hasta el pié de aquellas colinas, sucesivamente ocupadas y abandonas por los insurgentes y los españoles (1). Diez y seis meses antes de la batalla de Calderon, Hidalgo no era mas que cura de Dolores, oscuro pueblo situado á pocas leguas de Guanajuato; Allende era capitan de un regimiento español. ¿A qué fatalidad obedecieron, pues, cuando en la noche del 16 de Setiembre de 1810 lanzaron el primer grito de independencia en el pueblo de Dolores? ¿Y cómo explicar ese delirio revolucionario, que á la voz de Hidalgo, se habia propagado con la rapidez del incendio que produce una antorcha arrojada entre yerbas secas en una sabana? ¿No habia alguna cosa milagrosa en aquel ejército de cien mil hombres, reclutados en pocos dias, por dos ó tres jefes resueltos?

[1] Entre las cien piezas de artillería que siguieron al ejército insurgente, habia algunas que arrancadas de los arsenales de San Blas, á las orillas del océano pacífico,. habian recorrido un espàcio de doscientas leguas, atravesando caminos impracticables, sin mas medios de trasportes que los hombros de millares de hombres, con cuyo sudor, dice un historiador, se regaba materialmente la tierra.—N. del A.

¡Qué cambio de fortuna y qué expiacion, tan cruel despues de triunfos tan brillantes! Por tres veces en Calderon, pareció declararse la victoria por los insurgentes; por tres veces se les escapó, y la explosion de un carro con municiones, introduciendo el desórden en sus filas, concluyó, en fin, su derrota. Algunas de aquellas partidas, mandadas por Allende y Abasolo, pudieron verificar una honrosa retirada, y se encontraron dispuestas para nuevos combates; sin embargo, la pérdida de las tropas insurgentes fué muy considerable. No hubo, segun el parte oficial, una sola bayoneta española que no estuviese enrojecida con la sangre mexicana. Como en todas las guerras civiles, la carnicería que siguió á la batatalla fué terrible.

La mayor parte de los jefes del ejército vencido en Calderon tuvieron un fin muy triste. Hidalgo, Allende, Aldama, recibieron la muerte en el cadalso en Chihuahua. Los restos de Abasolo, el caballeroso insurgente, reposan en el fondo de un calabozo. Torres el *vaquero*, convertido en jefe del ejército, fué ignominiosamente ahorcado en Guanajuato, y su cuerpo descuartizado fué expuesto en cuatro puntos de aquella ciudad, en don-

de la momentánea clemencia de los españoles indultó á todos sus cómplices. Otros partidarios mas felices se escaparon de los desastres de la batalla; algunos hasta llegaron al poder; ¡pero cuántos soldados oscuros, cuántos héroes ignorados habian perecido entre la multitud! En el instante en que este triste pensamiento se ofrecia á mi memoria, el sol estaba á punto de ocultarse. El murmullo del torrente, el estremecimiento de las ramas agitadas por el viento, todos los melancólicos rumores de la soledad se me presentaban mas tristes, mas solemnes que de costumbre. Comprendí que era necesario sacudir las penosas impresiones que me obsediaban, y tomé el camino de mi posada.

La cabaña, que habia dejado desierta hacia cosa de una hora, se habia llenado rápidamente durante mi ausencia. Media docena de dragones mexicanos, que se reconocian fácilmente en sus uniformes rojos y en sus capas amarillas, habian atado sus caballos al tronco del mezquite, rodeado de cruces de madera, y mientras los dientes de sus cabalgaduras trataban de arrancar del árbol seco algunos trozos de su corteza, los soldados descansaban, bebiendo en la puerta de la cabaña. El polvo que cubria los caballos atesti·

guaba que habian hecho una larga jornada. Aquellos hombres de rostros tostados y con sus trajes brillantes formaban un grupo pintoresco. Me parecia que el llano desierto de Calderon acababa de volver á la vida á algunos de los salvajes guerreros á quienes habia servido de tumba.

—¿Tenemos seis convidados de más? pregunté al dueño de la cabaña, entrando en ella. Mi pregunta descubria una inquietud que demostraba mas claramente la mirada que dirigí á la mesa, en la que nada indicaba que se hubiesen ocupado de los preparativos de la cena.

—¡Eh! no señor, respondió el prepietario. Estos dragones están esperando que descansen sus caballos, y se pondrán en camino antes de media hora para la *barranca del Salto*, á donde van á dormir, si es que puede dormirse en ese maldito lugar.

El dueño de la cabaña acompañó estas últimas palabras persignándose devotamente. Por primera vez sorprendia en México una de esas supersticiones tan comunes en nuestros paises, é iba á aventurar sobre el particular algunas preguntas, cuando una voz fuerte atrajo la atencion del propietario. Casi al mismo tiempo un viajero impaciente abrió la puerta y

lanzó hasta el centro de la cabaña un brioso caballo, negro como el ébano.—¡Hola! *patron*, ¿no tiene algunas provisiones reservadas para un viajero hambriento?

Dirigí á aquella inesperada visita la misma mirada, y con el propio disgusto con que antes la habia dirigido á los seis dragones. A la luz de la hoguera que alumbraba la cabaña, pude reconocer á un hombre de cosa de cincuenta años, alto y vigoroso, de piel morena, con unos ojos vivos y brillantes, unos bigotes enormes subian hasta sus orejas, una cicatriz mal encubierta por la falda de su sombrero, partia de su ojo izquierdo y llegaba hasta las barbas. La fisonomía de aquel personaje expresaba bondad y franqueza; habia en sus movimientos y en su acento una aspereza verdaderamente militar.

—Si no quiere vd. mas que *frijoles, chíle y cecina*, y los restos de una polla, puede pasar adelante, respondió el dueño de la cabaña.

—*¡Con mil diablos!* exclamó el recien llegado, precisamente son mis tres platos predilectos, y por lo mismo me detengo aquí.

El desconocido hizo retroceder su caballo con asombrosa destreza, hasta que

pasó el umbral de la cabaña; en seguida saltó en tierra, ató al animal á uno de los añosos árboles que formaban en frente de la cabaña una especie de alameda, y entró, llevando debajo del brazo un magnífico *zarape del Saltillo*, que colocó en un rincon. En seguida se quitó las espuelas, desabrochó el cinturon que sostenia un machete, especie de cimitarra muy ancha, y se sentó á mi lado en un banco de encino, colocado delante de una mesa, ennegrecida por el humo.

—¿Es vd. de mi opinion, con respecto á la cena? me preguntó despues de haberse sentado.

—Sí; solo tengo algunos escrúpulos en cuanto á la edad de la gallina.

—¡Bah! con buenos dientes, no debe temerse, respondió mi comensal; y la sonrisa que entreabrió sus labios, descubrió dos hileras de dientes capaces de pulverizar fierro. ¡Hola! amigo, continuó volviéndose hácia uno de los dragones que se hallaban en la puerta de la cabaña, ¿quiere vd. sentarse, tomar un trago conmigo, y decirme por qué motivo andan vdes. por estos rumbos á una hora tan avanzada?

—Un escuadron de nuestro regimiento está de guarnicion por algunos dias en el

pueblo de Zopotlanejo, y nuestro capitan nos mandó que fuéramos á acampar esta noche á la *hacienda* arruinada, que se halla á un lado de la *Barranca del Salto.*

—¡La *Barranca del Salto!* dijo el desconocido, con un movimiento de sorpresa; ¿y es esto todo lo que vdes. saben sobre el objeto de la expedicion?

—Solo sé, contestó el soldado, que otros seis destacamentos, formado de seis hombres cada uno, marchan por diversos puntos, con el fin de rodear las inmediaciones de Guadalajara; es todo lo que puedo decir á vd., y si desea saber algo mas, puede dirigirse á nuestro *cabo.*

Este, á cuyas órdenes se hallaban los cinco dragones, entraba en aquel momento para reunir á sus soldados y beber el último trago. El viajero, que tan familiarmente habia tratado al dragon, lo hizo de la misma manera con el *cabo*, y previno sus deseos ofreciéndole un vaso, el que aceptó el soldado de buena gana. A la salud de vd., dijo.

—A la de vd., contestó el desconocido. Y dirigió de nuevo al *cabo* su pregunta, que habia quedado sin respuesta, respecto al objeto de la escursion de los dragones.

El *cabo* vaciló un momento antes de responder; en seguida dió órden al solda-

do, que no se habia movido de la cabaña, que fuera á reunirse con sus camaradas. Sin duda el *cabo* no queria descubrir delante de uno de sus inferiores sus secretas instrucciones. Cuando nos encontramos solos,

—Vd. es un *antiguo* soldado, dijo el *cabo* al desconocido, que en efecto tenia la apariencia de un viejo militar.

—He combatido todo un dia en este llano, respondió el desconocido.

—¿Cuándo la batalla de Calderon? interrumpí. En ese caso vd. podrá darme algunos pormenores sobre aquella jornada.

—Con mucho gusto, mientras cenamos. Yo mandaba una *guerrilla* volante, compuesta de doscientos cincuenta hombres, y en la noche casi era yo el único que habia quedado de ella. ¡Cuánta sangre, Dios mio, corrió al pié de esas colinas!

—Vamos esta noche, contestó el *cabo* en voz baja, á explorar la *Barranca del Salto*, y si es cierta la reputacion que tiene ese lugar, á la verdad que es una comision muy triste: dicen que los muertos hacen allí la guerra á los vivos.

—¡Ah! ¡han pasado en aquel lugar cosas terribles! Me acuerdo de una noche

espantosa.... ¿Pero á qué conduce ese cateo nocturno en una *hacienda* arruinada?

—Esa hacienda oculta, segun parece, mas de un huésped peligroso. Escúchen me vdes.; nosotros no aborrecemos á los *salteadores:* es preciso que todo el mundo subsista; pero hay dos clases de hombres á quienes deben respetar los ladrones, á los sacerdotes y á los militares. Hace al gunos dias han tenido la audacia de robar, muy cerca de este punto, á su excelencia el gobernador de Guadalajara, que iba en compañía de su capellan: esto era profanar á la vez lo mas respetable que existe.

—¿Y se sabe quién ha cometido ese sacrilegio? preguntó el veterano.

—¿Quién ha de ser, sino ese endiablado de Albino Conde?

—¡Albino Conde! ¿el hijo del famoso guerrillero que prestó tantos servicios en la guerra de independencia?

—El mismo. Uno de los hombres de la escolta del gobernador lo reconoció á pe sar de su disfraz, y á él es al que tengo órden de cojer vivo ó muerto en la ha cienda del Salto. Pero he creido prudente ocultar á mis soldados el objeto de nuestra expedicion, porque yo sé por expe-

riencia que Albino tiene amigos por todas partes.

—¿Y creen encontrarlo en la hacienda del Salto?

—Vd. sabe muy bien que allí era donde se refugiaba su padre cuando no era mas que contrabandista, y aquí, para entre nosotros, diré á vdes. que me han prometido la charretera de alférez por la cabeza del bandido.

—Cuidado, señor *cabo*, dijo el extrangero que hacia algunos momentos permanecia pensativo, cuidado; yo que les hablo á vdes., he visto cosas muy extrañas en la *Barranca*, y líbreme Dios de tener que buscar un lecho en aquellas ruinas, cuando arrecia el viento de la media noche en el llano, y alumbra la luna la cruz del *matado* en el fondo de la barranca. Vdes. no son mas que seis, y para esa expedicion me parecen pocos....

—Pues qué, ¿es verdad todo lo que refieren? preguntó el *cabo* espantado.

—¡Sin contar lo que nadie ha vuelto á decir!

—¡Diablo! yo deseo mucho volver á referir lo que haya visto, y no haré alto con mis soldados, sino á la entrada de la barranca, bastante lejos de los muertos para no temerlos, y muy cerca de los vivos, si

los hay allí, para cortarles la retirada. Toda la dificultad consiste en pasar esta noche sin novedad, porque mañana temprano deben reunírsenos otros destacamentos en aquel maldito lugar; pero ya se hace tarde, y tenemos que andar mucho. Adios, mi capitan.

Y el dragon vació el último vaso de *mescal*, en seguida apretó la mano del veterano y salió precipitadamente. Un momento despues, los ecos silenciosos del llano de Calderon se despertaban al ruido que hacian galopando los caballos. El extrangero que habia quedado solo conmigo, no pareció cuidarse mucho de la cena, ni de mi compañía, porque no tardó en tomar su *zarape* y colocarse en el umbral de la cabaña, desde donde pareció seguir con la vista á los seis dragones que caminaban por el llano; y apenas los perdió de vista, cuando se lanzó á su caballo y partió, sin volver siquiera la cabeza al punto donde yo estaba.

La conversacion que acababa yo de escuchar no dejaba de causarme alguna inquietud, lo confieso, y reflexionaba que hubiera sido mucho mas prudente, tal vez, no elejir para pasar la noche, una posada tan inmediata al cuartel general de un *salteador*, tristemente famoso. Yo me ha-

llaba, por otra parte, bajo la penosa impresion de una de esas horas de silencio y aislamiento que siempre que se presentan en la jornada de un viajero, conducen su pensamiento hácia la patria ausente. Los confusos rumores de la noche comenzaban á escucharse en el llano. Los chillidos de los grillos, ocultos entre las yerbas secas, llegaban hasta mis oidos, mezclados con los ladridos de algunos perros, lúgubremente repetidos por los ecos de aquellas soledades. El dueño de la cabaña y mi criado se hallaban ocupados fuera de ella; las tinieblas aumentaban á mi rededor, y con cierto placer, como una distraccion á mis penosos pensamientos, ví llegar á la muger del propietario de la casa, atraida sin duda por el humo de sus guisados, que parecian estar ya en buen estado.

—Cuando vd. quiera cenar, me dijo, ya está todo dispuesto.

—Al instante, contesté, si vd. gusta.

La *ventera* extendió en la mesa un mantel largo y angosto, y tan sucio, que atestiguaba á primera vista sus largos servicios. Era segun el uso de *tierra adentro*, una tela de algodon adornada en su extremidad con perfilados y flecos, mezclados con abalorios. La ventera puso en la

mesa dos platos, uno para mí y otro para mi criado.

—Somos tres, le dije, se le ha olvidado á vd. un plato.

—¿Tres? me preguntó, ¿quién es el otro?

—Ese caballero con unos bigotes muy largos que se hallaba aquí hace cosa de media hora.

—Ha marchado sin esperar la cena, y no ha vuelto. Despues de todo, no hay para que quejarse, supuesto que tendrá vd. doble racion.

Mi criado entró en aquel momento, y yo me senté á la mesa de muy mal humor: la cena me pareció detestable. Todos mis esfuerzos para obtener del propietario ó de su muger algunos informes sobre la *Barranca* del Salto, no produjeron mas que esta invariable respuesta: *Dicen que allí espantan.* Despues de una cena tan triste y de un dia de tanta fatiga, tenia mucho sueño y necesidad de dormir. Eran cerca de las doce de la noche, y dormia yo hacia cosa de media hora, recostado sobre mi *zarape*, en el banco de encino que me habia servido de silla, cuando un ruido de pasos y la fresca brisa de la noche, penetrando por la puerta entreabierta, me despertaron súbitamente. Un individuo acababa de de-

tenerse delante del *jacal;* echó pié á tierra, y entró en el cuarto que me servia de recámara. Al momento lo reconocí.

—¿Qué todo el mundo duerme aquí? me preguntó bruscamente: ¿quedó algo de la cena?

—Todo el mundo duerme, respondí, y temo mucho que mi criado haya consumido su cena y la de vd.

—¡Poco importa! cené en otra parte tan mal como lo habria hecho aquí: lo que busco es un abrigo, en primer lugar, y una persona bastante bondadosa que no me niegue un servicio.

—En cuanto al hombre, se halla en presencia de vd.; pero en cambio me debe vd. una relacion de la batalla de Calderon. ¿Lo habia vd. olvidado?

—No, ciertamente; y mañana platicarémos; pero permítame ante todo que vaya á acomodar mi caballo.

Y el veterano, sin aguardar mi respuesta, se dirigió á la caballeriza. Algunos momentos despues volvió á acostarse al pié del banco, en el que en vano trataba de dormirme. ¿Llevará vd. á mal, me preguntó, que afirme delante de vd. que he estado en esta *posada* desde las seis de la tarde, y que no me he movido de ella?

Reflexioné un momento. ¿Será preciso que yo mismo lo afirme?

—No, su papel de vd. se limitará á no decir cosa alguna; yo solo mentiré si es absolutamente preciso.

—Concedido, señor D....

—Ruperto Castaños, contestó con énfasis el extrangero, ex–capitan de *guerrilleros*....

Esta respuesta dió término á nuestra conversacion. El capitan Ruperto roncaba antes que yo hubiese vuelto á dormirme; él fué quien me despertó á las cuatro de la mañana, y me propuso que fuésemos á dar una vuelta por el llano, entretanto ensillaban nuestros caballos. Cuando salimos del *jacal*, el capitan me condujo hácia el torrente.—Coloquémonos en el puente, me dijo; desde allí dominarémos el campo de batalla; pero, *¡con mil diablos!* yo no sé como describirle á vd. el combate que se verificó en este lugar hace cosa de treinta años. El humo de la artillería y el polvo formaban una niebla que me rodeaba por todas partes; le indicaré á vd. los puntos que ocupaban mis valientes compañeros. El puente de Calderon tiene á su frente, y á su lado izquierdo, dos colinas prolongadas y muy escarpadas que dominan el llano; el ca-

mino real de Guadalajara atraviesa el puente, porque el rio que corre bajo el arco, entre dos orillas cortadas á pico, no presenta un solo punto vadeable.

A estas palabras del capitan siguió un momento de silencio; mis ojos se dirigieron sucesivamente al puente, á las colinas y al rio. Mire vd., añadió Castaños, designando una de las colinas que están al frente del puente, en aquella altura se hallaba situada la víspera de la batalla una batería de sesenta y siete caños de todos calibres; en la colina de la izquierda, doce piezas de artillería; otras siete á poca distancia, en el lugar donde el montículo de la izquierda forma una prominencia ó tercera colina; por todas ochenta y seis piezas, con las que podian destruirse, con una sola descarga, los seis mil hombres del general Calleja. Pues bien: las flechas de los indios hicieron aquel dia mas que nuestras tres baterías. ¿Creeria vd. que las cureñas estaban construidas de tal manera, que las bocas de las piezas no podian inclinarse, y que desde aquella altura las balas pasaban forzosamente sobre el enemigo? La fatalidad, como vd. ve, nos perseguia, porque las disposiciones generales parecian haberse tomado perfectamente: no faltaban mas que bue-

nas armas. El general Torres estaba allí, al pié de la colina, en frente del puente; D. Juan Aldama en la de la izquierda; Abasolo mandaba quince mil hombres, y aun me parece verlo galopando al frente de su tropa; Allende se encontraba en todas partes, como general en jefe; y desde aquella eminencia que se ve allá abajo, Hidalgo de pie, con la cabeza desnuda, dominaba el cuerpo de reserva diseminado en todo el llano. Yo me hallaba con mis doscientos cincuenta hombres muy cerca de Allende. Ahora fórmese vd. una idea de cien mil hombres mal armados, ó sin mas armas que flechas, hondas, malos fusiles, y puñales colocados en el extremo de un garrote, á excepcion de algunos millares de soldados que Allende habia disciplinado, cien mil hombres rezando el Rosario, ó entonando cánticos; en seguida, el dia de la batalla, un ruido ensordecedor, una nube de humo que se extendia por todas partes, y sabrá vd. tanto como yo de esa gran batalla, á la que sin embargo asistí.

Me contentó con estas explicaciones imperfectas; porque en aquel instante se hallaba excitada mi curiosidad, y deseaba oir al *guerrillero* referirme la leyenda

de la *Barranca del Salto*, y por lo mismo le manifesté mis deseos.

—Si de Guadalajara, adonde voy á acompañar á vd., me contestó, va vd. á Tepic, y de allí hasta San Blas....

—Eso es precisamente mi itinerario, interrumpí.

—Tanto mejor, *caramba*, tanto mejor, caminarémos juntos; ademas, tengo muy poderosos motivos para acompañar á vd., añadió D. Ruperto; tal vez se los comunicaré á vd. algun dia, y le juro que es una historia muy interesante la que ha precedido á mi encuentro con vd. Entretanto, si le parecen á vd. otras relaciones dignas de atencion, pongo todos mis recuerdos á su disposicion. He combatido al lado del padre Hidalgo, de Abasolo, de Aldama y de Allende; he vivaqueado, dispuesto emboscadas con Torres, Sotomayor, García, Osorio, Montaño, y otros muchos. Le haré á vd. un retrato al natural de esos héroes extraordinarios; le referiré á vd. hazañas originales, pintorescas aventuras que se han verificado en los bosques, en los llanos y en las playas del Océano Pacífico. ¿Le conviene á vd. todo esto?

—¡Pues no me ha de convenir! excla-

mé yo encantado con aquella buena é inesperada fortuna.

Apareció el sol; era el momento oportuno para ponerse en camino. Volvimos á la *venta* y encontramos nuestros caballos ensillados y enfrenados; la *ventera* nos sirvió una taza de chocolate, que debia ayudarnos á esperar con paciencia un desayuno mas sustancial, puesto que Guadalajara no se halla mas que á diez leguas del puente de Calderon. Concluido nuestro ligero desayuno, montamos á caballo y partimos.

Cabalgábamos hacia cosa de media hora, cuando fuímos alcanzados por una reunion de *ginetes*. Eran los dragones y el *cabo* que habiamos visto en la *venta* de Calderon.

—¿Qué hay *cabo*? preguntó D. Ruperto; ¿trae vd. en la bolsa su charretera de *alférez*?

—¡El diablo es el hombre! exclamó tristemente el *cabo*. En vano registramos esta mañana la *hacienda* y la *Barranca del Salto*.

—Pero ¿por qué no fueron vdes. por la noche? preguntó D. Ruperto; habrian, sin duda, encontrado lo que deseaban.

—Tal vez habria yo hallado lo que no

buscaba; ademas, ninguno de mis soldados se hubiera atrevido á penetrar.

—Este caballero y yo, prosiguió Castaños, despues de haber cenado en la *venta*, en donde vd. nos dejó antes de acostarnos, despues de un dia de viaje, rezamos porque lograra vd. sus deseos.

Castaños mentia desvergonzadamente. Segun lo que habiamos convenido, no lo contradije.

—Aquí para entre nosotros, prosiguió el *cabo*, yo sé poco mas ó menos en dónde está ahora ese amigo. Vamos á cercar el pueblo de Zopotlanejo, en donde, segun dicen, corteja á una preciosa *china:* Allí es donde espero encontrarlo y ganar mi charretera de subteniente. No creo que lleve á mal que lo obligue á contribuir á mis ascensos. Lo conozco, y entre amigos, debe uno servirse mútuamente.

—Los amigos, dijo Ruperto, se ayudan como pueden.

El *cabo* y sus cinco hombres se alejaron en direccion del pueblo de Zapotlanejo.

—¿Qué, ese Albinó es un bandido muy formidable? pregunté al capitan.

—No: le gusta vivir sin trabajar.

—¿Y qué clase de aspecto tiene? ¿Lo conoce vd?

—Su figura no es simpática, es verdad.

Tiene una fisonomía repugnante y feroz; es chaparro y mal formado.

--Entonces corre mucho riesgo de no ser muy bien recibido por la preciosa *chira*.

En aquel momento, un jóven cuyo traje y maneras anunciaban un caballero, apareció en el camino que seguiamos; iba montado en un magnífico caballo bayo, y parecia deseoso de alcanzarnos. El capitan Castaños conservaba sin duda una estrecha amistad con aquel individuo, porque apenas se encontraron en frente uno del otro, cuando cambiaron un cordial apreton de mano. El nuevo compañero era alto, esbelto, y tenia una figura muy simpática.

--Me alegro que hayas llegado, sobrino; seguirémos juntos nuestro camino, porque el señor es mi amigo, y no debemos tener secretos para él.

El jóven nos saludó con política, hizo dar media vuelta á su caballo, y seguimos juntos nuestro camino hácia Guadalajara. Por corto que fuese nuestro viaje, no debia terminar sin otro encuentro, porque á cosa de una legua de la ciudad fuimos alcanzados por un hombre que tenia toda la apariencia de un pícaro y un rostro patibulario.

—¿Me permite vd., tio? dijo el jóven, deteniéndose para hablar con aquel sospechoso personaje.

—Haz lo que gustes, contestó el capitan.

Algunos momentos despues nos alcanzó el jóven, y guardando silencio, comenzó á trotar á nuestro lado. Dos veces, antes de llegar á Guadalajara, el sobrino del veterano habló en voz baja con algunos hombres que la casualidad conducia sin duda á nuestro encuentro, y cuyas fisonomías y trajes me parecian más que equívocos. Evité, sin embargo, demostrar la menor desconfianza al capitan Castaños, y éramos los mejores amigos del mundo cuando entramos juntos en la ciudad de Guadalajara.

CAPITULO II.

GUADALAJARA.

Guadalajara es la capital del Estado de Jalisco. Colocada en los límites de la *tierra fria* y de la *tierra caliente*, la ciudad participa del aspecto de las dos zonas en que se divide México. Bajo un cielo

siempre puro, rodeada de numerosos jardines, sufre algunas veces la influencia de los vientos helados que soplan de las montañas vecinas. El cerro del Col, especie de volcan apagado, el pico de Tequila, y detras de estas tristes montañas, una cadena de colinas que rodean el rio Tololotlan, tal es el sombrío anfiteatro que presenta por la parte del Norte la ciudad de Guadalajara. Pinos y encinas verdes cubren aquellas alturas. En las orillas del Tololotlan se anuncian otras regiones, y circula un aire templado: es que ya se revela la tierra caliente. A las encinas y los pinos suceden los limoneros y plátanos. A las áridas arenas siguen campos sembrados con cañas de azúcar, regados por numerosos riachuelos. El aspecto interior de Guadalajara es de lôs mas risueños. Cada casa tiene su *huerta*, y en todos estos jardines se ostenta una lozana vegetacion. Guadalajara no es solo una ciudad pintoresca, es tambien una ciudad manufacturera; es la segunda ciudad de la república, como Lyon es la segunda ciudad de Francia, y presenta con nuestra metrópoli industrial esta otra analogía, que de todos los centros de poblacion de México es el en que las pasiones políticas se agitan con mas fervor.

—Segun lo que me ha referido vd. de sus negocios, me dijo D. Ruperto, en el momento que llegábamos á la vista de la ciudad, debe vd. permanecer aquí una semana por lo menos, aguardando la llegada de sus arrieros. Yo tambien debo pasar aquí algunos dias; por lo mismo, y estando de acuerdo, voy á conducirlo á un *meson* cuyo *huésped* es mi amigo, y con mi recomendacion será vd. atendido perfectamente. No tiene vd. mas que quererlo, para que se añada un banco de madera al ajuar de su cuarto, lo que es un lujo inusitado en este país. Ademas, dentro de dos dias se celebra la fiesta de la Vírgen de Zapopam, é iré á buscarlo á vd. á la posada para que la veamos juntos. Entretanto voy á alojarme en casa de un amigo, y siento no poder ofrecerle á vd. mejor hospitalidad que la de una *posada pública.*

Mientras que el capitan me daba estas indicaciones, habiamos llegado á la garita ó *barrera.* Acercóse un oficial á recibirnos, haciéndonos seña de que no pasásemos adelante.

—Perdónenme vdes., señores, nos dijo; pero las instrucciones que tengo, me obligan á someter á vdes. á un interrogatrio.

Deseo saber de dónde vienen vdes. y á dónde van á descender en esta ciudad.

--Hemos dejado mi sobrino y yo esta mañana el llano de Calderon, dijo el capitan señalando á nuestro jóven compañero. Nos desayunámos en uno de los *jacales* del llano en compañía de este señor extrangero.

El capitan recordaba muy bien en aquel momento, la promesa que le habia yo hecho de no contradecirle en lo que manifestase. Juzgué, sin embargo inútil, y tal vez imprudente, desmentirlo; así es que guardé silencio En mi calidad de extrangero, inspiré al oficial mexicano una confianza que lo decidi á no reiterar la pregunta. Se contentó con añadir:

--¿Y á qué casa van vdes. á posar?

El veterano murmuró entre dientes un nombre que no escuché; pero el oficial pareció satisfecho con la respuesta, porque despues de saludarnos políticamente, nos hizo señal de que podiamos pasar. Durante este corto interrogatorio, el sobrino de D. Ruperto se habia mantenido impasible. Estando ya en libertad para continuar nuestro camino, picamos con las espuelas, y nuestros caballos nos condujeron al centro de la ciudad. Habia llegado el momento de separarnos, y Casta-

Los me indicó el camino que debia yo seguir para llegar á la *posada*.

--Hasta mañana, me dijo; nunca olvidarémos mi sobrino y yo el servicio que nos ha hecho vd.

Estos agradecimientos me sorprendieron; pero sin preocuparme mucho del sentido que debia darse á las palabras de D. Ruperto, me dirigí inmediatamente al *meson* que se me habia indicado. Despues de una comida bastante frugal, pero muy delicada sin embargo, en comparacion de la cena de la víspera, pregunté cuál era el camino que conducia á la *alameda*, y tomé lentamente la direccion de aquel paseo.

La Alameda de Guadalajara, se parecia mucho á la de México, si hubiera paseantes. Casi solo á la sombra de los magníficos fresnos, que forman sus calles, vagaron mis miradas por las cimas lejanas y escarpadas de las cordilleras que dominan la ciudad, y que debia atravesar al dirigirme á Tepic y á San Blas. Confieso que me fastidiaba extraordinariamente, cuando llegó á mis oidos el ruido de voces confusas, que partian de un bosquecillo de jazmines. Separando un poco las ramas que se entrelazaban en frente de mí, reconocí sentados en un banco, á

tres hombres, vestidos como los soldados que habia encontrado la víspera, con el uniforme encarnado de los dragones mexicanos.

—Escucha, dice uno de ellos, ya sabes que soy tu amigo.

—¡Vaya! interrumpió otro dragon, cuya voz me pareció reconocer, yo no creo en la amistad; Albino me ha vuelto incrédulo para siempre. Ese pícaro sabe muy bien que si se dejase cojer por mí, contribuiria á mi ascenso; pues bien, se obstina en evitar mi presencia, siempre que puede. Tarde ó temprano será ahorcado; ¿no valdria mas que fuese un amigo el que le hiciese tal servicio, y no uno de sus enemigos? Moriria al menos con la incertidumbre de que por él llegaba yo al grado de *alférez*.... ¡Ah! continuó el *cabo* (porque el hombre que hablaba era el propio *cabo* que habia yo encontrado en el puente de Calderon), ¡amigos como ese no valen *tlaco!*

—¿Y á dónde fuiste á buscar á Albino? preguntó uno de los compañeros del *cabo*.

—A la *Barranca del Salto*, en primer lugar; despues á Zapotlanejo; pero acababa de dejar este último punto cuando yo llegué.

—Ya lo creo, me han dicho que lo vieron entrar á Guadalajara esta mañana.

—¿De veras? exclamó el *cabo* de dragones; entonces voy corriendo á echarle en cara su mala conducta, porque sé en dónde puedo encontrarlo.

Diciendo estas palabras, el soldado se levantó con la celeridad de un jugador que espera acertar algunos albures si llega á tiempo. A pocos instantes se hallaba al extremo de la calle y lo perdieron de vista sus camaradas.

—Nuestro *cabo* es un buen *galgo*, dijo despues de algunos momentos de silencio uno de los dragones, tan repentinamente abandonados por el *cabo*. ¡Y pensar que no seria necesario mas que presentar al gobernador la cabeza de ese bribon de Albino, para tener su charretera de oficial!....

En aquel instante creí distinguir, á la extremidad de la calle, á mi compañero de viaje, á D. Ruperto, y renuncié al gusto de escuchar aquella conversacion, á pesar de los curiosos detalles que ofrecia sobre las costumbres militares de México. Era, en efecto, D. Ruperto, el que llegaba á mi encuentro. Habia ido al meson, y el huésped le aseguró que debia yo hallarme en la Alameda.

—Buscaba á vd., me dijo el veterano, porque mi sobrino se ve obligado, por un negocio urgente, á salir de Guadalajara esta misma noche; habria sentido mucho marchar sin haber tenido el gusto de ofrecer á vd. una cena en agradecimiento del servicio que le ha hecho vd., y como indemnizacion de la polla cruda que me ví en la forzosa necesidad de dejársela á vd. comer solo en Calderon.

—¿Accidentalmente les he hecho á vdes. un servicio?

—A mi sobrino mas grande que á mí.

—¿Y no puede vd. decirme qué clase de servicio?

—Mi sobrino le dará á vd. sobre el particular mas pormenores esta noche. Porque al fin es secreto suyo y no mio. Así, pues, es dueño de descubrirlo ó reservarlo.

Todas estas palabras me las dijo en un tono que aumentaba singularmente mi curiosidad. ¿Quién era aquel jóven, que sin conocerme, me hacia cómplice de una mentira, cuyo objeto en vano trataba de comprender? ¿Quién era aquel veterano de las guerras de independencia, que me demostraba con aquella complicidad un reconocimiento tan grande? Comenzaba á arrepentirme de haber aceptado por compañeros de camino á aquellos perso-

najes tan sospechosos; pero ya no era tiempo de obrar de otro modo, y Ruperto Castaños me trataba como á un antiguo amigo. Habiame tomado familiarmente del brazo, y entre la duda y la curiosidad me dejé conducir fuera de la Alameda, siguiendo el camino de la casa en donde debiamos cenar. Atravesé en compañía del antiguo *guerrillero* una gran parte de la ciudad. Las sombras de la noche sucedian al crepúsculo, y cuando llegamos á la plaza de Armas, la luna brillaba en un cielo admirablemente puro y trasparente. La inmensa plaza, de la manera que se hallaba alumbrada, parecia un lago de plata, en el cual dibujaban sombras fantásticas los grandes fresnos. Algunas tímidas parejas cuchuchaban á la sombra de los árboles y al ruido de las pláticas amorosas, subia al cielo mezclado con el de un chorro de agua, que en forma de columna luminosa, brotaba de la fuente del centro de la plaza. Los perfumes de los jardines embalsamaban el aire. Habria pasado voluntariamente aquella noche serena paseándome por la ciudad, contento de observar á mi gusto aquella vida nocturna de las ciudades españolas del Nuevo Mundo, tan llena de encanto en sus romanescos misterios; pero mi com-

pañero se había empeñado en no faltar á la hora de la cena, y en lugar de detenernos debajo de los hermosos fresnos de la plaza de Armas apresuramos el paso. Poco despues llegamos delante de una casa baja, como las de la mayor parte de la ciudad, que ofrecia un aspecto risueño. Desde el vestíbulo de la puerta cochera, que se abrió á la voz del capitan, pene tramos á un patio cuadrado, rodeado de corredores. Una hilera de granados sombreaba cada uno de ellos, y las pilastras desaparecian casi bajo una tupida y verde cortina que formaban las plantas enredaderas. Desde allí, no habria tenido necesidad de que me guiase D. Ruperto para dirigirme á la sala del festin; un ruido de voces y los acordes de una guitarra me indicaban claramente el camino.

La sala en que entramos no estaba pre cisamente iluminada *á giorno*, sin embargo, no se notaba la escasez de luz que en la mayor parte de las casas mexicanas. Reconocí entre los asistentes á los perso najes de rostro patibular, que hàbian ha blado aquella misma mañana en el cami no de Guadalajara con el sobrino del ca pitan Castaños. Tres mujeres, mas ador nadas y provocantes que hermosas, de las que por cortesía se nombran de *virtud*

sospechosa, se encontraban mezcladas con los convidados. Excepto las figuras repugnantes de los amigos del j ven sobrino del capitan, la variedad y el lujo casi oriental de los trajes ofrecian una de las vistas mas pintorescas. Sombreros de fieltro adornados con galon de oro, y grandes espadas, con puños brillantes, colgados en las paredes, completaban la decoracion de la sala. El sobrino del capitan, que tenia una guitarra, la entregó á una de las mujeres y se adelantó á nuestro encuentro.

—Sea vd. bien venido, me dijo, y reciba mis agradecimientos por haber tenido la bondad de aceptar mi invitacion. Si hubiese tenido tiempo, habria tenido el placer de ir á convidar á vd. pesronalmente.

Apenas contesté á este cumplimiento, que se me dirigió con mucha política, cuando llegaron á decirnos que la mesa estaba servida. La nacion mexicana es tan sobria, que puede decirse que la gastronomía se halla allí en la infancia. Quedé, pues, muy sorprendido del aspecto que ofrecia la mesa, en la que se ostentaba una numerosa y rica bajilla de plata. Dos floreros, llenos de flores artificiales

excitaron la admiracion de la concurrencia.

—Para hacer bien las cosas no hay otro como D. Faustino, dijo una de las mujeres que se llamaba la *Tapatía*, lanzando al jóven sobrino de D. Ruperto una mirada con sus hermosos ojos negros, mas brillantes que los adornos de acero del abanico con que se refrescaba.

—Es un recuerdo del último baile del gobernador, á que asistí, contestó D. Faustino. He tratado de imitar, en cuanto me ha sido posible, la última cena que nos dió su excelencia.

Los manjares, en efecto, eran delicados, y con gran sorpresa mia atestiguaban que la cocina mexicana seguia las tradiciones de la escuela francesa.

—¿Qué le parece á vd. la cena? me preguntó D. Ruperto, á cuyo lado me habian colocado; esto vale mas que la polla que tuve la descortesía de dejar se comiese vd. solo en Calderon.

—Con semejantes salsas, respondí al capitan, seria uno capaz de comerse una polla de cien años.

El cocinero, con vestido negro y corbata blanca, que iba y venia por la sala, se sonrió al oir mis elogios. Comprendió,

sin duda, que yo era el único estrangero entre los convidados.

—Es vd. demasiado bondadoso, me dijo en frances al oido. ¿Sabe vd., por ventura, en qué clase de reunion se encuentra?

—No, contesté; pero me importa muy poco.

El cocinero se alejó y fué á otra parte á cumplir con sus obligaciones. En el acto reconocí en él á un compatriota, y el buen órden de la cena, confiada á su inteligencia, habria bastado para revelarme su orígen parisiense. En cuanto al sentido misterioso de la pregunta que me habia dirigido, no me preocupaba absolutamente; me contenté con admirar el contraste que ofrecian al rededor de una mesa servida á la francesa, aquellos rudos individuos, vestidos con ricos trajes, y que comian con los dedos de la mano derecha, teniendo en la izquierda el inútil tenedor.

Todos los usos mexicanos se habian trastornado aquella noche; se bebieron con abundancia vinos exquisitos, y cada individuo lo hizo en su vaso: doble trastorno de las costumbres del país, que consisten en no beber mas que agua despues de la comida, y en un vaso comun: en los postres se sirvió vino de Champagne. Concluía la cena, cuando á una seña del jóven

sobrino del capitan, llevaron una canasta de juncos de Guayaquil, con coronas formadas de claveles y jazmines.

—¿Tambien son imitacion del baile del gobernador estas coronas? preguntó una mujer á D. Faustino.

—Sí, *linda mia*, contestó el jóven; pero ha habido mejora en la imitacion. Su excelencia, al fin de la cena, mandó traer enormes canastos llenos de flores, para que las jóvenes, antes de comenzar el baile, pudieran adornarse con ramilletes frescos. Yo creí que vdes. me agradecerian el que les presentase estas guirnaldas rojas y blancas, para que lucieran en sus negros cabellos: en lugar de un ramillete, ofrezco una corona á estas preciosas niñas, que no desairarán mi vihuela.

Pronunciando estas palabras, D. Faustino comenzó á templar el instrumento que iba á servir de orquesta: las tres jóvenes aceptaron con mucho gusto las coronas, cuyas brillantes flores armonizaban maravillosamente con sus negras cabelleras; apretaron á sus esbeltos talles unos cinturones de crespon de China bordados de oro; las cortas enaguas de seda ondularon en los cuerpos de las bailarinas, quienes con la cabeza erguida, el cuerpo inclinado y las castañetas en sus manos,

esperaban las primeras notas del músico. Lenta al principio como la música, la danza no tardó en animarse, y poco despues las blancas flores de las coronas cayeron una por una como las perlas de un aromático rocío. El ruido precipitado de las castañetas, los penetrantes perfumes de las flores deshojadas y las voluptuosas miradas, no tardaron en elevar hasta el delirio el entusiasmo de los espectadares, ya exaltados con los vinos de Francia, y la fiesta parecia que iba á degenerar en una orgía, cuando un criado entró anunciando, que un dragon á quien esperaban, segun decia, deseaba entrar.

—¡Caramba! ya lo creo que lo esperamos, exclamó D. Faustino arrojando el instrumento; es el intermedio del espectáculo. Que entre, Joaquin.

El criado obedeció, y pocos momentos despues, el *cabo* que habia yo visto en el llano de Calderon y bajo los árboles de la Alameda, penetró en la sala mirando con asombro á su derredor.

—Dispénsenme vdes., dijo, creo que me he engañado.

—¿A quién busca vd? preguntó con aspereza uno de los convidados que tenia una larga barba negra, una tez morena, ojos hundidos y cavernosos, y que pare-

cia estar al corriente de la comedia preparada por D. Faustino.

--Mi compadre San Vicente me mandó decir que me esperaba aquí para un negocio urgente.

--¡Váyase vd. al diablo con su compadre! exclamó el hombre de la barba negra.

—Lo cierto del caso es que la persona que busco, no está aquí, añadió el *cabo*, dispuesto á retirarse.

--¿Quién sabe? exclamó D. Faustino, que en aquel momento volvió las espaldas al soldado.

--¡Qué! dijo éste, como si reconociese la voz del que le hablaba: ¿qué oigo?

--No la voz del compadre, sino la del amigo, en cuya casa lo busca vd., contestó D. Faustino, volviendo repentinamente el rostro hácia el cabo de dragones.

Este, parece que vió repentinamente la cabeza de Medusa, segun la sorpresa y el espanto que expresaron sus ojos dilatados y su boca entreabierta.

--*¡Vírgen Santa!* ¡no es posible! exclamó buscando la puerta con los ojos. Voy al instante á buscar á mi compadre.

El *cabo*, en efecto, sentia los mayores deseos de marcharse; pero ya dos hombres guardaban la única salida, por la

cual podia escaparse. Al ver la puerta defendida de aquella manera, el cabo se puso pálido.

—¡Váya! pobre José María, dijo D. Faustino con acento burlon; no estaba yo esta mañana ni en la *Barranca* del Salto, ni en el pueblo de Zapotlanejo, donde me buscaste con tanta eficacia, así es que tu charretera de alférez no llegará tan pronto como deseabas.

¿Aquel jóven de figura simpática, de modales finos y corteses, era el jefe de los ladrones, que el *cabo* queria descuartizar? D. Ruperto me habia dicho sin embargo, que Albino, el hijo de su antiguo camarada, tenia una fisonomia repugnante y feroz, que era feo y mal formado. Así, pues, me habia ocultado la verdad. Lo que me parecia muy claro, sin embargo, era que uno de los compañeros de Albino habia atraido al dragon á una red, prometiéndole entregarle á su jefe, á quien el *cabo* no esperaba encontrar tan bien defendido.

—Mi querido amigo, dijo el dragon, con la mayor sangre fria; ¡cuánto me alegro de volver á verte; y espero que no creeras la infamia que me atribuyen! Yo estaba inquieto.... temia que te hubiese sucedido alguna desgracia.... ¡Habria sido

un pesar para mí! añadió con acento conmovido.

—Ya lo creo, dijo D. Faustino; soy para tí una alhaja de tanto valor.... Pero tengo que comunicarte una noticia muy triste, José María.

—¿Supongo que no querrás asesinarme? preguntó el *cabo*, que se puso extremadamente pálido.

—¿Para qué?

—*¡Canelo!* me contemplo el hombre mas feliz, y puesto que gozas de buena salud, me alegro mucho. Adios.

—Espera; te he dicho que tenia que anunciarte una mala noticia.

—Habla, exclamó el cabo, ya te escucho.

—Pues bien, he hecho la paz esta mañana con el gobernador. Le he dado una excelente prueba, de que no tuve participio en el ataque de que fué víctima. Le he justificado, que el dia en que lo atacaron en las orillas de Guadalajara, me hallaba yo despojando á dos ingleses, que se dirigian con un ricó cargamento á la hacienda de Frias, á veintisiete leguas de aquí. El gobernador se persuadió que me habian calumniado, y hemos quedado los mejores amigos.

—Ya lo creo, dijo el *cabo* sonriéndose.

—Entonces, mi querido José María, añadió el bandido, ya conocerás que es necesario que renuncies á la charretera de sub-teniente.

—No me importa; no contaba con ella, exclamó el soldado con indignacion.

—Lo mejor que podias hacer en estas tristes circunstancias, prosiguió Albino, seria unirte con nosotros.

—No digo que no, contestó el *cabo*. Si se presenta algun negocio, tomaré parte en él, ya hablarémos de esto; pero supuesto que has reconocido mi inocencia, como se ha hecho justicia á la tuya, ¿no podrias mandar que me diesen algo que beber?

Albino invitó á su amigo con la mayor magnanimidad á que se sentase entre nosotros. Le bastaba la venganza que habia tomado del *cabo*.

Estando muy avanzada la noche, deseaba, como debe figurarse el lector, despedirme del pretendido sobrino de D. Ruperto.

—Ya vd. ved, me dijo, que si no me hubiera servido de fiador á mi entrada en esta ciudad, el oficial que nos interrogaba, no habria dejado dó reconocerme. Me hubiera conducido á la casa del go-

bernador en lugar de ir por mi voluntad, lo cual es muy diferente, porque ciertos rasgos audaces intimidan siempre, y yo habria tenido mil molestias que su silencio me ha evitado; porque, en efecto, nadie podia creer que un extrangero fuese amigo de un jefe de *salteadores.*

Comprendí perfectamente la clase de servicio que habia hecho al bandido; pero no por eso dejaba de conservar algun rencor contra el capitan Castaños, y mientras me dirigia en su compañía á mi domicilio, creí que no debia ocultarle mi descontento. El capitan se disculpó lo mejor que le fué posible, alegando que él mismo se habia expuesto por impedir que el hijo de su antiguo compañero de armas fuese víctima de la ambicion del *cabo.* Si me habia abandonado la noche anterior tan repentinamente, fué para advertir al bandido, añadiendo que en efecto habia llegado antes que los dragones á la *Barranca* del Salto. Albino, prevenido por Castaños, habia creido prudente buscar en la misma ciudad de Guadalajara una seguridad que no tenia en el campo. Mi silencio habia facilitado el logro de aquel plan atrevido.

El padre de ese salteador me ha salvado la vida mas de una vez, añadió el ca-

pitan. El nombre del guerrillero Conde, es aún célebre entre nosotros los veteranos. Yo prometí velar sobre su hijo, y voy á decirle á vd. con qué motivo. Al dia siguiente de la batalla de Calderon, tuvimos que sostener un sitio yo y mis soldados, en la *hacienda* de la *Barranca* contra un destacamento de aquellos terribles *tamarindos*, que parecian otras tantas bestias feroces á las órdenes de Calleja (1). Careciendo de víveres, reducidos á las mas duras extremidades, montamos á caballo para abrirnos un camino en medio de los sitiadores. Yo tenia al hijo de Albino entre mis brazos; él llevaba á su mujer á la grupa de su caballo. Parece que veo al antiguo contrabandista haciendo un remolino en medio de los *tamarindos*, con su larga espada cubierta de sangre. Repentinamente cayó su caballo, tanto por el doble peso, cuanto por una herida recibida en las manos. Solo Albino se levantó; la madre no tuvo tiempo mas que para lanzarme una mirada suplicante, como rogándome que velase

[1] Era un cuerpo de infantería al que nombraban así por el color de su uniforme, y que el general español habia compuesto de los hombres mas robustos de la provincia de San Luis Potosí.—N. del A.

sobre su hijo, y un minuto despues habia cesado de existir. El centrabandista se colocó de un brinco en la grupa de mi caballo, y logramos abrirnos paso en medio de dos filas de enemigos. Repentinamente oimos resonar á nuestra retaguardia el galope de un caballo: era uno de los feroces *tamarindos*, que sirviéndose de la cabalgadura de uno de nuestros camaradas, nos persegnia tenazmente. Dí media vuelta haciéndole frente; al mismo tiempo Albino arrojó un rugido de rabia. De la cabeza de la montura pendia una cabeza ensangrentada, bella aún, á pesar de la muerte: era la de la mujer del contrabandista: Albino se dejó caer al suelo. Cerca del puesto en que nos encontrábamos habia un *mezquite:* á una de sus ramas até por el vestido al niño que llevaba, al jóven que acaba vd. de ver, y ataqué al *tamarindo.* Algunos momentos despues galopábamos Albino y yo, lado á lado; yo conduciendo al niño entre mis brazos, él llevando dos cabezas en la mano, la de la víctima y la del asesino. ¿Y cree vd., añadió el capitan con visible emocion, que se olvidan nunca semejantes cosas? Por salvar la vida de ese jóven, á quien he protegido desde la cuna, seria capaz de arriesgar mi salud eterna. ¿Habria yo,

pues, retrocedido ante el temor de hacer desempeñar á vd. un papel, que de ninguna manera podia comprometerlo? Por otra parte, este nó es mas que un incidente de mi larga vida de aventuras, y debo hacerle á vd. una sincera confesion. Ya le he hablado á vd. de la fiesta de Zapopam, que es mañana, y le he prometido á vd. ser su guía. Puesto que le agradan á vd. los recuerdos de nuestras guerras civiles, yo tengo muchas cosas que referirle.

Me guardé bien de rehusar el ofrecimiento de D. Ruperto, y nos separamos muy buenos amigos.

CAPITULO III.

ALBINO EL CONTRABANDISTA.

Sin duda el capitan tenia mucho empeño en cultivar la amistad formada entre nosotros por la casualidad, porque á la mañana siguiente, dia de la fiesta de Zapopam, entró á caballo á cosa de las diez de la mañana en el patio del *meson* á donde yo estaba posado. Mi caballo estaba

dispuesto, bajé, y ambos tomamos el camino del pueblo de Zapopam, situado á dos leguas de Guadalajara. Las calles que atravesamos estaban muy compuestas: las cortinas de seda, lana ó algodon que servian de sobrecamas á los habitantes, se hallaban colgadas á guisa de adornos en todos los balcones. Unos arcos formados de *tules* frescos, mezclados con innumerables flores silvestres, pendian sostenidos en los balcones de una y otra acera. Las campanas tocaban á vuelo, y los cohetes tronaban por todas partes, principalmente en las azoteas. Los habitantes de la ciudad circulaban fuera de sus muros; los del campo invadian la ciudad. El camino que conduce á Zapopam se hallaba lleno de carruajes, de individuos á caballo y gentes de á pié, que como nosotros, se dirigian al encuentro de la Vírgen milagrosa, que iba á verificar su entrada solemne en Guadalajara. Supe en el camino por boca del capitan, que para tener el honor de combatir á los españoles bajo la proteccion del cielo, y para oponer una Vírgen á la de los Remedios, elevada al rango de *generalísima* por el virey Venegas, los *tapatíos* (es el nombre que dan á los habitantes de la capital de Jalisco) habian dado á la patrona de Zapopam el

grado de *generala.* La ceremonia se habia verificado el 13 de Junio de no sé que año, y aquel dia era el aniversario de la fiesta á que asistiamos.

Nos hallábamos aún á medio camino, cuando encontramos el carruaje en que caminaba la Vírgen, y el cual no iba tirado por caballos ni mulas, sino por los fieles que lo hacian con el mayor gusto. La imágen fué recibida con estrepitosos vivas y aclamaciones, y atravesó triunfalmente la multitud, adornada con una banda tricolor, es decir, con los tres colores nacionales, verde, blanco y encarnado, lo que demostraba un grado militar muy elevado. Habria sido una imprudencia no inclinarse con respeto delante de aquella imágen. Los *tapatíos* son afamados en toda la República por su destreza en el manejo del puñal, y se entregan con mucho gusto á los ejercicios de la arma, á los cuales son excesivamente aficionados.

—¿Quiere vd. que continuemos paseo? me preguntó el capitan, cuando la piadosa procesion se hallaba distante de nosotros. Todas estas cosas me recuerdan, á pesar mio, los dias de mi juventud. En el camino, le referí á vd. la aventura que me hizo conocer mi vocacion decidida para *guerrillero.* Conocerá vd. á los hom-

bres que dieron á este país la señal de la insurreccion contra la tiranía española.

Habia escogido perfectamente el lugar y el momento para la evocacion de los héroes y de las escenas gloriosas de la revolucion mexicana. Todos los alrededores de Guadalajara hablan de la guerra de independencia. Una larga calle de sauces se extiende desde el pueblo de S. Pedro, inmediato á Zapopam, hasta la capital del Estado de Jalisco, y en aquel camino solitario, D. Ruperto podia comenzar su narracion, con la certidumbre de que no seriamos interrumpidos; así, pues, se apresuró á cumplir su promesa.

—Mi vida militar, me dijo el capitan, comenzó en 1810. Mi padre era en aquella época administrador de una hacienda muy hermosa, situada á pocas leguas de Tampico. Aquella hacienda pertenecia á un rico español. Tenía yo entonces cosa de veinte años, y mi principal ocupacion (porque nuestros amos no querian que se instruyesen los criollos) consistia en re correr á caballo las posesiones que estaban á cargo de mi padre, en lazar toros y en domar los potros que se destinaban para la silla y para la caballeriza del propietario. Aquella educacion me crió naturalmonte robusto, acostumbrado á las

fatigas y á todos los ejercicios que constituyen un verdadero *ginete*. Habia aprendido tambien á manejar el fusil, la espada y la lanza.

Un dia, era un domingo del mes de Febrero del año de 1810, y como dia festivo, se hallaban suspensos los trabajos en la hacienda, me paseaba á caballo á la orilla del mar. El animal que montaba era un sobervio alazan, al que yo habia echado la primera silla, y al que queria mucho, á pesar de que no me pertenecia. El sol comenzaba sus ardientes rayos, y yo habia echado pié á tierra á la puerta de un *tendejon*, al que entré para refrescarme, despues de aquel largo ejersicio. Habia atado mi caballo á uno de los pilares de mampostería que formaban el portal de la taberna. Apenas me habia sentado, cuando un oficial de dragones de San Luis penetró en la sala y preguntó con voz imperiosa á quién pertenecia el caballo que se hallaba en la puerta.

—Es mio, señor capitan, dije modestamente.

—¡Tuyo! añadió el oficial con el mayor desprecio; ¿no sabes, pícaro, que un criollo no tiene derecho para montar á caballo, lo que es un privilegio exclusivamente reservado á nosotros los españoles? En

verdad que el virey hace mal en permitir á otros *bribones* montar yeguas, y que no debia concéderseles mas que para cabalgar en burros.

—Ignoraba que obrase mal, contesté.

—No lo olvidarás en lo de adelante, pícaro, continuó el capitan, y la leccion te costará tu caballo.

—¡Es que no me pertenece! exclamé.

—¿Entonces has mentido, ó lo has robado?

—Ni soy ladron, ni mentiroso, contesté colérico; porque los mexicanos reunidos en la sala, habian comenzado á reirse cobardemente del ultraje hecho á uno de sus hermanos.

El oficial no pronunció una sola palabra; mas el látigo que tenia en la mano silvó en el aire, y tocó mi mejilla. Dí un salto, lleno de rabia; sin embargo, era tal el terror que nos inspiraban nuestros tiranos, que el brazo que habia yo levantado, cayó con desaliento. Me contenté con interrogar con la vista, extremeciéndome, las fisonomías de los mexicanos, reunidos á mi derredor. Una risa, un movimiento burlesco, me habria servido de pretexto, para hacer caer sobre mis compatriotas el peso de aquella cólera que no me atrevia á descargar sobre

el español; pero nadie pareció dispuesto á añadir un insulto al ultraje que yo habia sufrido. Entonces ví á un jóven en traje de pescador, sentado á pocos pasos de donde yo estaba, ponerse pálido y levantarse visiblemete conmovido, por el indigno trato que se me daba. ¿Qué mas le diré á vd? yo estaba solo; el oficial iba acompañado por dos amigos suyos, yo me hallaba desarmado y sin poder defenderme, y á pesar de mis instancias, mi caballo fué conducido por el *asistente* de uno de los oficiales.

Salí de la taberna, y caminé algun tiempo, siu saber á dónde dirigirme. Seguia una vereda, apenas visible en la arena, á la orilla del mar, cuyas olas azotaban la playa con un ruido triste y monótono. Mil blasfemias y necias amenazas se escapaban de mi boca, cuando una voz áspera, gritó repentinamente á mis espaldas.

—¡Hola! amigo, ¿á quién le habla vd. de esa manera?

Yo era, y aun soy algo supersticioso, y aquella voz que respondia bruscamente á mi pensamiento, me pareció la del demonio, siempre pronto á ofrecer á los hombres los medios de perder sus almas. El hombre que tan ásperamente me ha-

bia apóstrofado, se hallaba cubierto con un traje grosero, á pesar de que no parecia pertenecer á la ínfima clase de la sociedad. Tendria cincuenta años, poco mas ó menos. Su fisonomía inteligente y orgullosa á la vez, imponia el respeto y la obediencia. Turbado por aquel inesperado encuentro, al principio solo pude murmurar algunas palabras incoherentes, haciendo la señal de la cruz. Este movimiento hizo sonreir desdeñosamente al desconocido.

—¡Groseras supersticiones! dijo mirándome con una especie de burla y de compasion; sí, eso es todo lo que se enseña á nuestros hijos. ¿Quién ha ultrajado á vd., hijo mio, y qué mano ha estampado en sus mejillas esa sangrienta marca?

Yo habia dado mis quejas al viento, tomando por testigos á las orillas del mar, así es que no me hice de rogar para comunicar mis penas á la persona que parecia demostrarme tan vivo interes. Escuchándome, aquel hombre dirigia su vista, de cuando en cuando, á la línea azul que terminaba el horizonte, é interrumpió un momento mi relacion para preguntarme si un punto blanco, que me designaba con el dedo, era una gaviota ó una barca de pescador.

—No es gaviota ni barca, respondí, sino el velámen de un buque de tres palos ó un brick.

—Bien, respondió; continué vd.

Y terminé mi relacion, no sin hacer los mayores esfuerzos, para vencer la emocion que me ahogaba. Cuando concluí, el extrangero me apretó la mano.

—Cuente vd. conmigo, me dijo, quedará vd. vengado, y otros muchos lo quedarán igualmente.

En aquel momento se presentó á nuestra vista el pescador, cuyas buenas disposiciones para conmigo habia notado en la taberna.

—¡Vive Cristo! dijo acercándosenos; un latigazo semejante deberia cortar la vida no solo al que lo ha dado, sino á toda la raza de nuestros opresores.

—Eso es fácil de decir, contesté, y vd. que hace gala de tan orgullosos sentimientos, ¿por qué no tomó mi defensa, cuando me hallaba solo contra tres oficiales de los dragones de San Luis?

—¿Por qué? Porque aun no ha llegado el momento; pero paciencia, lo que no se hace en un dia se hace en dos. Entretanto ¿está vd. decidido á vengarse del ultraje que ha recibido?

—Sí, sí, puedo hacerlo.

—En el presente caso se puede todo lo que se quiere, contestó el hombre que me habia hablado primero, y que continuaba dirigiendo la vista con distraccion al ho rizonte.

El navío comenzaba á crecer, como una de esas nubes lejanas que aumentan de volúmen á medida que el viento las empuja hácia el Zénit.

—¡Ah! continuó, ahora sí distingo todo el velámen.

—¡A fé de contrabandista! es un hermoso bergantin, exclamó el jóven pescador mexicano; pero todavía es muy temprano para que se aproxime á la barra.

—Viene á reconocer la costa mientras hay luz, para poder abordar en la noche, respondió el compañero del que acababa de declarar tan ingenuamente su profesion de contrabandista.

Al mismo tiempo ambos individuos se alejaron á poca distancia, y observé que hablando en voz baja, tan pronto me designaban como dirigian sus miradas á uno de los puntos mas elevados de la costa. En la cumbre de un peñasco elevado, que dominaba por una parte la corriente del rio Pánico, y por la otra el mar, se dibujaba en el azul del cielo la gavita de un vigía ó guarda-costa. Comprendí que la

presencia de aquel guarda molestaba á los dos interlocutores. El mas jóven se acercó á mí.

—Amigo, me dijo resueltamente, se trata de tomar un partido. ¿Es vd. de los nuestros? A nombre de este caballero le ofrezco de nuevo la venganza. Véamos; mientras hierve aún la sangre en sus venas, ¿jura vd. por la salud de su alma, que será de los nuestros?

—¿Quién es vd? pregunté al desconocido.

—¿Qué le importa á vd. si le ofrezco los medios de vengarse?

—Pues bien, con esa condicion, soy de vdes., lo juro por la salvacion de mi alma. Ahora ¿puede vd. decirme quién es, y quién es este caballero?

—Yo soy el contrabandista Albino Conde; en cuanto á este caballero, aun debe vd. ignorar su nombre.

Habia oido hablar con frecuencia de Albino, como de uno de los mas audaces contrabandista de la costa. Bajo el régimen español, el contrabando era un oficio lucrativo, aunque muy peligroso. Era una guerra á muerte entre los guardas de la aduana y los enemigos del fisco, y en aquellas luchas mortales, Albino Conde se habia creado una fama extraordinaria.

Quedó convencido que esperariamos detras de los nopales á que el sol estuviese próximo á desaparecer, y entonces Albino, su compañero y yo, iriamos á abordar el navío que se hallaba á la vista. Parecia que ambos tenian datos ciertos sobre su nacionalidad y sobre la clase de su cargamento. Yo me hallaba ausente, durante semanas enteras, de mi habitacion, así es que no temia alarmar á mi padre volviendo á la casa la mañana siguiente; la esperanza de vengarme pronto bastaba, por otra parte, para detenerme en la playa, y aunque no pudiese comprender exactamente la analogía que podia resultar de aquel contrabando, con los motivos de queja que yo tenia, sin embargo, no vacilé en prestar una ciega obediencia á los planes misteriosos de mis compañeros.

A través de los nopales que crecian en la ribera, el contrabandista no cesaba de observar las maniobras del bergantin. Tambien tenia los ojos fijos en la eminencia donde se hallaba apostado el vigilante, y en el mástil de señales que se elevaba al lado de la cabaña; Albino vió al bergantin virar de bordo en el momento en que un pabellon izado por el vigilante, acababa de señalar la presencia de un navío mas allá de la barra; el bergantin

comenzó inmediatamente á disminuir de tamaño en el horizonte, y el pabellon que lo señalaba fué arriado repentinamente.

—¡Vive Cristo! dijo el contrabandista. Podian irse al infierno todos los guarda-costas; ahí está uno, que si no lo remediamos, va á pasar la tarde, señalando las idas y venidas del navío.

En efecto, á medida que el barco se alejaba ó se aproximaba, las señales del vigía indicaban inmediatamente sus movimientos. El sol se ocultaba ya en el horizonte, cuando el bergantin creció de nuevo á nuestra vista y enarboló el pabellon español. Inmediatamente apareció el propio pabellon en el mástil de señales.

—¡No es el que esperamos! dijo el mayor de mis dos compañeros.

—Nada tema vd., doctor, agregó Albino, ¿cree vd. tan inocente al capitan del bergantin, para enarbolar el pabellon francés? Es el mismo buque del que descargamos ayer algunos tercios de sedería; aunque habitante de la tierra, tengo una vista de marino, y nunca me engaño, estoy seguro; lo esperan á vd. á bordo y yo lo conduciré; debemos únicamente esperar que se oculte el sol.

—¿No habria sido mas sencillo, dijo el individuo á quien Albino llamaba doctor,

que el hombre que vd. sabe, hubiese venido á la playa en lugar de esperarme á bordo?

—Sí; pero habria corrido el riesgo de que lo prendiesen y lo fusilasen tal vez, y á vd. con él, mientras que de la otra manera ninguno irá á molestarlos, cuando vdes. estén concertando sus planes en el puente ó en el camarote del navío. Así es que creo mas prudente que vd. vaya á bordo.

El doctor se tranquilizó con las prudentes reflexiones del contrabandista, y permanecimos silenciosos, inmóviles en nuestro puesto de observacion, esperando el momento en que las tinieblas de la noche nos permitiesen salvar la barra y llegar al navío frances. En fin, los últimos rayos del sol no doraban mas que las cimas de los palmeros y la altura donde se hallaba el guarda-costa, cuando, despues de haber hablado algunos instantes en voz baja con el doctor, Albino me hizo señal de que lo acompañase. Despues de haber dejado solo al doctor, seguimos juntos por la orilla del rio. Habiendo llegado despues de un cuarto de hora de marcha al lugar en donde se estrechaba la corriente entre dos riveras de cañas, Albino sacó de entre aquellas plantas acuáticas una

pequeña piragua que se hallaba oculta. Atravesamos el rio, y tomamos tierra en el lado opuesto. Desde aquel lugar, en donde habia una rica vejetacion, una cuesta suave al principio, y que gradualmente iba siendo mas escarpada, conducia á la eminencia en donde se elevaba la garita del guarda-costa.

—¿Sin duda es vd. cazador? me preguntó Albino.

—¿Por qué me lo pregunta vd? le dije.

Es decir, añadió el contrabandista, que vd. sabe arrastrarse en silencio hasta el lugar en que se halla el animal. Pues bien, recurra vd. á su habilidad de cazador, porque es preciso que subamos hasta esa eminencia sin que nos vea ó nos escuche el vigilante, para dirigir desde allí una mirada al mar.

—Eso es muy fácil, tanto mas, cuanto que el guarda-costa se halla oculto en su garita.

—Lo que no impide que nos envie una bala con su carabina; así, pues, ya está vd. advertido, marchemos.

Yo habia obedecido hasta entonces pasivamente las órdenes de mi compañero, y por amor propio le obedecí despues. Cuando la piragua quedó de nuevo oculta entre las cañas, comenzamos á ascender

en la colina. Era una legua de tierra que limitaba por un lado el rio Pánuco, y por el otro, el mar. A la derecha el agua dulce se precipitaba, murmurando en el océano; á la izquierda, las olas de agua salada se estrellaban con estrépito en los flancos y al pié del promontorio. De esta manera, el vigilante podia dominar el rio y la alta mar. El ruido de las olas que se chocaban á nuestros piés contra el dique que formaba el peñasco, y el que minaban lentamente, ahogaba el ruido de nuestros pasos.

Era por lo mismo muy fácil avanzar sin que nos escuchasen, pero no pareció absolutamente posible escapar á las miradas del vigilante, luego que hubiésemos llegado al límite del bosquecillo, que cubria una parte de la colina. Asi, pues, al llegar á aquel límite, hicimos alto. Creí que debia manifestar al contrabandista, que me parecia inútil y peligroso continuar nuestra ascension, puesto que desde el lugar en donde estabamos, dominábamos á la vez el rio y el mar. En efecto, en aquel inmenso espejo azul y rojo que se extendia á nuestra vista, podiamos distinguir á lo lejós, hasta los remolinos que trazaban las aguas fangosas del Pánuco. El navío frances, al reflejo

de los rayos del sol, que iba á desaparecer en el horizonte, parecia vagar con velas de fuego. Algunas veces inclinándose al empuje de las frescas brisas que corren al caer de la tarde, mostraba el brillante cobre de su carena. Ignorante, como lo era yo entonces, y arrullado con los cuentos de algunos antiguos españoles, que nos pintaban á los franceses como herejes, réprobros y condenados, creía yo ver en los rayos del sol poniente que atravesaban las velas del bergantin, un reflejo de las llamas del infierno. La idea de entrar en relaciones con aquellos malos extrangeros me causaba el mayor espanto, y habria deseado, á cualquier costa, poder retroceder; pero era demasiado tarde; me ligaba mi juramento, y aquel dia debia decidir de toda mi vida.

Despues de haber hecho alto por un momento, guardando el mas profundo silencio, el contrabandista me dijo, que á pesar de mis observaciones, iba á ponerse en marcha hácia la cumbre de la colina.

—Si vd. tiene miedo añadió, puede volverse.

—¡Marchemos! le dije; ¡pero estamos desarmados!

—No necesitamos armas, respondió Albino con aspereza.

La voz del oceáno continuaba cubriendo el ruido de nuestros pasos, pero algunos palmeros, cuyos verdes penachos agitaba la brisa, eran en aquel lugar nuestro único abrigo contra las miradas del vigilante. En el caso en que éste saliese de su garita, éramos infaliblemente descubiertos.

—Yo arriesgo mas que vd., decia Albino en los cortos momentos en que tirados boca abajo, despues de algunos momentos de una marcha precipitada, respirábamos fatigados; el vigilante me conoce, y la primera bala será para mí.

Estas reflexiones del contrabandista no impedian que yo tuviese sérias aprensiones con objeto del segundo tiro de fusil del guarda-costa; no me cabia la menor duda de que me encontraba en una compañía muy peligrosa, con un hombre tan conocido. Sin embargo, el pabellon con los colores españoles continuaba flotando en lo alto del mástil de señales, y el vigilante no salia de su garita. En fin, llegamos á una barranca, especie de grada gigantesca, que terminaba en la cumbre del promontorio. Acostados en aquel punto, hicimos alto por última vez.

—Véamos desde aquí lo que hace el bergantin, dijo Albino, avanzando de ro-

dillas hácia la parte del promontorio que dominaba el océano.

Lo seguí arrastrándome como él, y desde allí pudimos abarcar con la vista cuánto se extendia á nuestros piés. El peñasco, en cuya cumbre nos encontrábamos, estaba tallado á pico á cosa de ochenta piés sobre el nivel del agua. Las olas azotaban su base con un ruido espantoso. A corta distancia del peñasco la mar se hallaba tranquila, y las aletas de dos ó tres tiburones que cruzaban por aquellos parajes, surcaban la superficie. En cuanto al bergantin, se habia puesto en pairo, y se balanceaba bajo sus inmensas velas. Cerré los ojos para escapar del desvanecimiento que me causaba la profundidad del abismo.

--¡Ah! dijo el contrabandista, el bergantin está en pairo; la maniobra es bastante extraña tan lejos de la costa, para que el aduanero tenga motivo para sorprenderse. ¡Ahora es el momento oportuno!

—¿Qué momento? pregunté.

—¡Cree vd., dijo Albino con ironía, que un hombre que cayese desde aquí al mar, seria hombre perdido?

—Se ahogaria antes de llegar á la superficie.

--¿Esa es la opinion de vd? A propósito, ¿cuál es el nombre de vd?

—Ruperto Castaños.

—Pues bien, quédese vd. aquí, y oiga lo que oyere, aun cuando lo llame á vd. por su nombre, no se mueva.

Despues de haberme dejado por órden aquella especie de enigma, Albino Conde subió por el peñasco, tras el cual estaba yo oculto. Pensaba lo mismo que él, que el gurda debia estar muy ocupado en vigilar la maniobra sospechosa del bergantin frances, para observar lo que pasaba al rededor de su garita. Una terrible sospecha comenzaba á oprimir mi corazon. Escuché por algunos instantes, pero el silencio que reinaba en aquellos lugares, no lo turban mas que el ruido imponente del viento y de la mar. Repentinamente oí la voz de Albino, que gritaba: "¡Auxilio, Ruperto Castaños!" Olvidé la recomendacion de mi compañero, y escalé el peñasco, en el momento en que una detonacion, seguida de un grito de angustia, respondia al llamamiento de Albino.

Creí que era jugnete de algun sueño. El contrabandista se hallaba solo en la cumbre del promontorio; quitó el pabellon español y lo reemplazó en el mástil por uno que indicaba la marcha del bu-

que. El promontorio se hallaba solitario. Adiviné la causa del grito que me habia asombrado y de la detonacion que habia oido. La falta de la garita era una prueba terminante de que al desgraciado guarda-costa lo habian precipitado con ella al fondo del océano, en donde el sol desaparecia en aquel instante. Quedé helado de espanto. Habia sido testigo y cómplice involuntario de un asesinato. El contrabandista habia querido comprometerme en aquella accion horrible, y habia pronunciado mi nombre arrojándolo á todos los ecos, para que me considerara encadenado á él por un lazo indisoluble. Albino respondió á mis reconvenciones burlándose de mí; en seguida, sin escucharme, sacó de su bolsillo un cohete grande, al que ató una varita que cortó de un árbol vecino. La luna se reflejába en el océano, y el bergantin frances continuaba inmóvil en medio de los rayos luminosos que caian en sus velas blancas. El contrabandista sacó lumbre y prendió fuego á la pólvora; el cohete se elevó en los aires, trazó un surco de fuego en direccion del bergantin, y se apagó siflando en el agua.

—Ahora que ya he anunciado nuestra visita, partamos, dijo Albino.

Descendimos rápidamente la rampa del promontorio, subimos á la piragua, y no tardamos en llegar á tocar el punto en donde nos aguardaba el doctor.

—Señor doctor, dijo Albino, ¿podemos ir á bordo del bergantin frances con toda seguridad? nadie turbará el conciliábulo político. ¡Vamos en marcha!

La noche estaba tan clara y trasparente, que sin excusar el crímen, al que contra mi voluntad habia coadyuvado, comprendí que nuestra visita á bordo del bergantin frances habria sido imposible ejecutarla en presencia del vigilante. El navío extrangero continuaba inmóvil. Un fanal, para que pudiéramos verlo, brillaba en la proa del bergantin, cuya precaucion era inútil, puesto que se distinguian claramente los palos y el velámen. Cuando llegamos á corta distancia en sus aguas, una voz pronunció estas palabras inteligibles, aunque mal pronunciadas: *¿Qué gente?*

—*¡Muera el mal gobierno, y viva la religion!* respondió el doctor con una voz que llegó hasta los oidos del que nos hablaba.

Adelante, respondieron del buque, y nuestra piragua se deslizó en la superficie de la mar: algunos momentos despues nos

hallábamos á bordo del navío. El órden admirable que en él reinaba, los trajes de los marineros, tan nuevos para mí, la idea de que me encontraba en medio de abominables herejes, todo concurria con las escenas precedentes, á causarme una profunda conmocion. Desde el momento en que habia salido de la taberna, me parecia que todo habia sido un sueño, puesto que cuanto habia sucedido era contra mi deseo y como obligado por la fuerza.

El doctor fué acogido con el mayor respeto; un personaje vestido de negro se avanzó á su encuentro en el puente, y despues de haber pronunciado ambos algunas palabras, descendieron al camarote, cuya claraboya me permitia ver una brillante iluminacion y un suntuoso ajuar. Entretanto los marineros franceses sacaban de la sentina y los ponian en el puente, muchos barriles de aguardiente y tercios de mercancías. Cuando se reunió la cantidad que podia colocarse en una canoa grande, bajaron una embarcacion al mar, y los marineros comenzaron á cargarla.

Al fin llegaron á prevenirnos á Albino y á mí, que el doctor nos suplicaba descendiésemos al camarote. Accedimos á aquella invitacion, y entramos con el

sombrero en la mano. El doctor estaba sentádo frente á frente del hombre vestido de negro, delante de una mesa cubierta de papeles, sellados con lacre rojo. Sentámonos en unos taburetes á corta distancia de la mesa.

—Escuche vd., hijo mio, dijo el doctor, porque va á saber al fin qué clase de ven ganza podémos poner á su dispocision.... Ya escucho á vd., caballero, continuó dirigiéndose al extrangero.

Yo escuchaba con la mayor atencion, porque iba á conocer el objeto de todas las evoluciones de aquel dia El frances tomó la palabra, y con voz grave y solemne, y en muy buen español,

—Señor doctor, dijo: tengo el honor de repetiros, para que estas buenas gentes lo escuchen, que soy enviado por Su Magestad el emperador y rey Napoleon el Grande, con el fin de ofrecer á los pueblos de América, que hace trescientos años gimen en la esclavitud de España, la emancipacion y la independencia. Ya es tiempo de que México sacuda el terrible yugo que hasta hoy ha soportado. Para lograr este objeto, Su Magestad me autoriza para ofrecer en su nombre, á los jefes del gran moviento que emancipará á las dos Américas los auxilios necesarios

de hombres y de dinero, para llevar á cabo esta generosa empresa. Esos papeles que ha examinado vd. prueban la autenticidad del carácter de que me hallo investido; estos tratados que vd. ve (y el enviado puso á la vista del doctor otros papeles) celebrados con las casas mas ricas de los Estados-Unidos de la América del Norte, prueban igualmente la eficacia de las promesas de Su Magestad."

Confieso que escuchaba sin comprender aquellas palabras de independencia y libertad, y que no alcanzaba las ventajas que podrian resultar de una sublevacion contra España. El agente frances, parece que comprendió, que el contrabantista y yo no entendiamos una palabra, porque añadió:

—La independencia de México producirá incalculables ventajas materiales. El dinero que sacan vdes. de sus minas á costa de tantos peligros y fatigas, y que se conduce anualmente á España sin que quede un peso en el país; esas inmensas riquezas serán de vdes., cuando sus amos, no se las lleven de aquí. Los terrenos de México son fértiles, y apenas sacan vdes. partido de ellos; la parra, el olivo, el lino, el azafrán, cuyo cultivo está actualmente hiprobido en América, á fin de dejar á los

agricultores españoles los beneficios que obtienen de esos artículos, producirán tesoros no menos considerables que los de las minas.

El agente continuó por algunos momentos desarrollando á nuestra vista las diversas ventajas que debia producir la independencia, con tanta habilidad, que antes que hubiese terminado su discurso, nos hallábamos convencidos; en seguida nos entregó una considerable cantidad de de proclamas en que se repetian, con corta diferencia, las mismas palabras, y como la embarcacion se hallaba completamente cargada y avanzada la noche, el doctor se preparó á marchar. Echóse al mar la segunda canoa para remolcar la que iba cargada de aguardiente y mercancías; nos colocamos Albino y yo en la primera, y el doctor, con cuatro marineros, descendió á la segunda. En pocos momentos nos alejamos del bergantin. Sumergido en una meditacion profunda, el doctor guardaba silencio; Albino cantaba la cancion del contrabandista, con los ojos fijos en el cielo sembrado de estrellas. Mientras sus alegres versos se mezclaban al ruido de los remos que azotaban la agua, parecia haber olvidado que en el fondo del océano, que atrave-

saba cantando, yacía el cadáver de un hombre, poco antes lleno de vida, y que habia arrojado como presa á los tiburones. Repentinamente sentimos en la canoa que nos conducia un choque violento que interuumpió la cancion, y una masa negra y flotante cruzó por la popa.

—Mire vd., dije al contrabandista, mostrándole la garita del vigilante, que habia tropezado con nnestra canoa; esas olas de fuego que señalan el lugar por donde pasan los tiburones debajo del agua, ¿no le dicen á vd. nada?

—Sí, respondió Albino; los tiburones en este momento se festejan con un español. Y añadió, con voz fuerte, los primeros versos de una cancion que despues se convirtió en uno de nuestros cantos patrióticos:

Ya el septentrion libre
Bebe en plácida copa
El dulce néctar de la libertad.

Algunos momentos despues llegamos á la playa. En el instante en que iba á separarme de mis compañeros, el doctor me hizo seña de que me aproximase. Recuerde vd., dijo, que es de los nuestros. Mañana se encargará á vd. un mensaje

importante, y Albino le llevará mis instrucciones.

No pude llegar á la hacienda que administraba mi padre sino pocos momentos antes de la salida del sol. Me apresuré á referir á mi padre el ultraje que habia recibido, y no le oculté, ni el asesinato del guarda-costa, ni las conferencias con el enviado frances. Participando de mi sorpresa y espanto, mi padre me escuchaba extremeciéndose.

Así, pues, Ruperto, te has hecho, contra tu voluntad, cómplice de un asesinato, y te hallas comprometido en una conjuracion contra el rey de España.

—Pero, padre, el rey de España no es mas que un frances.

—En todo caso, como uno solo de esos crímenes se castiga con la muerte, es preciso huir, hijo mio.

—Tengo que aguardar el mensaje, que me comprometí á llevar.

—¡Dios permita que llegue pronto! añadió mi padre abrazándome.

Sus deseos se realizaron, porque en la noche de aquel mismo dia, un hombre, con el rostro medio cubierto, con su *bayeta*, llegó á la hacienda preguntando por mi. Era Albino. Voy á hacer lo mis-

mo que vd., me dijo, á ausentarme. El flujo ha arrojada á la costa la garita del vigilante, y naturalmente las sospechas han de recaer sobre mí.

Al pronunciar estas palabras, Albino sacó del bolsillo una carta voluminosa.

—Este letrero que ve vd., añadió, y que ni vd. ni yo comprendemos, quiere decir: *Al Sr. D. Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de Dolores.* Le entregará vd. este pliego en mano propia, y le repetirá vd. lo que ha escuchado de la misma boca del agente frances, y aguardará vd. sus órdenes. Respecto á la persona que envía á vd., es el doctor D. Manuel Iturriaga, canónigo de Valladolid. Tal vez no está distante el tiempo en que volvamos á vernos, pero al frente de una guerrilla y dueños de los puntos en que nos vemos obligados á ocultarnos hoy. Como vd., voy á trabajar por el triunfo de nuestra independencia.

Albino montó su yegua, se alejó al galope, y yo me ocupé en los preparativos de mi marcha. El pueblo de Dolores se halla muy cerca de San Miguel el Grande. Mi padre ensilló con sus propias manos una mula, me entregó un bolsillo bien provisto y una larga espada tolodana. Recuerda siempre, hijo mio, me dijo, la no-

ble y conocida divisa de llevàn las hojas de Toledo:

No la saques sin razon,
No la embaines sin honor.

En seguida me abrazó y tomé el camino de San Miguel el Grande.

Ya sabe vd. cómo entré en la carrera de las conspiraciones y de las aventuras militares. ¿Qué mas puedo decirle á vd? Mi vida, desde aquella época, ha sido durante muchos años, una série no interrumpida de combates, excursiones y aventuras. El cura Hidalgo, para el que se me encargó el mensaje, fué el jefe de la insurreccion de 1810 y desempeñó un gran papel en la historia de Méxíco. ¡Cuántas veces, y con qué frecuencia, despues de mis primeras campañas, veia yo en mis sueños aquel anciano de frente venerable, con sus ojos vivos y penetrantes, cuya elevada estatura, á penas hacian inclinar los sesenta años que contaba de vida! Nunca he olvidado, ni olvidaré jamas, el aspecto singular del cuarto en donde me recibió por primera vez el cura de Dolores, la mesa cubierta con una carpeta de paño ordinário azul, los crísoles, las redomas y alambiques, que se ofrecian á la vista en

un extraño desórden, al lado de los libros piadosos y de los rosarios de aquel sacerdote, no menos apasionado por la química, que por las aventuras políticas. No tardé en sentir su influencia y en comprender el genio de aquel hombre intrépido. Sin cesar era yo portador de sus mensajes, y recibia órdenes de su propia boca. Siete meses despues de nuestra primera entrevista, en la noche del 15 al 16 de Setiembre, se dió por el cura Hidalgo la señal de la sublevacion. El doctor Iturriaga, el mismo que me habia comprometido á tomar parte en el partido de los independientes, habia caido peligrosamente enfermo en Querétaro, y acababa de revelar en sus últimos momentos el secreto de la conspiracion. No habia ya que vacilar, era preciso combatir ó morir. Yo asistí á la última junta que celebró Hidalgo con sus amigos; despues de una corta deliberacion, seguido de sus fieles y de cinco ó seis *serenos*, fué á dar órden al sacristan de Dolores para que tocase arrebato. Apenas se escucharon los primeros toques de la campana, cuando se oyeron por todo el pueblo gritos confusos, y grupos tumultuosos se formaban á nuestro derredor: aquellos grupos iban á formar el núcleo del ejército inde-

pendiente de México. Hidalgo se apresuró á manifestar á los supersticiosos habitantes de Dolores, que los españoles conspiraban contra la religion: nada mas fué necesario para convertir á aquellos inocentes paisanos en otros tantos adversarios de la dominacion española. A la mañana siguiente, cerca de cuatro mil hombres se hallaban reunidos á las órdenes de Hidalgo, y marchaban sobre San Miguel el Grande; la poblacion no hizo resistencia, y hasta los regimientos de la reina, pasaron á las filas de los insurgentes: desde aquel momento, parecia que habia triunfado la causa de la revolucion mexicana. Sin embargo, aquel gran movimiento, no era mas que el principio de la guerra. Por algunos dias fué creciendo el torrente; ciudades, provincias enteras, se tomaron á los españoles; pero éstos volvieron prontamente de su sorpresa; organizóse la resistencia, y con ella comenzó una guerra séria y terrible, cuyo primer período terminó con la batalla de Calderon, y del cual, mis recuerdos, si se los manifiesto á vd. algun dia, ofrecerán á su vista las acciones y episodios mas memorables.

A esta relacion, que me dió á conocer el principio casi ignorado de la gran lucha, cuyo desenlace fué la libertad de Mé-

xico, siguieron algunos momentos de silencio. Habiamos llegado á la garita de Guadalajara, y echando á galopar, me encontré á los pocos minutos á la puerta del *meson*. Dí gracias al capitan Ruperto por sus curiosas narraciones, y me separé de él con la esperanza de seguir bien pronto, en su compañía, el camino de Guadalajara á las costas meridionales de México.

LAS SIETE NORIAS DE BAJAN.

Guadalajara es uno de esos lugares de paso, adonde solo va uno á sus negocios, y de cuyo punto el viajero ocioso desea alejarse. Despues de haber empleado mas de una semana en visitar la ciudad y sus inmediaciones, creí que habia llegado el momento de proseguir mi excursion hácia las costas meridionales de México. El capitan D. Ruperto, lo mismo que yo, no era aficionado á la vida sedentaria, y al dia siguiente del en que le anuncié mi proyecto de marcha, cabalgábamos juntos por el camino de Tepic.

El primer dia de camino fué silencioso. A la mañana siguiente, despues de haber hecho alto en una de esas pobres ventas

que son los paradores públicos de la América española, atravesamos el pueblo de Tequila, en donde se fabrica, con el nombre de *mescal*, un licor fuerte muy estimado en todo México, y que se extrae de la raíz de una especie de aloes. La tercera jornada fuimos á rendirla al pueblo de Ahuacatlan, en donde nos aguardaba una agradable sorpresa, bajo el techo de un frances, Mr. L.... fundador de una fábrica de destilacion, que comenzaba á prosperar, gracias á su inteligente direccion. En la época en que pasamos por el pueblo de Ahuacatlan, aquella fábrica no contaba mas que dos años de existencia, y los primeros esfuerzos del aventurero especulador habian tropezado con un obstáculo tan original como desagradable en el fanatismo de algunos ignorantes. A los ojos de un mexicano todo extrangero es inglés, y todo inglés hereje. Así, pues, cuando Mr. L.... llegó á establecerse en el país, algunos fanáticos de Ahuacatlan hicieron cuanto pudieron para desterrar del pueblo al huésped inesperado, cuyo contacto creian peligroso para sus compatriotas. Enredos, chismes, persecusiones de toda clase, nada se habia perdonado para cansar la paciencia de nuestro compatriota y para decidir á

los habitantes de Ahuacatlan á rehusarle toda clase de auxilio. Felizmente el resultado de aquella oposicion engañó las esperanzas de los revoltosos. Los indios, contra su costumbre en tales casos, habian tomado partido por el hereje contra aquellos capataces, quienes desconcertados por tan imprevista resistencia, cedieron al fin. Desde aquella época Mr. L.... era para la poblacion indígena de aquel lugar, objeto de una verdadera adoracion. No se habian contentado con ayudarlo en sus primeros trabajos de explotacion, sino que lo distinguian con las mas delicadas atenciones, y como testimonio de su filial reconocimiento, los indios habian convertido en un delicioso jardin la roca en que se habia edificado la fábrica de destilacion, entregándose para ello á los trabajos mas fuertes.

Pasamos todo el dia en aquella hospitalaria habitacion. En el centro de aquellos terrenos perfectamente cultivados, gracias al celo desinteresado de los indios, Mr. L.... nos refirió la curiosa historia de su lucha con sus opositores de Ahuacatlan. Allí fué tambien donde creí de mi deber recordar á mi compañero de viaje, una promesa hecha antes de nuestra salida de Guadalajara. D. Ruperto me de-

bia la continuacion de su confesion militar. Los recuerdos de la guerra de independencia, tenian para Mr. L.... el mismo atractivo y novedad que para mí, y uniendo sus instancias á las mias, decidimos al antiguo partidario á comenzar, en medio del mas profundo silencio, una de esas relaciones que mas de una vez habrian divertido á sus compañeros de armas en las veladas nocturnas, ó abreviado sus marchas en el desierto.

I.

Hay en la vida de los guerreros dias ó sucesos que no se olvidan, nos dijo gravemente el capitan, despues de haber encendido un cigarro y atuzado sus vigotes canos. No les citaré á vdes. de mi primera campaña mas que dos aventuras, dos episodios que la reasumen en mi memoria. Una noche que pásé en la *hacienda de la Barranca del Salto*, inmediata al llano de Calderon, y un viaje de pocos dias que hice del Saltillo á Monclova, me revelaron la guerra bajo un aspecto tal, que los mas terribles combates no me habian descubierto.

La primera de estas aventuras se remonta á los dias que siguieron inmedia-

tamente al levantamiento provocado con tanta audacia por el cura de Dolores. Era el mes de Diciembre de 1810. La naciente insurreccion se hallaba en toda su fuerza, y no se presentaron pocas ocasiones en que reconocí cuán crueles instintos se mezclaban á las pasiones generosas en aquellas primeras horas de la lucha. Alistado en la bandera de la independencia, y habiendo llegado á comandante de un escuadron de *rancheros*, fuí herido en una escaramuza en las inmediaciones del puente de Calderon. Dispersóse mi tropa, y obligado á entrar á Guadalajara, lancé mi caballo por lugares desiertos, con el fin de apartarme de los caminos frecuentados y peligrosos. Desgraciadamente me sorprendió la noche cuando me faltaban aun diez leguas para llegar á la ciudad. Me encontraba en el inmenso llano, en donde mas tarde debian obtener los españoles una victoria tan sangrienta. Mi herida, aunque ligera, habia cambiado en una debilidad dolorosa el cansancio que resulta siempre de un combate. Mi caballo caminaba con suma fatiga. Espesas nubes cargadas de electricidad cubrian el cielo, y el viento que precede á las tempestades hacia inclinar las frondosas copas de los árboles del Perú. Pocos mo-

mentos despues, enormes gotas de agua caian en las malezas, y algunos relámpagos arrojaron luces siniestras en medio de las tinieblas que me rodeaban. Entonces reconocí que me encontraba á poca distancia de una de esas *haciendas* arruinadas y desiertas, que desde el principio de la guerra servian de refugio á los destacamentos de los dos ejércitos. Sintiéndome demasiado débil para poder continuar mi camino, resolví, á pesar de los riesgos que me rodeaban, dirigirme á la *hacienda*, cuyos muros almenados comenzaban á dibujarse distintamente en el cielo. Nada en aquel recinto silencioso y sombrío parecia indicar la presencia de un sér hu-humano. En pocos minutos atravesé una barranca, en donde se oia el ruido de un torrente, formado por las últimas lluvias, y me encontré delante de la puerta de la casa abandonada, en donde debia encontrar una posada aquella noche: era la *hacienda de la Barranca del Salto.*

Los preparativos de mi instalacion fueron muy cortos; despues de haber lanzado mi caballo enfrenado al patio de la hacienda, desmonté, sin dejar de quejarme por los dolores de mi herida, que comenzaba á entorpecer mis movimientos, y sobre todo, maldiciendo á los pícaros

que me habian puesto en tan horrible estado. Con pasos vacilantes, y muy fatigado, conduciendo por el cabestro á mi caballo, procedí á inspeccionar el patio en que me encontraba: éste parecia una especie de *liza*, rodeada por tres lados de arcos de mampostería medio arruinados; por todas partes, debajo de aquellos arcos, habia puertas sin hojas. En medio del patio, algunos tizones casi apagados, atestiguaban que otros viajeros, pocos momentos antes, habian atravesado por aquel lugar. Mi primer movimiento fué reunir los tizones, y avivar como pude el fuego que aun no se apagaba en el fondo de la hoguera improvisada. Até en seguida mi caballo á uno de los pilares que sostenian los arcos, y teniendo en una mano un tizon inflamado, y en la otra una pistola, entré vacilando á un pasadizo, que parecia comunicaba con la habitacion de los antiguos propietarios de la *hacienda*. El pasadizo me condujo al segundo patio, arruinado mas que el primero, y en el que se percibia ese hedor infecto que reina en los campos de batalla cuando no se tiene cuidado de sepultar los cadáveres. Dos de éstos yacian en aquel patio, apenas ocultos entre un monton de escombros; no quise avanzar mas, sino que re-

trocedí, y atravesando por segunda vez el pasadizo descubrí una puerta, cuya cerradura me apresuré á forzar. Entré en una sala cuadrada y espaciosa, cuyas paredes estaban cubiertas con tablas agujeradas por las balas, ó destrozadas por las bayonetas. Allí fué donde resolví establecerme lo mas cómodamente posible. Algunos muebles hechos pedazos se hallaban amontonados en un rincon, y podian servirme de lecho. No me restaba mas que ir á buscar mi caballo para que participase de un nuevo abrigo, y me disponia á salir, cuando un tiro de fusil hizo vibrar los sonoros ecos de la casa desierta. Una bala que silbó al mismo tiempo á mis oidos, me advirtió que era á mí á quien atacaban. No aguardé una nueva agresion, y me precipité fuera de la sala hospitalaria. Apenas llegué al primer patio, desgraciadamente tropecé con un monton de piedras, escapóse de mi mano la pisiola, así como el tizon que me alumbraba, y sin perder tiempo en buscar mi arma en la oscuridad, me dirigí á tientas al lugar en donde habia dejado mi caballo. Allí me esperaba un nuevo contratiempo: el animal habia desaparecido, y con él el resto de mi equipaje, mi lanza, un sable, y la segunda pistola. Me halla-

ba, pues, solo, sin armas y herido, á merced de mis desconocidos enemigos. No me restaba mas que salir de la *hacienda*, en donde un agresor misterioso podia de un momento á otro, enviearme una bala mejor dirigida que la anterior. Con mucho trabajo conseguí salir de aquel maldecido lugar, y vencido por el cansancio, me tiré á la sombra de un *mezquite*, al borde del abismo, desde donde subia hasta mis oidos mas y mas tremendo el ruido del torrente, mezclado con el de la tempestad.

Habia pasado muchas noches á cielo raso, expuesto al viento y á la lluvia, conocia todas las voces quejosas ó terribles, que se escuchan en medio de las soledades, durante una tempestad; pero los murmullos que aquella noche llegaron hasta mis oidos, á la orilla de la *barranca*, no se asemejaban, ni á los silbidos del viento, ni al ruido de la tempestad. ¿Acaso era yo el juguete de una alucinacion febril? Me parecia que escuchaba voces humanas, gritos de heridos ó de moribundos, que dominaban la salvaje armonía de la catarata. Aquellas voces extrañas subian del fondo de la *barranca;* por el lado de la *hacienda* eran otros rumores, como el que produce una reunion de caballos y el choque de armas. ¿De dón-

de provenian aquellos ruidos siniestros? ¿Me encontraba yo en un campo de batalla, en medio de otras víctimas de la guerra civil? ¿Algunos pasos de distancia, se verificaba acaso alguna matanza nocturna? ¿ó bien, como creí al principio, la fiebre causada por mi herida iba cambiándose en delirio? Poco á poco cedí á mi débil sueño, mecido por los mil confusos rumores, que en vano trataba de explicarme. Un grito de angustia, mas terrible que los demas, no tardó en despertarme, y decidido á luchar contra la soñolencia en que me habia sumergido el cansancio y la fatiga, hice un esfuerzo para permanecer sentado, apoyado en el árbol que me servia de abrigo. Redoblaba lo tempestad, y el follaje del mezquite acababa de ceder al aguacero, dejándome expuesto á las inclemencias del cielo. Enormes y tibias gotas innundaban mi frente; y no sé que olor de sangre se exhalaba á mi derredor: miré mis manos, y me pareció que un líquido rojizo se mezclaba á la lluvia que las humedecia. En fin, una ráfaga mas impetuosa que las anteriores pasó por el campo, y el *mezquite*, bajo el cual me hallaba acostado, tronó ruidosamente, y sentí que se extremecieron sus raices en el suelo. Una rama

muerta cayó de la cima del árbol, y una masa negra rodó á mi lado; alargué maquinalmente mi mano, y al momento la retiré, arrojando un grito de horror; mis manos acababan de cojer una cabellera húmeda y viscosa. En el instante me paré, á pesar de mi debilidad, y con la vista clavada en la cima del árbol, aguardé que algun relámpago arrojase su luz siniestra en medio de las ramas, que se inclinaban gimiendo sobre mi cabeza. Todo me lo expliqué entonces. De cada una de las ramas del *mezquite* pendia una cabeza sangrienta, testimonio de la crueldad de los españoles. El árbol, bajo el cual habia yo buscado un abrigo, era uno de esos monstruosos trofeos, que el salvaje furor de los soldados de Calleja multiplicaban nuestros campos. No pude contemplar por mucho tiempo aquella horrible pirámide de restos humanos; creí reconocer entre aquellas horribles cabezas las facciones de algunos compañeros de armas, y caí desmayado.

Aquí interrumpió el capitan su relacion; habia observado en el rostro de Mr. L.... una expresion de duda, y añadió, despues de un momento de silencio, volviéndose hácia mi incrédulo compañero:

—¿Cree vd. tal vez que le estoy refi.

riendo un cuento? Desengáñese vd. Desde que habita en la República ha de haber vd. encontrado mas de una vez, algunos árboles cargados de cruces de madera. Pues bien, en lugar de cada uno de esos fúnebres emblemas, habia antes la cabeza de un insurgente. En el Bajío, sobre todo, esos árboles, que sostienen frecuentemente, cincuenta ó sesenta cruces, recuerdan el principal teatro de nuestras luchas revolucionarias. A los españoles pertenece la idea de esas sangrientas exhibiciones; pero concluimos por mejorarles su invencion, supuesto que á nuestro turno clavamos en las ramas de los árboles millares de cabezas, y éstas no fueron reemplazadas por cruces expiatorias. Como vd. ve, fué una guerra espantosa la que provocó el atrevido cura de Dolores.

No sé cuánto tiempo permanecí al pié del mezquite. Cuando recobré el conocimiento, me alejé apresuradamente de aquel árbol que sostenia ramas sangrientas. La lluvia continuaba, pero la tempestad habia calmado. Me arrastré por el suelo húmedo, y fuí á acostarme á algunos pasos de distancia, en una especie de lecho natural, formado por las rocas que rodeaban el torrente; pero allí tampoco debia encontrar el reposo. Un ruido de

pasos me hizo levantar inmediatamente la cabeza, y distinguí á lo lejos la luz de una antorcha que parecia acercarse á mí. Pocos momentos despues llegó hasta mis oidos una carcajada extridente que despertó los ecos del llano, y el viento me trajo algunas palabras extrañas, que parecian producidas por la boca de un loco: ¡eh! ¡eh! ¿alguno de mis corderos se habia escapado de la matanza? Espérame, hijo, espérame, ya voy. En menos de dos minutos, el hombre que habia proferido estas palabras, se encontró algunos pasos de distancia del lugar en que me encontraba, é inmóvil, cubriéndome con mi capa, observé en silencio una figura con quien desde aquella noche he soñado frecuentemente, mezclada con las mas siniestras apariciones. El hombre que parecia buscarme, como un verdugo busca una nueva víctima, caminaba vacilando, con un paso en que se descubria fácilmente la embriaguez. Con una mano sostenia una antorcha, y con la otra blandia una de esas largas espadas de dos filos, que se emplean en las corridas de toros. Yo procuraba contener hasta mi respiracion, sin perder uno solo de sus movimientos. Aquel hombre, á pesar de la lluvia, se acercaba sin chaqueta ni capa, solo con

Seguramente habia llegado mi última hora, cuando unos gritos y el ruido de caballos, mas y mas distintos, hicieron vacilar á Marroquin. Era á mí á quien llamaban: ¡D. Ruperto! ¡Castaños! ¡D. Ruperto! El instinto de la conservacion cuando iba á terminar mí vida el torero ébrio, se despertó en mí mas enérgico que nunca. Con un movimiento violento me desprendí de las garras de fierro de mi terrible adversario, y respondí en voz alta con toda la fuerza de mis pulmones: ¡Por aquí! ¡auxilio! ¡favor á Ruperto Castaños! Sin embargo, el robusto torero, á quien habia visto paralizar con mano poderosa los esfuerzos de los toros en las plazas, me venció de nuevo, cuando un caballero que llevaba una rama de pino inflamada, llegó al galope hasta donde estábamos. Con el encuentro del caballo dió tan violento golpe al miserable que me oprimia, que éste rodó por el suelo como una piedra, y solo un prodigio de destreza de mi salvador, impidió que fuese yo machucado por las patas del caballo.

—¡Ah! ¡pobre Castaños! parece que llego á buen tiempo, exclamó una voz que reconocí por la de mi antiguo amigo, el contrabandista Albino Conde.

Aunque alistado entre los insurgentes,

aquel afectuoso compañero, no habia interrumpido su antiguo oficio: era medio bandido y medio guerrillero. Habeis establecido su cuartel general en la hacienda arruinada, y sus gentes tenian órden de impedir que penetrase en ella persona alguna. Un soldado de la banda, en ausencia de Albino, habia querido ejecutar aquella órden, disparando sobre mí y tomando mi caballo. Cuando volvió Albino, le entregaron unos papeles encontrados en las pistoleras de la silla de mi caballo. Entre ellos se hallaba mi despacho de capitan de *rancheros*. Albino temió al momento que mi vida estuviese en peligro, y se puso en camino. Cuando concluyó su relacion le dí las gracias por su oportuna intervencion: el contrabandista acercó su antorcha al cuerpo, al parecer inanimado, del torero.

—No puede ser, sino Marroquin, dijo con disgusto. ¡Oh! venga vd. conmigo, y verá su obra nocturna.

Apoyado en el brazo de Albino me dirigí á los bordes de la barranca. Uno de los soldados del contrabandista descendió al fondo de ella, y paseó la antorcha por todas sus anfractuosidades. Montones de cadáveres cubrian el suelo.

—Es preciso confesar que esta es la

obra de Hidalgo, me dijo Albino en voz baja. En atencion á la denuncia que le hicieron de una conspiracion urdida, segun pretenden, entre los españoles de Guadalajara y un fraile carmelita de San Diego: Hidalgo, de su propia autoridad, condenó á muerte á los conjurados y los mandó aquí de noche, en silencio, atados de piés y manos. El torero Marroquin es el ejecutor de esas sentencias; á él le entregaron los prisioneros. Se numeran hasta el dia setecientos, poco mas ó menos, degollados de esta manera. Todos murmuran contra el hombre que ha decretado esta matanza. Yo me he librado de su dominacion.... Pero venga vd. conmigo, porque tengo otras cosas que comunicarle.

Antes de seguir al contrabandista, dirigí una mirada á las víctimas de aquella espantosa matanza, y entonces me expliqué los rumores extraños y siniestros que habia oido una ó dos horas antes. Apoyado en el brazo de Albino, me dirigí á la *hacienda de la Barranca del Salto.* En lugar de entrar por la puerta principal, Albino me hizo rodear por el laberinto arruinado, y me introdujo por una brecha á las espaciosas dependencias de aquella casa desierta. Una puerta secreta nos dió entrada á un vestíbulo, en el cual

habia muchos cuartos, en cada uno de los cuales habian podido dormir cómodamente ochenta hombres. Un patio inmediato servia en aquel momento de caballeriza á los caballos de los intrépidos soldados alistados á las órdenes de Albino.

—Ya vd. ve, me dijo Albino, que el virey Venegas no está mejor alojado que yo. Nadie vendrá á turbarme en este lugar. El soldado que disparó sobre vd. ha faltado á su consigna, y en consecuencia, será castigado. No recibimos, ni debemos recibir á balazos á los viajeros que buscan un refugio en esta hacienda arruinada. Les hacemos pagar una contribucion cuando se presentan, y eso por toda clase de medios, menos vulgares y peligrosos que un asesinato. Yo soy un jefe independiente, y sorprendo cuanto convoy pasa, sin dar cuenta á nadie de mis operaciones.

Felicité al antiguo contrabandista. Albino juzgaba sanamente del estado de los negocios: conocia las disposiciones de muchos insurgentes dispuestos á sacudir el yugo de Hidalgo: preveia que el cura rebelde tendria muy pronto alguna catástrofe. Así, pues, queria vivir solo con su guerrilla, y conducirla como mejor le pareciese. Resistí, sin embargo, á sus instancias, y no quise pertenecer á aquella

reunion, obligada á sostenerse del pillaje. Profesaba yo á dos de los capitanes de Hidalgo, Abasolo y Allende, un afecto verdaderamente filial. No insistió Albino; y viéndome resuelto á no abandonar á mis-jefes, se contentó con ofrecerme por algunos dias la hospitalidad, en lo que llamaba su *palacio.*

En aquel momento apareció una jóven conduciendo en sus brazos á un niño dormido. Aquella muger jóven y hermosa, era la compañera de Albino; llamada por su marido iba á curar mi herida. Pasé cerca de un mes en la *hacienda del Salto.* Al cabo de este tiempo, me encontre completamente restablecido. Los generales españoles caminaban á marchas forzadas hácia Guadalajara; habia llegado la hora de entrar en campaña. Marché, pues, á reunirme con mi compañía á Guadalajara, y tomé parte pocos dias despues de mi llegada, en la batalla del puente de Calderon, en donde las masas indisciplinadas del ejército de Hidalgo se estrellaron contra seis mil españoles. Despues de la derrota, la propia *hacienda del Salto* fué la que me ofreció un refugio. Los restos del ejercito insurgente se habian retirado al Saltillo. No se podia, pues, permanecer en las inmediacio-

nes de Guadalajara. Los ochenta hombres de Albino fueron á incorporarse á los diversos destacamentos reunidos en el Saltillo. Entre la *hacienda del Salto* y aquella poblacion, se estableció desde entonces un sistema de correspondencia que me tuvo al corriente de los últimos sucesos de la guerra. Así fué como supe que Hidalgo, Abasolo y Allende habian abdicado el poder y se habian puesto en camino para Monclova, desde donde debian dirigirse al territorio de los Estados-Unidos. Entences resolví proseguir la campaña con los restos de mi compañía. Queríamos á cualquier precio eternizar la guerra, no obstante la terrible derrota de Calderon, y en pocos dias nos hallamos reunidos algunos de mis valientes partidarios, que nos colocaron á Albino y á mí á la cabeza, en un campamento situado á poca distancia de una casa de campo perteneciente al gobernador de la provincia de Coahuila. Durante las últimas jornadas de una guerra prematuramente comenzada, pasó el segundo episodio que me hizo conocer, bajo un nuevo aspecto, las revoluciones, cuyos horrores habia creido descubrir hacia un mes.

II.

La noche del mismo dia en que nos llegó la triste noticia de la partida de nuestros jefes para Monclova, nos hallábamos en nuestras tiendas, decididos á vender nuestras vidas. Como todo el país estaba por nosotros, á excepcion de algunos lugares, cuyos habitantes se hallaban contenidos por la presencia de algunos destacamentos españoles, verificábamos nuestras correrías sin gran riesgo, procurando no obstante, tomar las mayores precauciones para evitar las sorpresas. A considerable distancia de las fogatas que encendiamos de trecho en trecho, vigilaba nnuestros centinelas los alrededores de nuestro campo. En frente de una de aquellas hogueras conversábamos Albino y yo, de la próxima partida de los jefes de la insurreccion, y deliberámos sobre el partido que debiamos tomar, cuando uno de nuestros soldados llegó á sentarse á nuestro lado. Era un anciano mestizo, muy vigoroso á pesar de sus cabellos blancos, y que á la agilidad de un jóven, reunia la experiencia de un viejo. Aquel hombre, á quien se daba el significativo sobrenombre de *Vista doble*, parecia en efecto do-

lado de segunda vista. Ninguna huella marcada en la arena se le escapaba, y ninguna pista perdia; parecia que los mas ocultos pensamientos tomaban cuerpo ante su milagrosa penetracion. Un hecho, que creo debo referir á vdes., habia establecido sobre las bases mas sólidas aquella reputacion de *adivinador*, de que con justicia se vanagloriaba el anciano *Vista doble.*

Era un cazador intrépido, y como deben vdes. suponer, raras veces eran infructuosas sus excursiones. Antes de formar parte de nuestra compañía, *Vista doble* vivia siempre solo. Con excepcion de algun viajero extraviado, que de cuando en cuando llegaba á pedirle asilo por una noche, nadie ponia un pié en la cabaña que habia construido en el desierto. ¿Qué hacia en los intervalos de sus correrías? Eso es precisamente lo que todo el mundo ignoraba Un dia que se hallaba ausente le robaron un cuarto de venado, que habia colocado en una estaca á la puerta de su cabaña, para que se ablandadase con el rocío de la noche. Vista doble comenzó á buscar al ladron, que Dios solamente habia podido ver. Despues de haber observado cuidadosamente el terreno alrededor de la estaca, se puso en

marcha: anduvo por largo tiempo, al fin Vista doble encontró dos individuos á caballo, y les preguntó si no habian vis to á un hombre blanco, ya viejo, de corta estatura, que llevaba una carabina pequeña, é iba acompañado de un perrillo sin cola. Al oir la respuesta afirmativa de uno de ellos, de què efectivamente habian encontrado á la persona que designaba con tanta exactitud, Vista doble les dijo que era un pícaro, que le habia robado un cearto de venado, y què si lo hubiera visto ejecutar aquella accion, lo habria castigado fuertemente.

Pero si no lo sorprendió vd. en flagrante delito, dijo uno de los de á caballo, ¿cómo dá vd. una filiacion tan exacta?

—Escúcheme vd., contestó el mestizo, y se convencerá de que no me engaño. Sé que el hombre es de corta estatura, porque para descolgar el cuarto de ciervo que estaba colocado al alcance de la mano de un hombre de una estatura ordinaria, se vió obligado á subirse á unas piedras que encontré amontonadas en el lugar en que se hallaba clavada la estaca. Sé que es blanco, porque ví en la huella de sus piés, marcada entre las hojas secas, que marcha con piés torcidos hácia afuera, de la manera opuesta al modo

en que lo verifican los indios. Conozco que es viejo, por sus pasos desiguales y pequeños. Adiviné que su carabina era pequeña, porque encontré en la corteza blanca de un abedul tierno, la señal del cañon de su arma que apoyó contra el tronco, para tener sus dos manos libres. La señal de las patas de su perro, anuncia evidentemente el tamaño del animal, y en fin, de la marca que dejó en el lugar en que estuvo sentado, mientras su amo descolgaba mi carne, concluí que el perro no tenia cola.

En seguida el mestizo prosiguió su camino, dejando á los dos de á caballo maravillados de su extraordinaria sagacidad.

La noche á que me refiero, Vista doble llegó como les he dicho á vdes., á mezclarse en nuestra conversacion, cerca de la hoguera, en frente de la cual nos hallábamos sentados Albino y yo. El mestizo se encontraba tan sombrío y taciturno como de costumbre; pero parecia inquieto, como lo está un perro de caza al conocer por su olfato que se halla próxima alguna béstia feroz.

—¿Qué tiene vd., amigo? le preguntó el contrabandista. ¿Descubre vd. por el olor alguna pista? ¿Acaso se hallan cerca los *tamarindos*?

—No, contestó el viejo. Acabo de explorar los cuatro vientos; los tamarindos se hallan muy lejos de aquí, y la tierra no produce el menor ruido, ni el viento silba; pero no sé por qué estoy inquieto, y creo que la traicion nos rodea.

Yo fingí reirme de las aprensiones del anciano mestizo, pero Albino se puso sério. Habia descubierto con anterioridad que alguna cosa sobrenatural habia en la penetracion del viejo.

—No se ria vd. de las predicciones de Vista doble, dijo Albino, y puesto que habla de traicion, debemos velar cuidadosamente por nuestra seguridad.

En el momento en que Albino pronunciaba estas palabras, uno de los centinelas avanzados que habiamos colocado en el bosque, nos trajo á un indio que queria burlar nuestra vigilancia. Aquel indio no llevaba mas arma que un baston nudoso, que le servia para abrirse camino entre los bejucos. Le pregunté de dónde venia y á dónde iba; pero el indio no comprendia el español, porque solo respondió á mis preguntas con sonidos guturales é inteligibles. Vista doble no lo perdia de vista un solo momento, y contestó al indio en su idioma. Se me habia olvidado decirles á vdes. que el mestizo ha

blaba corrientemente todos los dïalectos unidos en la provincia de Coahuila.

—¿Qué dice el indio? pregunté al viejo.

—Que se dirigia á su pueblo, y que tuvo miedo de que lo despojasen los insurgentes de una corta cantidad que lleva. Esa es la causa que lo ha decidido á tratar de pasar sin ser visto. Eso es lo que dice, pero seguramente no es lo que piensa. Otro motivo, sin duda, es el que tiene

El mestizo fijó de nuevo sus ojos de basilisco en el indio, que sostuvo imperturbablemente el exámen. Despues de un momento de silencio, el viejo prosiguió su interrogatorio. No comprendiamos ni una palabra, y mirábamos aquellos dos hombres, que á la luz de nuestra hoguera, parecian dos estatuas de bronce enrojecidas al fuego. Repentinamente Vista doble, queriendo levantarse, vaciló y alargó vivamente la mano hácia el garrote en que se apoyaba el indio; pero no tuvo tiempo para apoderarse de aquel débil apoyo, porque el indio hizo un repentino movimiento hácia atrás.

—Creo que este hombre no miente, dijo con la mayor calma el viejo, enderezando su talle. Voy á hacerle la última pregunta, y lo dejaré que continúe su camino.

El indio pareció no comprender, porque permació impasible, cuando repentinamente el mestizo le arrancó con violencia el baston. El indio se estremeció: Vista doble se sonrió con satisfaccion.

—El secreto del indio está en este garrote, dijo, porque de otra manera, cuando fingí que me tropezaba y extendí la mano hácia el garrote para detenerme, no hubiera hecho un movimiento de espantó y retrocedido.

Y el viejo apoyó el baston en la rodilla y lo hizo pedazos, saliendo un papel de uno de éstos. Vista doble lo recojió, lo desdobló y lo vió á la luz del fuego; en seguida me entregó el papel haciendo un movimiento desdeñoso. Lo mismo que Vista doble, lo volví varias veces entre los dedos y se lo pasé á Albino, quien lo vió contra el fuego, como habia hecho el viejo, sin poder descifrar unos signos tan ininteligibles para él como para mí. De los doscientos hombres que estábamos allí, no se encontró uno solo que pudiese comprender el contenido de la carta interceptada.

—Interrogue vd. al indio, dijo Albino á Vista doble, y hágale comprender que morirá si no nos revela el sentido de este despacho.

--¿Entiendes? dijo el mestizo, dirigiéndose al mensajero indio, y repitiendo la órden del *gurrillero;* pero aquel no sabia mas que nosotros, y ni súplicas ni amenazas pudieron arrancarle mas que estas palabras: ¡Elizondo! ¡Elizondo!

Diósele la libertad, y se alejó lentamente del círculo de la luz. Nosotros nos hallábamos tan instruidos como antes. Despues de la partida del indio enviamos al mestizo con órden á nuestros centinelas para que redoblasen su vigilancia, y nos condujesen á cualquiera individuo á quien sorprendiesen en las inmediaciones del campamento. La inquietud del viejo quedó tan justificada por el hallazgo de aquel misterioso mensaje que nos hallábamos alarmados. Ademas, esperábamos que la casualidad haria caer en nuestras manos algun viajero capaz de leernos el despacho que habiamos quitado al indio. Vista doble no tardó en llegar despues de haber ejecutado su comision.

--¿Qué piensa vd. de todo esto? preguntó al mestizo.

—Cuando se ve al piloto el tiburon no está lejos, respondió sentenciosamente el viejo.

—Extendímonos en nuestras capas delante del fuego. Solo el mestizo permane-

ció inmóvil y sentado, tan pronto con la cabeza apoyada en las rodillas, como con su vista clavada en el cielo, y sumergido en una profunda meditacion, ó bien pareciendo escuchar ruidos, que no llegaban hasta nuestros oidos. Lo examiné por algunos momentos á la luz de la hoguera que enrejecia sus largos cabellos blancos, y parecia sacar chispas de sus negros ojos. Poco despues cesé de verlo, porque dormia yo profundamente.

La luz no debia dilatar mucho, cuando desperté al grito del *¿quién vive?* que repetian los centinelas. Inmediatamente me senté; Albino dormia aún; en cuanto á Vista doble, se hallaba en la misma posicion en que lo habia yo dejado. Desperté al contrabandista y arrojé algunas ramas á la hoguera para reanimarla. Pocos momentos despues, dos de nuestros soldados, condujeron á nuestro campo á un hombre á caballo. El ginete descubia en su rostro una viva mortificacion y espanto. Iba cubierto con una manga azul.

—¿Qué es esto, señores? decia: ¿estoy entre amigos ó entre enemigos? ¿y con qué derecho detienen vdes. á los oficiales del ejército independiente?

—Con el derecho que tenemos para indagar, si son amigos ó enemigos, los que

se acercan de noche á nuestros vivacs, contestó Albino; ademas, nos convendria mucho hallar un cristiano que supiera leer ó escribir, ó leer solamente, para que nos hiciese un servicio, y si vd. es oficial, como dice, podria tal vez....

Albino registraba sus bolsillos para sacar el papel que habia llegado á nuestro poder de una manera tan extraña. Entretanto, veia yo atentamente la fisonomía del mestizo; éste, á su turno, fijaba sus ojos escrutadores en el de á caballo. Seguramente el exámen no fué muy favorable, porque detuvo el brazo de Albino, que iba á poner el papel en manos del desconocido.

—Esto me huele á traicion, dijo en voz baja, pero no tanto que no los escuchase el desconocido.

—¿Desde cuando, pícaro, exclamó furioso el caballero, merece el teniente coronel Elizondo, ser ultrajado tan groseramente?

Y abriendo con violencia su capa, nos mostró en su uniforme las insignias de su grado. Recordamos en aquel momento el nombre del autor de la sublevacion de las provincias de Coahuila y del Nuevo Santander, y sin comunicar al coronel el despacho interceptado, le suplicamos

admitiese nuestras excusas, sintiendo la medida que con él se habia tomado, aten didas las necesidades de la guerra. El oficial recibió aquellas excusas con altaneria: lanzó una colérica mirada al mestizo, dió un cuartazo á su caballo y desapareció.

Cuando desapareció, Vista doble tomó una rama inflamada, á cuya luz inspec cionó atentamente la configuracion de las patas del caballo en las huellas que habia dejado en la tierra; midió con unas ramitas verdes el largo y ancho que tenian, y guardó las ramas en su bolsillo; en seguida, hablando consigo mismo: ¡Elizondo! ¡el indio! dijo. El tiburon y el piloto; y dirigiéndose á Albino: señor capitan, añadió, si quiere vd. creerme, es preciso montar á caballo al momento y marchar al Saltillo, en donde encontrará vd. alguna persona que pueda leer el papel que encerraba el garrote del indio; pero no se fié vd. del primero que se le presente; en seguida puede vd. obrar segun la revelacion que le haya hecho el papel.

El antiguo contrabandista no acostumbraba discutir los consejos de aquel viejo original. Dió órden de que le ensillasen su caballo; pero en el momento de partir uno de nuestros exploradores llegó vio-

lentamente á avisarnos que un rico convoy de mercancías y dinero se acercaba á nuestras avanzadas. Aquella noticia nos hizo olvidar todo, y hasta los ocho dias de aquel encuentro, fué Albino al Saltillo con objeto de indagar el contenido de la carta interceptada. Volvió á nuestro campo con la seguridad de que hacia cinco dias que nuestros jefes habian marchado para Monclova.

—Vista doble no se engañó, nos dijo: el despacho del teniente coronel Elizondo me lo leyó un sacerdote amigo de Hidalgo, á quien revelé el caso en el confesonario; contenia lo siguiente: "Están tomadas todas mis medidas: me reuniré dentro de dos dias con los docientos hombres de vd., en las *cisternas* de Bajan; no se nos escaparán ninguno de los jefes de la insurreccion.

—¡Ah! interrumpió el mestizo; ¿por qué no fusilariamos á aquel traidor? porque no hay duda que lo era el desconocido; ¿y Bajan está muy cerca de Monclova?

—El sacerdote me dijo que ya se habian mandado avisos al general Abasolo, sobre la traicion que contra él meditaba Elizondo, creyéndose ultrajado por no haber sido nombrado teniente general; pero con su grandeza de alma acostumbrada,

Abasolo no quizo creer semejante cobardía. La carta iba dirigida al gobernador Ochoa, cuya casa de campo está cerca de este lugar. Esto me explica la presencia del coronel, inquieto por no haber recibido respuesta á su mensaje.

—¿Qué debemos hacer? preguntó á Vista doble.

—En este momento Elizondo tiene cinco dias de ventaja, y ha de caminar á marchas forzadas; mi opinion es que marchemos sin tardanza; tal vez será tiempo de prevenir á los jefes fugitivos. ¿Cuántos hombres llevan de escolta?

—Mil, poco mas ó menos, contestó Albino.

—Entonces, marchemos, exclamé: y dando aviso á la escolta no serán de temer los doscientos hombres.

III.

Muchos motivos nos hicieron tomar la resolucion de partir solos, Albino, Vista doble y yo. Conducir una *guerilla* hubiera sido exponernos á una dilacion fatal y desastrosa; las tierras que teniamos que atravesar eran áridas, calientes y sin agua; en fin, ¿qué podian hacer ciento cincuenta ó doscientos hombres agregados á la

escolta de los jefes, compuesta de mil soldados escogidos y una numerosa artillería? Lo esencial era, pues, que los tres llegáramos á tiempo para advertir solamente á los soldados de la escolta que se cuidasen.

Dejamos el mando de la *guerrilla* al primer teniente, y provistos de un caballo de mano ademas del que montábamos para viajar con mas celeridad, partimos como á las dos de la tarde. Hablando con verdad, no hay mas que cinco dias de camino desde el Saltillo á Monclova, que se componen de otras tantas jornadas forzosas: *Santa María*, *Anelo*, Punta del *Espinazo del Diablo*, Salida del *Espinazo del Diablo*, y en en fin, *Acacitas de Bajan*; presumíamos, sin embargo, que las dificultades del camino para los numerosos carruajes de los jefes, la falta de víveres en aquellos desiertos lugares, y otros obstáculos de esta naturaleza, retardarian la marcha de la comitiva. Felizmente en Acacita de Bajan, última jornada, antes de Monclova, era en donde debia prepararse la emboscada. Esta circunstancia, y la lentitud forzosa de la marcha de la caravana, nos hacian creer que llegariamos á tiempo para prevenir la traicion de Elizondo, no obstante que

los jefes nos llevaban un adelanto de cinco dias. Partimos, pues, llenos de esperanzas, yo sobre todo, que abrigaba en mi corazon, por el caballero Abasolo, sentimientos muy particulares de ternura y admiracion.

Despues de haber cambiado caballo á la mitad del camino, es decir, despues de haber ensillado nuestros caballos de mano y dejado libres á los que nos acababan de servir, llegamos en la noche á Santa María, nuestra primera jornada. Preguntamos á los habitantes de algunas casuchas miserables que forman el pueblo blo; todos nos respondieron que la escolta se componia de soldados fieles á la causa de Hidalgo, y que caminaban con el mayor entusiasmo y confiados en su fuerza numérica, sin temer traicion alguna. Este informe no nos satisfizo enteramente: habria preferido que nos hubiesen dicho que la escolta marchaba con el mayor desaliento. Tuvimos el mayor trabajo en conseguir algun alimento para nosotros y para nuestros caballos: la caravana que nos precedia, habia concluido con los víveres de las inmediaciones. Despues de haber reposado cinco ó seis horas, nos pusimos en camino á las doce de la noche. Desde que comenzamos la segunda

jornada, observé que Vista doble se hallaba entregado á una de aquellas meditaciones que nada bueno presagiaban.

—Tuve anoche un sueño, me dijo el mestizo, á quien dirigí algunas preguntas: sí, tuve un sueño, y temo mucho haberlo interpretado con demasiada fidelidad.

—¿Y cuál fué ese sueño?

—Soñé anoche que habia tenido siete veces una sed ardiente, y que en el momento de apagarla, Elizondo me arrancaba de las manos el cántaro lleno de agua. Este sueño no puede significar otra cosa sino que el traidor habia cegado las siete fuentes ó cisternas que hay de aquí á Monclova, y que nombran las *siete Norias de Bajan*.

Nos miramos Albino y yo, y éste manifestó que seguramente Elizondo no queria hacer morir de sed á los jefes, porque segun toda apariencia, queria entregarlos vivos al gobernador de Coahuila. El viejo movió lentamente la cabeza.

—No los hará, ciertamente perecer de sed; mas para buscar el agua que necesite, la escolta se desbandará siete veces, y en cualquiera de estas ocasiones, los soldados de Elizondo podrán apoderarse, sin disparar un tiro, de los jefes privados de sus defensores.

Despues de habernos explicado su sueño de esta manera, el viejo continuó trotando silenciosamente á nuestro lado; aunque no hubiese pronunciado otra palabra, en el aspecto de Vista doble descubrí cierta cosa que nos habia ocultado, y que yo no podia explicarme.

—¿No ha soñado mas anoche? le pregunté.

—¡Oh! lo demas no merece nuestra atencion; solo se refiere á nosotros, y nuestra vida es poca cosa en comparacion de las preciosas existencias que se hallan amenazadas.

—Estoy de acuerdo; sin embargo, desearia saber lo que nos interesa.

—Pues bien, añadió Vista doble: como á pesar suyo, soñé que antes de llegar á la sétíma cisterna, mi sed se habia calmado como por encanto; pero despues me ví que iba galopando por el llano.....

—¡Cómo! le pregunté, ¿se vió vd. á sí mismo?

—Sí, contestó el viejo con un tono que me hizo estremecer, porque mi cabeza habia quedado detras de mi cuerpo, y lo seguia con la vista en la carrera.

—¿Y yo, Vista doble? preguntó el contrabandista con vivacidad.

—Ví á vd. acostado en el llano, por el cual galopaba mi cuerpo sin cabeza; pero no sé si estaba vd. muerto ó dormido.

Tuve necesidad, lo confieso, de hacer un esfuerzo para afirmar mi voz, y preguntar al viejo á mi turno, lo que me habia sucecido á mí en su sueño.

—Vd., contestó, no estaba con Albino, y conmigo en aquel momento.

—*¡Caramba!* dijo Albino, nada de esto es de buen agüero; ¿y cómo explica vd. todas esas particularidades?

—No las explico, respondió gravemente Vista doble.

Continuamos nuestros caminos; las palabras de aquel viejo singular nos sumergieron en sombrías reflexiones, que la naturaleza del paisaje no era propia para disipar. Nada es mas triste que esos llanos inmensos, sin casas, sin árboles, que se atraviesan ente el Saltillo y Monclova. El viento que rasaba el terreno pedregoso, no nos traia mas que los ahullidos de los lobos, ó el vagido quejoso de los chacales. Afortunadamente el sol disipó un poco la turbacion de nuestros pensamientos; por fin, al cabo de tres horas de marcha, el aire puro de la mañana nos habia hecho olvidar las misteriosas y siniestras predicciones de Vista doble. Vimos, sin

reflexionar en ello, los primeros árboles que indicaban la cercanía de una de las siete norias que debiamos encontrar en el camino.

Sin embargo, á medida que avanzábamos hácia la noria, el sueño del viejo se nos representaba en la memoria, y una especie de impaciencia, que no era causada por la sed, supuesto que aun teniamos agua en nuestros *guajes*, se apoderó de nosotros. Apresuramos el paso: detras de los árboles veíamos elevarse las grandes ruedas que indicaban el lugar de la primera noria. En cuanto á Vista doble, no manifestaba ni impaciencia ni inquietud, como un hombre seguro de que va á saber demasiado pronto una noticia desagradable. Nuestros caballos, excitados por la sed aceleraban el paso, no obstante lo fatigados que iban, y sin que fuese necesario hacer uso de la espuela. Llegamos inmediatamente uno tras otro al borde del pozo, y la vista de la noria nos arrancó siniestramente un grito de desesperacion. Los cubos de cuero que formaban el rosario hidráulico, y subian el agua hasta el nivel de las piletas de madera, destinadas á recibirla, estaban secos. En el fondo del pozo, un lodo negro mezclado con arena, habia reemplazado

el agua límpia. El sueño del viejo comenzaba á realizarse.

—Ruperto, me dijo entonces el contrabandista, los hombres de valor no retroceden nunca ante los mas siniestros presagios; pero en todo caso, le recomiendo á vd. eficazmente á mi hijo, si llega á perder á su padre, pues vd. es el único apoyo que le queda.

—Yo le serviré de padre mientras viva, respondí.

Ya no dudaba yo en aquel momento que el triste sueño de Vista doble se realizase. El viejo nos alcanzó á pocos momentos, sin dignarse dirigir una sola mirada á la noria, echó pié á tierra. Algunas huellas de caballos se mezclaban á mas de cien que habian dejado plantas humanas en rededor del pozo; no se ocupó mas que de las primeras, que examinó con la mayor atencion. Aquellas marcas eran tanto mas fácil de reconocer, cuanto que el agua derramada á propósito fuera del pozo, habia humedecido la tierra alrededor, formando una copa espesa de lodo, que no tardó en endurecerse con el sol. Muy cerca de la noria, un montículo arenoso, rebajado por la pala, atestiguaba que las partes que se habian arrancado, sirvieron para estancar la poca agua que

los cubos no habian derramado fuera. Despues de haber considerado el viejo con el mayor sentimiento las huellas dejadas por los piés de los caballos, sacó de su bolsillo las ramitas que le habian servido para medir las que habian dejado junto á la hoguera cuando se presentó el oficial. La dimension de las ramas y la de los cascos del caballo eran absolutamente iguales.

—¡Elizondo! ¡Elizondo! dijo con la mayor lentitud Vista doble, haciéndonos notar las pruebas irrecusables de la presencia del traidor. Era absolutamente impo sible negar la evidencia.

—Se hallaba en este lugar á caballo vigilando á los trabajadores, continuó el mestizo; todas estas huellas son de su caballo. Esta noria permanecerá seca hásta la próxima estacion de aguas.

—Las maldiciones de todos los que tengan sed en el desierto llegarán hasta él, dijo Albino.

—La voz de la sangre gritará mas alto todavía, añadió Vista doble con solemnidad.

Proseguimos nuestro camino, pero fué necesario cuando llegamos á Anelo, la segunda jornada del Saltillo á Monclova, dejar descansar á nuestros caballos, fati-

gados por una rápida marcha. Nos veiamos obligados á perder tiempo, para ganarlo, en interes de aquellos á quienes queriamos servir. Encontramos á los habitantes de Anelo poseidos de la mayor consternacion. El agua del pozo era el único depósito hasta la próxima estacion, y actualmente se hallaba seco. Los demas pozos, en los cuales se proveian de agua, estaban en vísperas de agotarse, y aquel accidente debia hacer muy dificil la permanencia en Anelo. Tuvimos el mayor trabajo en encontrar agua para nuestros seis caballos.

Le preguntamos á uno de los habitantes que nos respondió que aquel crímen (porque lo era de todas maneras) probablemente se habia cometido durante la noche, porque no se habia visto persona alguna aproximarse de dia á la noria. Este suceso causó un gran desórden en los soldados que escoltaban los carruajes de los generales, añadió el hombre que nos daba aquellos informes. Toda la tropa se habia desbandado, sorda á la voz de los oficiales, y los generales tuvieron que aguardar un dia á que sus hombres volviesèn. Felizmente todos aquí somos afectos á la santa causa que han sostenido; así es que nada les ha faltado; pero nos estremeci-

mos al pensar lo que hubiera podido suceder si hubiese habido cerca de aquí algun destacamento español.

Este razonamiento nos confirmó en la idea de que el golpe meditado por Elizondo no debia darse sino mas tarde, cuando las deserciones, causadas por la sed, hubiesen disminuido el número de la escolta, hasta igualarlo con el de los soldados que manda el coronel. ¿Por qué medios habia podido ocultar su marcha al conocimiento de los habitantes de Anelo? Esto era lo que no podiamos adivinar. Sin embargo, el hecho era cierto, y sin perder el tiempo en comentarios, montamos á caballo á la media noche. Calculando bien nuestra marcha, debiamos llegar á Bajan al mismo tiempo que la comitiva, es decir, al décimo dia de su marcha, y al quinto de la nuestra, supuesto que nos llevaba cinco dias de ventaja. Entre Anelo, que acabábamos de dejar, y la *Punta* del *Espinaso del Diablo*, distinguimos á lo lejos la segunda noria; y unos pasos mas adelante, los cadáveres de dos caballos que encontramos en el camino nos indicaron claramente que el segundo pozo se habia cegado como el primero. Esta vez no sentimos la febril impaciencia que la víspera se habia apoderado de nosotros al adelan-

tarnos al mestizo. Ni Albino ni yo dudábamos del espectáculo que nos aguardaba· La noria, en efecto, estaba seca, el fondo pantanoso y ensolvado, las orillas anega das y los cubos enteramente secos. Como lo habia hecho al llegar á la primera, Vista doble descendió del caballo, examinó las huellas, las midió, y repitió con voz grave y solemne:

—¡Elizondo, Elizondo!—Si llego á tiempo y lo encuentro, juro por Nuestra Señora de Guadalupe, que le traspaso el corazon con mi puñal, dijo Albino.

—Marchemos, añadió Vista doble.

Caminamos por algunos instantes al galope, y á poca distancia de la segunda cisterna, un número mayor de caballos muertos nos atestiguó los progresos de la sed.

—Mas lejos encontrarémos, sin duda, mulas muertas, dijo el mestizo, porque soportan las privaciones mejor que los caballos; despues de ellas, llegará la vez de los hombres.

Despues de otros momentos de galope llegamos á la entrada del desfiladero llamado la *Punta del Espinazo del Diablo.* Ningun nombre me pareció mas bien puesto. Las rocas, inclinadas como las partes de un navío, que aparecian á flor

de tierra en el camino, se asemejaban, en efecto, por su forma arqueada, su blancura y su pulimento, á las formas redondas de un esqueleto de diez leguas de longitud; aquellas rocas calcinadas, lustrosas, ahogaban toda vejetacion. Algunos musgos solamente, de un verde opaco, extinguian algo la ardiente reverberacion del sol en ciertos lugares; en otros, por el contrario, sus rayos lanzaban luces que deslumbraban la vista, así como el excesivo calor que producian, secaba las fauces. Algunas mulas muertas yacian amontonadas al lado de los caballos, que los zopilotes comenzaban á despedazar, presentando un espectáculo mas lúgubre, en aquellos llanos deciertos, bajo el ardiente soplo del viento, impregnado de fétidos olores.

Antes de llegar al *rancho* de la Punta del Espinazo del Diablo, se ofreció á nuestra vista la tercera cisterna, seca como las otras dos. Al ver la orilla del pozo, Vista doble repitió de nuevo, despues de haber examinado las huellas:

—¡Elizondo! ¡Elizondo!

Despues de una jornada mas fatigosa que las dos anteriores, á causa de lo pedregozo de los caminos que habiamos tenido que seguir, llegamos al *rancho* an-

tes de ponerse el sol. Esta última marcha, verificada entre las rocas del Espinazo del Diablo, habia de tal manera lastima do los cascos de uno de mis caballos, que no estaba herrado, que me ví obligado á dejarlo al cuidado del dueño de la posa· da.. El pobre animal no podia ya dar un paso; y por él retardamos la jornada de esta manera, como van vdes. á juzgar, se cumplia nuestro fatal destino. En el *rancho* de la Punta nos fingimos comerciantes, á quienes las necesidades de su comercio llamaban á Monclova, y no hicimos alusion alguna á las cisternas que habiamos encontrado cegadas. Fingimos tambien que ignorábamos, que los antiguos jefes de la insurreccion mexicana, estuviesen en camino para el punto á donde nos dirigiamos. La pérfida trama que rodeaba á los generales fugitivos, nos parecia urdida con tanta habilidad, que era necesario obrar con la mayor prudencia.

En la jornada siguiente, que debió terminar en el punto llamado la *Salida del Espinazo del Diablo*, el espectáculo que nos ofreció el camino era el mismo; lobos y zopilotes, ocupados en devorar los cadáveres de las mulas y caballos, mas numerosos que los de la víspera, y que huian al acercarnos; el calor, las exhalaciones en-

venenadas, las rocas blancas y desnudas, presentando á cada paso una capa delgada de tierra vejetal; tales eran las escenas que se ofrecian á nuestra vista. Despues encontramos otras dos cisternas, ensolvadas como las primeras, y al verlas Vista doble hizo la misma operacion, midió las huellas é hizo las propias exclamaciones, lanzando mil maldiciones á Elizondo.

A las tres horas, poco mas ó menos, los pobres habitantes de un miserable *jacal*, nos vendieron á precio de oro una cantidad de agua suficiente para nuestros cinco caballos y para remover lo de nuestros *guajes*, en seguida hicimos alto, para dormir á campo raso, mas adelante de la salida del Espinazo, que habiamos pasado, porque deseábamos llegar á buen tiempo á Bajan. Vdes. notarán, que de las siete norias que debiamos encontrar en el camino, habiamos hallado cinco completamente secas, conforme á las predicciones de Vista doble. En el lugar en que hicimos alto, el paisaje habia cambiado de aspecto: eran los mismos llanos áridos, es verdad, pero interrumpidos de cuando en cuando por algunos grupos de árboles. Habriamos avanzado mucho mas aquella noche; pero el único caballo que me que-

daba, estaba mas fatigado necesariamente que los caballos de mis dos compañeros, que no habian hecho ensillados mas que la mitad de la jornada. Con los restos de un árbol muerto hicimos una lumbrada, á cuyo derredor nos sentamos, cenando algunos pedazos de carne salada, que medio asamos en los tizones. Unas yerbas altas que cubrian el llano á nuestro derredor, sirvieron de pasto á nuestros caballos, si no sustancial, al menos abundante, y convenimos que el mestizo haria el primer cuarto de centinela.

Albino fué el primero que se durmió. En cuanto á mí, con la vista fija en el viejo, sentado al lado del fuego en su postura favorita, es decir, con las piernas cruzadas como los indios, los codos apoyados en las rodillas y la cabeza en sus manos, lo consideraba con la mayor atencion. Sus largos cabellos caian en mechones desordenados, de la misma manera que el heno blanco, flotando en la cima de los cedros seculores. Vista doble parecia escuchar, como si fueran voces inteligibles, las quejas del viento entre la hojas secas. Al aspecto de aquel viejo, para quien no tenia velos el porvenir, sentia yo una especie de temor supersticioso. Al cabo de algun tiempo, Vista doble levantó la cabeza: sus

labios vivamente iluminados por la luz de la hoguera, se abrian silenciosamente; en seguida fijó en mí su vista; no sé por qué cerré los ojos.

—¿No duerme vd? me dijo.

—No puedo, contesté.

—Ya que estamos solos, escúcheme vd. un instante, porque es vd. el único que podrá ejecutar mi última voluntad; supuesto que Albino, aunque quisiera, no podria.

—¿Por qué?

—Vd. cuidará á su hijo como si fuese suyo, ¿es verdad? No volverá á ver á su padre. Le dije á vd. que habia visto á Albino acostado en el llano, sin saber si dormia ó estaba muerto, pero la sangre que enrojecia la yerba á su derredor, me prueba que dormia el sueño eterno.

En aquel momento sufria yo completamente el ascendiente de Vista doble, y dirigí á mi dormido camarada una mirada no menos dolorosa, que si, como decia el mestizo, hubiese dormido con el sueño que no se interrumpe jamas. El viejo prosiguió:

—En cuanto á mi persona y á la suerte que me espera, no tengo la menor duda; no veré vivo la sétima cisterna de Bajan; pero quiero verla despues de mi muerte.

Así, pues, ejecutará vd. lo que voy á decirle: recojerá vd. mi cabeza, que no le costará trabajo encontrar en el llano de Bajan, y la llevará vd. á la cisterna, sobre la que la atará vd. á un árbol, con el rostro vuelto hácia la noria. No deje vd. de hacerlo, porque la última voluntad de un hombre es sagrada. Respecto á vd., si escapa á la muerte en la Sierra-Madre, vivirá aún mucho tiempo; sin embargo, corre vd. un grave peligro.

Despues de haber hablado de esta manera, el viejo apoyó la cabeza en sus manos, y pareció escuchar la voz del viento. entre las yerbas, y otras voces tal vez, que solo llegaban á sus oidos. No pude cerrar los ojos en toda la noche; amaba tiernamente á Albino; con él era con quien me habia hecho hombre; y yo pensaba pasar en su compañía mucho tiempo: en aquel momento lo lloraba como si hubiese muerto. En fin, llegó el momento de la partida. Mi caballo podia aún hacer aquella jornada, la última para alcanzar el convoy de los fugitivos; así es que nos pusimos en camino; pero nuestro entusiasmo se habia amortiguado. Vista doble guardaba silencio como de costumbre; los tristes pensamientos que me agitaban, me quitaban todo deseo de dirigir una sola

palabra á Albino, y éste, no encontrando motivo de conversacion, quedaba silencio como yo.

Encontramos la sexta cisterna vacía como las otros cinco; faltábanos agua, y la sed nos atormentaba; nuestros caballos sufrian mas que nosotros, porque no habian bebido desde la víspera en la tarde; el mio, sobre todo, no podia dar un paso. Ibamos á continuar nuestro camino, cuando nos detuvo el viejo.

—Un momento, nos dijo el mestizo, tan derecho sobre el caballo, como si tuviera apenas veinte años. Capitan Albino, prosiguió, acabamos de ver la última noria.

—Hay otra, respondió Albino.

—Debo decirte, continuó Vista doble, que ni vd. ni yo verémos la sétima cisterna de Bajan. Si quiere vd. retroceder, aun es tiempo.

Albino permaneció impacible.

—¿Llegarémos á tiempo para salvar á nuestros jefes? preguntó.

—No me lo ha descubierto mi sueño, pero creo que sí, dijo Vista doble.

—¿Nos sobrevivirá este amigo? preguntó el contrabandista designándome.

—Sí.

—Pues bien, avancemos, exclamó resueltamente Albino; nada importa nues-

tra existencia, cuando se trata de la de los cuatro jefes, que son la esperanza de nuestro país, y á quienes amenaza la traicion.

—¡Marchemos, pues! dijo el viejo con la mayor tranquilidad.

La marcha no continuó con tanta rapidez como deseaban mis dos compañeros; mi caballo, en extremo fatigado, apenas podía dar un paso. A cada instante encontrábamos cadáveres de caballos y mulas. Muy pronto comenzamos á subir una cuesta bastante escarpada. Cuando llegamos al punto culminante, se ofreció á nuestra vista un llano inmenso. Vista doble, que iba á la cabeza, arrojó un grito de alegría, y Albino que lo alcanzó, hizo la misma demostracion.

—¡Gracias á Dios! exclamó el contrabandista con entusiasmo: todavía están sanos y salvos, y los salvarémos, suceda lo que sucediere.

Eran las nueve de la mañana del dia 21 de Marzo de 1811. Al pié del punto en que nos encontrábamos, y en medio de los llanos de Acacita de Bajan, ondulaba una larga fila de carruajes en medio de los nopales y de las acacias. Los cañones seguian á corta distancia, y el ruido de sus cureñas llegaba hasta nuestro oidos.

Las banderolas de los dragones se movian á impulso del viento, y los relinchos de sus caballos se mezclaban al ruido de la artillería. A corta distancia de los primeros carruajes que formaban la fila, un cuerpo de tropas que parecia la vanguardia, se habia detenido detras de una colina, en cuya falda serpenteaba el camino. Aquellos hombres hacian un alto momentáneo para dar tiempo á los carruajes de que los alcanzaran.

—¿Ve vd? dijo Albino á Vista doble; deben tener algunas sospechas, supuesto que la vanguardia no se aleja de los carruajes.

Vista doble no contestó una sola palabra. Su vista penetrante observaba con atencion la vanguardia.

—Los caballos de esos dragones están muy frescos, dijo, para unos animales que han debido beber muy poca agua en el camino; vea vd. si los de los dos destacamentos que van por atras relinchan y y marchan como los suyos.

Mas allá de la colina, y á una regular distancia de la fila de carruajes, que se hallaba muy lejos de la eminencia, tras la cual se habia detenido aquel cuerpo de caballería, caminaban al paso seis dragones. Detras de ellos, y á cosa de cien va-

ras de distancia, iba otro grupo de caballería compuesto de cosa de sesenta hombres, delante de los carruajes. En fin, detras de los carros que conducian los bagajes, los carruajes y la artillería, iban otros hombres de la escolta, unos á caballo y otros á pié. Los animales en que iban los dragones, alargaban los pescuezos y caminaban con mucho trabajo. El contraste entre estos animales y los que montaba la tropa oculta por la colina, no se habia escapado á la vista del mestizo. Repentinamente, al ver á un oficial que apareció en medio del cuerpo de caballería que estaba descansando, Vista doble se estremeció, y exclamó con voz de trueno:

—¡Traicion! ¡traicion! ¡es Elizondo!

Era Elizondo, en efecto, que hallaba á sus soldados; pero la voz de Vista doble no pudo llegar hasta aquellos á quienes queria advertir.

—¡Ruperto! dijo precipitadamente el viejo, su caballo de vd. no puede seguirnos; la vida de los jefes depende de la ligereza de nuestros animales; espérenos vd. aquí: pronto, pronto Albino, déle vd. el cabestro de su caballo de mano.

Tomé los dos cabestros. Albino y Vista doble se precipitaron á lo largo de la cuesta, como dos rocas que ruedan por un

rápido declive, repitiendo con todas sus fuerzas las palabras: ¡Traicion! ¡traicion! Bien pronto los perdí de vista en uno de los recodos que les era preciso seguir para llegar al llano. Quedé solo, muy atrojado con los dos caballos de mano, y con el corazon tan turbado, que una nube parecia ocultarme como un velo, lo que pasaba á mis piés. Las siniestras predicciones del viejo, la angustia que me causaba el peligro que corrian los jefes mexicanos, todo contribuia á oprimir espantosamente mi corazon.

En aquel momento los seis dragones de la escolta de Hidalgo dieron vuelta á la colina; al distinguir el peloton de caballería, vacilaron un instante, en seguida avanzaron. En el acto fueron rodeados, desarmados y diseminados entre sus enemigos, sin haber podido arrojar un grito de alarma. Los sesenta hombres que iban tras ellos sufrieron la misma suerte; porque despues de haber vacilado como los primeros, avanzaron con seguridad al ver el coronel Elizondo, conocido por un ardiente partidario de la insurrccion. Los pobres diablos no sospechaban la traicion. El coronel tenia cosa de trescientos hombres; tomó doscientos, y avanzó con ellos hácia los carruajes; habia llegado

su turno á los cuatro generales. Elizondo se detuvo, con sombrero en mano, delante de uno de los carruajes, que hizo alto. Descendió de él un hombre; en su sotana y en sus largos cabellos blancos, reconocí á Hidalgo, que presentó amistosamente su mano al traidor. Desde aquel momento no distinguí mas que algunas escenas aisladas de aquel horrible drama. Las tropas de Elizondo hicieron una descarga general. Una porcion de lanzas rodearon los carruajes: los cuatro jefes se hallaban prisioneros, un sudor frio corria por mi frente, y la angustia destrozoba mi corazon.

Cuando se disipó la nube de polvo, ví de nuevo á Elizondo á la portezuela de otro carruaje. Disparábanle un pistoletazo, pero no cayó el traidor. Un dragon disparó á su turno contra el carruaje, del que no tardó en salir un hombre, que en su figura, en sus rubios cabellos, y en lo orgulloso de su porte, reconocí por Allende. Tenia entre sus brazos á un jóven inanimado: despues supe que aquella noble víctima era su hijo. Obligaron á Hidalgo, Allende, Abasolo y Aldama á montar á caballo; y á pocos momentos desaparecieron con los que tenian sed de su sangre; los carruajes continuaron ca-

minando, unos vacíos, y los otros llevando prisioneros de un grado inferior.

Todo estaba consumado.

Descendí del caballo, y fuí á sentarme á la orilla del camino, dando libre curso á mis lágrimas. Estaba sumergido en una tristeza mortal, cuando el ruido causado por el galope de un caballo, me hizo levantar los ojos. Aquel caballo conducia un cadáver decapitado, el de Vista doble, sostenido en la silla con una cuerda bastanta fuerte; y para aumentar lo horrible de aquella burla, habian atado la cabeza del mestizo entre sus brazos....! No creo necesario decir á vdes. que desempeñé con escrupulosa exactitud la última voluntad del viejo. Debo añadir, por último, que encontré en el llano el cuerpo de Albino que dormia, como habia dicho el mestizo, con el sueño eterno. Su inútil afecto le habia costado la vida, y segun la prediccion de Vista doble, llegué solo á la sétima noria de Bajan, la cual no habian cegado. ¡Tal vez la cabeza del viejo se halla todavía colgada en el árbol en que la deposité!

Cesó de hablar el capitan; ocultábase el sol detras del jardincito de Mr. L....

El ruido lejano del viento entre las malezas del llano vecino, formaba una especie de acompañamiento melancólico, á las últimas palabras de D. Ruperto: Mr. L.... se levantó repentinamente, entró, sin decir una palabra, á su habitacion, y volvió al cabo de algunos instantes, trayendo en la mano un volúmen, que me presentó abierto. Era el *Cuadro histórico* del senador D. Cárlos María Bustamante. Mis ojos se fijaron en una página en donde leí estas palabras que confirmaban la relacion que acabábamos de escuchar: "La pérfida vigilancia de Elizondo, "seguia á los que habia designado en ho- "locausto á la defeccion. Habiendo llega- "do al Bajan, despues de haber atravesa "do las siete norias que se encuentran "entre este punto y el Saltillo, las encon- "traron secas, segun las órdenes del coro- "nel." El senador Bustamante añadia, que á excepcion de Abasolo, á quien salvó el heroismo de su esposa, todos los demas jefes de la insurreccion fueron pasados por las armas. En cuanto al coronel Elizondo, recibió el castigo que merecia su traicion. Odiado por sus compatriotas, despreciado por los españoles, murió cubierto de heridas que le infirió un español en un acceso de fingida locura. Ni aun

le instruyeron causa al asesino. Así terminó el primer acto del gran drama, que debia llamarse despues la revolucion mexicana.

Al dia siguiente por la mañana, despues de haber apretado afectuosamente la mano de Mr. L...., proseguimos D. Ruperto y yo nuestro camino para Tepic.

EL SOLDADO CUREÑO.

El camino de Guadalajara á Tepic, atraviesa la Sierra-Madre. En aquella cadena de montañas áridas, que sucesivamente terminan en picos agudos ó en ásperos desfiladeros, la guerra de indepenpencia ha dejado imborrables recuerdos. Deseaba con la mayor impaciencia visitar aquella curiosa parte de México, y por su parte, el capitan D. Ruperto, deseaba encontrarse en los puntos de la Sierra, que le recordaban tantas escenas y tantas noches venturosas en su juventud: al desembocar en el llano de Santa Isabel, dos dias despues de haber salido del pueblo de Ahuacatlan, fué cuando distinguimos en el horizonte los picos azulados de la cordillera. Desde aquel momento, y si-

multáneamente, apresuramos el paso, y unas cuantas horas de camino por entre las elevadas yerbas, nos condujeron á poca distancia de las montañas á una cabaña formada de bejucos, que el capitan Ruperto me babia indicado con anticipacion, como un punto en donde debiamos descansar.

—¡Hola, Cureño! gritó el capitan, deteniendo su caballo delante de la cabaña, ¡hola! ¿está vd. muerto ó vivo?

—¿Quién me llama? preguntó una voz cascada desde el interior de la cabaña.

—El capitan Castaños, ¡con mil diablos! contestó el guerrillero; el que dió fuego al cañon que le sirvió vd. de *cureña* (1).

Una espantosa figura llegó arrastrándose hasta el umbral de la cabaña; era un viejo horriblemente contrahecho, y cuya espina dorsal parecia dislocada y torcida. El desgraciado caminaba arrastrándose. Contraidas por la vejez y por los padecimientos, sus facciones habian conservado, sin embargo, una expresion de nobleza y orgullo que me llamó la atencion. En su frente, continuamente inclinada hácia el

[1] De aquí se tomó el nombre que se dió al soldado que, en la guerra de independencia, desempeñó el papel singular de un hombre trasformado en cureña.

suelo, surcada de profundas arrugas y de venas salientes. caian en desórden sus largos y blancos cabellos. En sus desnudos brazos aparecian como enroscadas unas venas tan gruesas, como los tallos de una yedra que ha envejecido, unida al tronco de una robusta encina. Al ver aquel extraño viejo, con su rostro arrugado, medio oculto con una espesa cabellera, semejante á una melena, cualquiera lo hubiera tomado por un leon decrépito, lastimado en el vigor de su edad por la bala del cazador.

—Y bien, mi valiente Cureño, dijo el guerrillero, cuánto gusto he recibido al encontrar vivo á uno de los buenos y antiguos amigos que han quedado de aquellos hermosos tiempos.

—Nuestras filas van disminuyendo, es verdad, contestó el viejo; trascurrirán algunos años y buscarán en vano á los primeros soldados de la independencia.

—¿Y la guanajuateña, no está aquí? preguntó Castaños.

—Estoy solo, contestó Cureño; hace un año que duerme en el sepulcro.

Y señalaba un tamarindo que crecia á algunos pasos de la cabaña.

—¡Dios haya tenido piedad de su alma!

dijo el capitan; pero confiese Vd. que sus servicios han sido muy mal pagados.

—¿Qué mas puedo apetecer que un pedazo de tierra para vivir y enterrarme? contestó el viejo con la mayor simplicidad ¿Acaso nos exponiamos antes á que nos rompiesen los huesos, con la esperanza de una recompensa? La posteridad recordará el nombre de Cureño, y eso basta.

La pregunta de D. Ruperto y la respuesta del anciano soldado, me hicieron adivinar que tenia ante mi vista á uno de esos hombres á quienes un fatal destino parece condenar al olvido, despues de habérlos sentenciado al sacrificio: ¿y qué clase de héroe desconocido era el que se hallaba en mi presencia? Lo ignoraba. Echamos pié á tierra en frente de la cabaña, en la que penetramos por un momento. Allí escuché, casi sin comprenderla, una conversacion que se refirió exclusivamente á los incidentes de la guerra contra los españoles. Desgraciadamente no tenia yo la clave de los hechos, que ambos interlocutores se rocordaban mútuamente. Al cabo de media hora, poco mas ó menos, y teniendo que hacer una larga jornada para llegar á la *venta*, situada al pié de la Sierra-Madre, nos dispusimos para continuar nuestro camino.

—Tiene vd. un caballo muy vigoroso, me dijo el anciano, aproximándose al animal, en el momento en que colocaba yo el pié en el estribo.

Al ver aquel cuerpo deforme, que se arrastraba, por mejor decir hácia el caballo, éste se espantó y quiso encabritarse; pero al mismo tiempo el brazo de Cureño se alargó hácia él, y el caballo permaneció inmóvil, resollando con terror.

¿Qué sucede? exclamé.

—Nada, contestó el viejo con su voz cascada; es que estoy conteniendo su caballo.

Me incliné, y ví en efecto con profundo asombro, que una de las piernas del caballo apretada por los dedos nerviosos de Cureño, se hallaba como unida al suelo por un lazo de hierro.

—¿Quiere vd. que lo suelte? me preguntó riéndose el atleta.

—Como vd. guste, contesté á aquel Milon de Crotona, porque ya veo que mi caballo no es el mas fuerte.

Apenas libre de aquella formidable tenaza, el animal dió un brinco hácia un lado con espanto, y me costó muchísimo trabajo conducirlo al frente de la cabaña.

—¡Ay! dijo el viejo suspirando, desde el dia en que dió fuego D. Ruperto, que

se halla presente, á cierto cañon, voy decayendo cada dia mas.

—¿Qué era vd. en su juventud, señor Cureño? le pregunté.

—Castaños se lo dirá á vd., contestó el viejo soldado, del que nos despedimos despues de haberle ofrecido el capitan que á su vuelta pasaria todo un dia en su cabaña.

Despues de habernos separado de aquel singular anacoreta, continuamos nuestro camino en direccion de la Sierra-Madre, cuyas cumbres, rocas y agudos picos, saliendo de entre la niebla, comenzaban á mostrar sus senderos cismosos, sus lados destrozados y sus profundos abismos. No tardamos en entrar en la sombra que proyectaban aquellas gigantescas trincheras, mientras que á considerable distancia, detras de nosotros, los últimos rayos del sol doraban las cimas de Tequila. Entonces fué cuando el capitan me mostró con el dedo en lo alto de una plataforma de la sierra, á cuyo pié rodaban perezosamente grandes grupos de nubes, un pequeño edificio cuadrado, que parecia un aerólito, caido del cielo en aquellas alturas. Aquella especie de fortaleza aislada era la *venta*, en la cual debiamos dormir.

Hicimos alto al pié de la inmensa ca

dena de montañas para que tomasen résuello nuestros caballos antes de subir; y pocos momentos despues, á la luz incierta del crepúsculo, proseguimos nuestra marcha. Habiamos contado con la luna para que alumbrase nuestros pasos, y la luna no tardó en aparecer, arrojando su pálida luz en el sendero que seguiamos, y que describiendo caprichosos rodeos al pié de las peladas rocas, ó á la orilla de los pro fundos precipicios, conducia á la venta. Dos horas de penosos esfuerzos nos fueron suficientes para llegar á la plataforma, que de lejos parecia tan extrecha, y que de cerca era un llano inmenso, dominado por una cadena de montañas, á las que se sobreponia una gigantesca gradería de coliña. En cuanto á la venta, era como todas las de México, una casa blanca con pilares que formaban un portal, y cubierta con tejas encarnadas. Edificada en la orilla de la plataforma, dominaba el camino que acabábamos de recorrer, y ademas un paisaje inmenso como el que debe abrazar el águila cuando se mece entre las nubes.

Algunos arrieros nos habian precedido y se hallaban en la posada; distinguíanse las hogueras de su campamento y sus mulas atadas consumian su racion de ceba-

da. En el portal de la venta dormian en el suelo una docena de indios, al lado de una carroza maciza, cuya caja se hallaba separada del juego: desmontados de esta manera, y en hombros, es como los carruajes pueden atravesar solamente la Sierra-Madre. Aquel coche y los indios, anunciaban la presencia de algunos viajeros en la venta: supimos, en efecto, que uno de los diputados del Estado de Sinaloa al congreso de México, acababa de detenerse con su familia, viniendo de Tepic, adonde nos dirigimos el capitan y yo.

Mientras D. Ruperto, que se habia encargado de mandar disponer la cena, desempeñaba su comision, yo me senté en el portal de la posada, desde donde la vista podia penetrar fácilmente hasta las gargantas de la sierra. La luna, con su luz pálida, alumbraba aquellas agrestes propiedades, de cuyo seno subian lentamente los vapores de la noche. Por todas partes en los alrededores, se descubrian colinas sobrepuestas, rocas destrozadas ó hendidas, como por efecto de volcanes apagados, y mas adelante se perdia la vista en inmensos llanos, en los cuales se entrelazaban hasta el infinito las ramificaciones de las sierras inferiores. La llegada del capitan que iba á anunciarme la cena, pu-

do solamente arrancarme de la contemplacion de aquellas grandes perspectivas. Los dos cenamos con el mayor gusto la frugal comida que nos sirvieron. D. Ruperto me propuso en seguida que fuésemos á respirar el aire libre fuera de la posada, y yo acepté su proposicion con toda mi voluntad. Nos encontrábamos apenas al extremo de un sendero, cubierto de enormes plantas, cuando el capitan se detuvo repentinamente, y me mostró la tierra con la mano: á nuestros piés se encontraba, medio sepultado en el suelo por su propio peso, uno de aquellos cañones que los insurgentes habian conducido arrastrando desde las orillas del océano Pacífico hasta los límites del Estado de Jalisco. El guerrillero se sentó en el cañon, invitándome á que lo hiciese á su lado. El cielo de un color azul oscuro, se hallaba en aquel momento sembrado de innumerables estrellas; la brisa que corria era tibia; delante de la venta y alrededor de las hogueras, los arrieros cantaban sus inocentes canciones; el sonido de las campanillas de las mulas llegaba á mis oidos, mezclado con el de las cuerdas de una guitarra; los perros de guardia respondian con quejosos ladridos á los ruidos vagos y lejanos que condu-

cian las brisas de la noche. Conduciéndome á aquel lugar retirado, el capitan me dijo que juzgaba conveniente aquella hora para continuar la relacion de sus aventuras militares: yo me apresuré á contestarle que era de su misma opinion, y alentado de esta manera D Ruperto, comenzó una larga relacion, que escuché sin interrumpirlo, sentado á su lado en el enmohecido cañon, á cuyo derredor las plantas enormes de yerba-buena silvestre entrelazaba sus ramas vigorosas, derramando penetrantes perfumes.

I.

EL VOLADERO.

La ejecucion de Hidalgo y de sus principales compañeros de armas, me dijo el capitan, termina lo que puede llamarse el primer período de la guerra de independencia. Desde aquel momento cambió la escena completamente: en lugar de masas indisciplinadas, llegaron á ocupar el teatro de la guerra algunas bandas bien organizadas, reducidas á límites mas extrechos. Auxiliados por un corto número de soldados aguerridos, los movimientos de los nuevos jefes de la insurreccion

mo fueron entorpecidos por poblaciones enteras. Cesaron de pillar los pueblos, de robar las cosechas; se respetaron los rebaños, dejaron que el comercio se desarrollarse, y la causa de la emancipacion, gracias á la prudente actitud de sus nuevos soldados, contó prontamente entre sus partidarios á los ricos agricultores, á los comerciantes y á los propietarios de las grandes haciendas. Esta organizacion militar de la insurreccion fué el primer paso hácia la organizacion política. Se fundaron algunos periódicos para que circulasen entre la poblacion mexicana las ideas liberales y los principios sociales que el siglo XVIII acababa de hacer triunfar en el antiguo mundo. Esta fué una de las armas mas formidables que minaron desde que se armó la revolucion en 1810, hasta la proclamacion de la independencia, la dominacion de los virreyes.

D. Ignacio Rayon personifica este segundo período de la insurreccion, como el cura Hidalgo personificó el primero. Despues de la prision del cura en Bajan, D. Ignacio Rayon tomó el mando de las bandas que habian quedado en el Saltillo, aumentadas con los hombres de la escolta de Hidalgo que pudieron escapar de los

soldados de Elizondo. Aunque su educacion, hecha en el colegio de San Ildefonso, lo hubiese preparado para el estudio de las leyes, mas bien que para un papel militar, D. Ignacio se elevó prontamente á la altura de su nueva posicion, y viéndose á la cabeza de cuatro mil hombres, no vaciló en sostener la campaña con su reducido ejército. Su primera operacion fué batirse en retirada hácia Zacatecas: para llegar á aquella ciudad, era preciso caminar cien-o cincuenta leguas por un país árido y escaso de agua, y atravesando poblaciones enemigas. Era preciso, en seguida, apoderarse de Zacatecas y trasformar aquella plaza importante en un centro militar para la insurreccion. Esta grande empresa que fué conducida con valor y mucha inteligencia por el general Rayon, aun hoy se cuenta entre las mejores acciones de su carrera militar y de la guerra de independencia.

Yo me hallaba en el número de aquellos partidarios leales que siguieron al general Rayon en su larga y penosa marcha del Saltillo y Zacatecas. Despues de haber asistido, como vd. sabe, á las principales escenas del drama tan tristemente desenlazado en Bajan, me dirigí al Saltillo, en donde encontré al general

Rayon, dispuesto á comenzar su movimiento de retirada. Nos pusimos en marcha cinco dias despues de haber sido aprehendidos Hidalgo y sus compañeros. Apenas abandonamos el Saltillo, cuando fué preciso comenzar las escaramuzas con las guerrillas españolas. Por espacio de cuatro dias tuvimos que sostener muchos combates, que no nos dejaban reposar un solo instante. Habiendo llegado al fin, á Paso de Piñones, fuimos detenidos por la division del general Ochoa. Nuestras tropas, fatigadas por cuatro dias de camino, habrian sucumbido ante la impetuosa carga del enemigo, si no hubiese llegado uno de nuestros jefes, el general Torres. Fué tal la impetuosidad del ataque, que los españoles sucumbieron á su turno, dejando con nuestros bagajes y cañones, de que se habian apoderado, trescientos de los suyos en el campo de batalla. Desgraciadamente nuestros cántaros y barriles fueron desfondados en la pelea, y teniamos que andar todavía mas de cien leguas, atravesando desiertos en que no habia una sola fuente ó riachuelo. Conduciamos á la retaguardia del ejército una considerable multitud de mugeres. Cada uno de nosotros, súbitamente improvisado soldado, habia conducido la suya. No

puede vd. formarse una idea de los atroces tormentos que nos hizo sufrir la sed durante aquella larga y penosa marcha, entre un cielo que jamas cubria una nube, y una tierra árida que no refrescaba ni aun el rocío de la noche.

Los crueles efectos de la falta de agua no solo se extendian á los hombres y á los animales, sino que inutilizaba nuestras armas, làs mas formidables. Apenas nuestras piezas de artillería habian disparado una ó dos veces, cuando calentadas por un sol ardiente, quedaban fuera de servicio. En este estado de debilidad y de ruina era preciso, sin embargo, sostener incesantemente luchas encarnizadas contra las tropas españolas. Felizmente la energía moral de nuestro ejército no habia sufrido detrimento alguno; nuestras mugeres nos daban el ejemplo del valor, y los veteranos de la independencia nunca olvidarán el nombre de una de ellas, la Guanajuateña, la compañera del soldado estropeado que encontramos esta mañana. No sé cómo haré comprender á vd. el expediente original que imaginó la Guanajuateña un dia de tribulacion, en que faltaba el agua á nuestros artilleros para refrescar sus cañones incandescentes. Bástale saber á vd. que la Guanajuateña, se-

cundada por sus compañeras, salvó aquel dia á nuestro ejército de un mal encuentro, y que gracias á su inspiracion feliz, si no heroica, nuestras baterías provistas de agua, apagaron en un momento los fuegos de los cañones enemigos. Tambien la Guanajuateña fué la que pocos dias despues, para engañar á los españoles, respecto al corto número de nuestros soldados, sugirió la idea de desplegar en batalla á todas las compañeras, con una pieza de artillería al frente de aquel batallon con *enaguas*. El nemigo, engañado por tal extratagema, nos dejó tomar sin inquietarnos una posicion ventajosa que dominaba Zacatecas.

Gloriosos hechos de armas iban á interrumpir aquella série de escaramuzas y á indemnizarnos de los insignificantes combates que habian ocupado los primelos dias de nuestra retirada. Despues de la accion, en que el singular expediente de la Guanajuateña habia asegurado la victoria á nuestras armas, hicimos alto en un lugar llamado *Las Animas*. Aquel dia ofrecia nuestro campo un triste espectáculo. Muertos de sed y de fatiga, nos hallábamos acostados en un terreno cubierto con cadáveres de nuestros caballos y mulas de carga. Reinaba por todas partes un

lúgubre silencio, interrumpido de cuando en cuando por los quejidos de los heridos, que en medio de los tormentos de la sed solicitaban una gota de agua para refrescar sus bocas, inflamadas por la fiebre. Algunos soldados circulaban como espectros por entre aquellos cuerpos, moribundos unos, otros ya inanimados. Los centinelas casi no tenian fuerzas para sostener sus mosquetes, durante su cuarto, alrededor del campo. Yo mismo me encontraba aniquilado, y para aplacar la sed, habia pegado mis lábios al puño de la espada. A poca distancia del lugar en que yo me encontraba, la muger á quien Albino Conde habia confiado á su hijo, y que yo habia admitido á mi servicio para ejecutar la última voluntad de mi antiguo camarada, rezaba llorando el rosario, y pedia á todos los santos del cielo que nos deparasen alguna nube preñada de agua. Los santos, desgraciadamente, no estaban aquel dia de humor de escucharnos, porque el sol espléndido continuaba su carrera en un cielo implacablemente limpio y sereno. Yo pedia á Dios que algunos merodeadores de mi tropa, que habian marchado en busca de alguna fuente oculta, tuviesen un feliz resultado en su expedicion, y sobre todo, que no olvidasen

á su capitan. Dios escuchó mis oraciones, porque á pocos momentos, ví avanzar á pasos de lobo, á uno de nuestros merodeadores que volvia del campo. Era el hombre que le enseñé á vd., el compañero de la Guanajuateña. En aquella época aun no cambiaba su nombre de Valdivia por el de Cureño, ni se hallaba tan espantosamente estropeado como lo ha visto vd. hoy; el tronco de un pino, no era ni mas derecho ni mas robusto que su cuerpo. Vd. ha podido juzgar de su fuerza hercúlea, y por lo mismo no le hablaré á vd. de ella; me limitaré á decirle que la inteligencia y el valor se hallaban en armonía con su vigor físico. En cualesquiera circunstancia, por crítica que fuese, Valdivia sabia siempre salir del mal paso.

—Señor capitan, me dijo, avanzando misteriosamente hácia el punto en que me encontraba envuelto en una capa de un dragon español, que habia recogido en un campo de batalla; traigo un cántaro con algunas gotas de agua, para vd., para el niño y para su nodriza; pero desearia que nadie nos viese.

—¡Agua! exclamé demasiado conmovido en aquel momento, para conformarme á las prudentes prescripciones de Valdivia.

—¡Silencio! dijo: si quiere vd. creerme, será conveninte que espere para beber á que haya entrado la noche, y cuando haya vd. apagado su sed, yo le diré en dónde hay agua en abundancia, y le haré una proposicion que le convendrá.

Yo alargué la mano con avidez para tomar el cántaro.

—Démelo vd., por Dios, le dije: la sed me consume, y me es imposible aguardar hasta la noche.

—Dentro de diez minutos habrá desaparecido la luz. Y por nuestro propio interes voy á esconder el cántaro: no quiero que los soldados furiosos, traten de matar á vd. por quitárselo. Entretanto mande vd. ensillar su caballo, y esperaré á vd. debajo de aquel *mezquite*, en donde está ensillado el mio. Tendrémos necesidad de montar al momento; nos quedan cosa de cien hombres; deles vd. órden de que nos aguarden en el llano. Dirémos á los centinelas que vamos á buscar agua, y nos dejarán pasar sin dar la voz de alarma.

Valdivia se alejó á pesar de mis súplicas, llevándose el cántaro. Yo me apresuré á ejecutar sus recomendaciones, y á la entrada de la noche, nuestros soldados, dispuestos á marchar, nos esperaban en

el lugar convenido. Tomé mi caballo por la brida, condnje á la muger y al niño, y nos reunimos con Valdivia. En lugar de las gotas de agua que me habia pro metido, me dió un cántaro lleno. Fué necesario que hiciese yo un esfuerzo sobre mí mismo, para no consumir el contenido del cántaro, y satisfaciese la sed que me devoraba: dejé, sin embargo, una cantidad suficiente para la muger y para Albino, y cuando el cántaro quedó vacío:

—Véamos, dije á Valdivia: ¿qué es lo que va vd. á proponerme?

—Que vayamos, contestó, á tomar con nuestros cien hombres una hacienda que está á dos leguas de aquí, en donde hay agua en abundancia, y que solo está defendida por un destacamento español.

—Partamos, exclamé; pero si es cierto lo que vd. dice, ¿por qué no advertimos al general, y le pedimos mil hombres?

—¿Por qué? me respondió Valdivia: porque el general no es dueño de sus tropas, y cualquiera órden que diese en este momento, apresuraria la explosion de un complot que debe entregar el ejército á los españoles. Sí, señor capitan, si no tomamos al momento la hacienda de San Eustaquio, en la que he podido penetrar solo y llenar este cántaro, ma-

ñana el general Rayon no tendrá un solo soldado. Hay un traidor entre nosotros; ese traidor es el general Ponce.

Apenas concluyó de hablar Valdivia, cuando se oyó un gran tumulto en una de las extremidades del campo, que fué aumentando gradúalmente. Se veian muchos hombres con antorchas ir y venir por todas partes iluminando diversos grupos de soldados, cuyos gritos llegaban hasta nuestros oidos. A la luz de las teas vimos al general Rayon abandonar su tienda, y avanzar solo, con la cabeza descubierta, al encuentro de los mas furiosos; pero su voz que ordinariamente era respetada, en aquel momento parecia desconocida.

—Me equivoqué en un dia, me dijo Valdivia; sin embargo, el general sujetará á los descontentos hasta que salga el sol; partamos sin pérdida de tiempo; es preciso que esta noche podamos volver á anunciar al general, que sus tropas tendrán agua mañana.

El tumulto continuaba, aunque no tan fuerte como al principio, y la voz del general que llegaba hasta nuestros oidos, dominaba mas y mas la de los soldados amotinados. Monté á caballo y Valdivia hizo otro tanto.

—En primer lugar, me dijo, es preciso que le traiga yo á vd. un centinela enemigo, del que fué necesario apoderarme.

Y sin tomarse el trabajo de explicarme aquellas palabras enigmáticas, Valdivia se alejó; pero no tardó mucho tiempo en volver, conduciendo entre sus bazos una masa negra y movible. Cuando estuvo á mi lado, reconocí que aquella masa era un hombre, vestido con el traje de lancero español. Valdivia colocó al hom. bre en el suelo, desató las cuerdas que lo ligaban, y lo hizo montar en las ancas de mi caballo. Mi robusto compañero, habia creido que el medio mas soguro de llegar hasta el pozo de la hacienda, era agarrotar al centinela colocado cerca de la cisterna, y traerlo como un guía necesario en nuestra excursion nocturna. Cómo habia llevado á cabo aquella atrevida empresa, y cómo habia cojido y atado en el caballo al lancero español, no era necesario que me lo dijese Valdivia, por que sus brazos nerviosos explicaban mas que cuanto sus palabras hubieran podido agregar. Duraute la corta ausencia de Valdivia, se habia restablecido la calma en el campamento, y así es que podíamos continuar valerosamente la empresa, tan felizmente comenzada. Caminamos, pues,

sin descansó, hasta reunirnos con los soldados que nos esperaban en el llano, y á la cabeza de aquella pequeña fuerza, cabalgamos hácia la hacienda, espoleando á nuestros cansados animales. Durante el tránsito interrogamos al prisionero sobrela situacion y fuerza de la guarnicion española que ocupaba la hacienda de S. Eustaquio. Dicha guarnicion se componia, nos dijo el lancero, de quinientos hombres, poco mas ó menos, á las órdenes del comandante Larráinzar, hombre orgulloso, brutal y aborrecido por todos sus soldados. Tambien obtuvimos otros informes sobre la posicion de las tropas, y sobre los puntos que estaban mal defendidos.

No sin grandes dificultades pudimos recorrer por unos caminos espantosos, y con caballos fatigados, las dos ó tres leguas que separaban la hacienda de nuestro campamento. Va vd. á comprender por qué era el camino tan difícil. No lejos de la ciudad de Zacatécas, de la que el general Rayon trataba de apoderarse, no obstante hallarse ocupada por el enemigo, la Sierra-Madre se divide en dos ramales. El primero que es el en que ahora nos encontramos, se dirige de Norte á Sur paralelamente, á las playas del océano Pa-

cífico; el otro corre de Norte á Este, siguiendo la curva del golfo de México. En uno de los puntos mas elevados de esta última ramificacion, se hallaba la hacienda de que queriamos apoderarnos. Ocupaba la extremidad de una de las mesetas de la cordillera.

Habiendo llegado á la hacienda sin ser observados, gracias á la oscuridad de la noche, hicimos alto bajo unos árboles elevados, á poca distancia del edificio, y yo me separé de mi tropa con el fin de verificar un reconocimiento. La hacienda, segun pude verla, deslizándome entre los árboles, formaba un gran paralelógramo macizo, sostenido por enormos pilares de cantería, teniendo solo por la parte que veia á la sierra algunas ventanas, ó mas bien claraboyas, cerradas con gruesas barras de hierro. Una pared alta, ancha y almenada, que cubria uno de los lados de aquel paralelógramo, contenia el patio, las caballerizas, la cochera y las trojes. La guarnicion española se hallaba alojada y formaba su campo en aquel patio. En el ángulo de la hacienda opuesto al en que me encontraba, sobresalia del techo un campanario cuadrado de tres cuerpos, que indicaba el lugar de la capilla. En cuanto á la parte posterior de la hacien-

da, estaba mejor protegida que los lados, por un abismo sin fondo, á cuyo borde las paredes de la hacienda se unian á una muralla tallada á pico por la naturaleza en un grupo de rocas, cuya base se buscaba en vano, por mas que la vista penetrase en el abismo, porque unos vapores azulados que subian sin cesar del fondo del precipicio, no permitian medir su profundidad. Aquel lugar se conocia en el país con el nombre del *Voladero.*

Habia yo explorado todos los alrededores del edificio, menos aquella parte; no sé qué punto de honor militar me arrastró á continuar mi ronda siguiendo la orilla del precipicio que protegia la parte posterior de la hacienda. Entre los muros y el abismo habia un sendero de cosa de seis piés de ancho; de dia el tránsito no hubiera sido peligroso, pero de noche era una empresa arriesgada. Las paredes eran muy elevadas y ocupaban una extension considerable; la vereda seguia en la propia direccion, y marchar por ella hasta donde terminaba, rodeado de tinieblas y á dos pasos de un precipicio, abierto á pico, no era cosa fácil, ni aun para un ginete tan hábil como yo. Sin embargo no vacilé y arremetí valerosamente á m

caballo entre las paredes de la finca y el precipicio del Voladero.

Habia andado sin obstáculo la mitad del camino, cuando repentinamente relinchó un caballo. Su relincho me hizo estremecer á pesar mio; habia llegado á un piso en donde el terreno tenia justamente al ancho necesario para las cuatro patas del animal; era imposible retroceder.

—¡Hola! grité con todas mis fuerzas á riesgo de descubrirme, lo que era menos peligroso que encontrar á otro ginete enfrente de mí en aquel camino; si hay algun cristiano que siga el borde del abismo, ¡que no avance!

Era demasiado tarde: un hombre á caballo aparecia en aquel instante, saliendo de uno de los pilares que por todas partes cubrian aquel maldito camino; aquel hombre marchaba á mi encuentro; yo vacilé en la silla, y un sudor frio cubrió mi frente.

—¿No puede vd. retroceder? ¡por el amor de Dios! exclamé asustado, considerando la espantosa desgracia que á los dos nos amenazaba.

—Imposible, respondió el caballero con voz ronca.

En aquel instante encomendé mi alma

á Dios. Dar media vuelta en aquel lugar tan reducido; volver por el camino que se habia recorrido haciendo andar al caballo para atras; echar pié á tierra, eran tres cosas imposibles, que colocaban á uno de nosotros dos en frente de una muerte segura: de dos ginetes que ocupasen aquel sendero fatal, aun cuando uno de ellos hubiese sido el padre y el otro su hijo, era absolutamente preciso que uno fuese presa del abismo. Habian trascurrido algunos segundos, y habiamos llegado uno frentre á otro; las cabezas de los dos caballos se tocaban así como sus narices, por las que resollaban fuertemente por efecto del terror. Ambos ginetes hicimos alto en medio de un triste silencio. Por un lado se eleva liso, pulido y cortado á pico aquel muro de la hacienda; por el lado opuesto, á tres piés de distancia de esta muralla, abria su boca el espantoso abismo. ¿El individuo que se hallaba ante mi vista, era acaso algun enemigo? El amor de la patria que hervia en aquella época en mi corazon, hizo nacer esta esperanza.

—¿Está vd. por *México y los insurgentes?* exclamé en un momento de exaltacion, dispuesto á arrojarme sobre el desconocido, si respondia negativamente.

—Por *México* y *por los insurgentes*, contestó el caballero; soy el coronel Garduño.

—Y yo el capitan Castaños.

Hacia mucho tiempo que nos conociamos, y si no hubiese sido por lo turbadas que se hallaban en aquel momento nuestras potencias, no habria sido necesario decirnos nuestros nombres. El coronel habia marchado hacia dos dias á la cabeza de un destacamento, que creiamos que habian destruido ó hecho prisionero, porque no habia vuelto al campamento.

—Pues bien, coronel, le dije, siento mucho que no sea vd. español, porque ya comprenderá que es preciso que uno de nosotros ceda el paso al otro.

Nuestros caballos tenian las riendas sobre el pescuezo, así es que eché mano á mis pistoleras para sacar mis pistolas.

—Ya lo sé, contestó el coronel con admirable serenidad, y ya habria atravesado la cabeza del caballo de vd., si no hubiese temido que espantándose el mio me precipitase al mismo tiempo que á vd. al fondo del abismo.

Observé, en efecto, que el coronel tenia sus pistolas en las manos. Los dos guardamos por unos instantes el mas profundo silencio. Nuestros caballos com-

prendian como nosotros el peligro, y permanecian inmóviles, como si sus piés estuviesen clavados en el suelo. Mi exaltacion habia cesado completamente.

—¿Qué harémos? pregunté al coronel.

—Que decida la suerte quién de los dos se ha de precipitar en el abismo.

Era, en efecto, la única manera de resolver la dificultad.

—Será preciso tomar algunas precauciones, añadió el coronel. Al que condene la suerte, se retirará como le sea posible. Es una esperanza muy remota la que le queda, pero, en fin, lo es, y sobre todo, este medio es favorable para el que gane.

—¿No ama vd. la vida? le pregunté, asombrado de la serenidad con que me hacia aquella proposicion.

—Amo la vida mas que vd., respondió con aspereza el coronel, porque necesito vengar un mortal ultraje; pero el tiempo corre. ¿Quiere vd. proceder á la celebracion de la última lotería, á que uno de nosotros debe asistir?

¿Y cómo habia yo de proceder? Ibamos á rifar nuestra vida al dedo mojado como los niños, ó á cara ó armas como los estudiantes. Ambas cosas eran impracticables. Una mano imprudentemente alargada sobre la cabeza de los caballos, podia

causar un movimiento fatal á uno de nosotros. ¿Arrojar al aire una moneda? La noche era demasiado oscura para distinguir el lado que descubriera al caer. Al coronel le ocurrió un expediente, en el cual no pensaba yo.

—Escuche vd., capitan, me dijo el co coronel, á quien habia dado parte de mis dudas, tengo otro medio. El terror que domina á nuestros caballos les arranca de cuando en cuando un resoplido fuerte. El primero de nosotros, cuyo caballo resuelle con fuerza....

—¿Ganará? exclamé.

—No; perderá. Sé que es vd. *campirano*, y vdes. pueden hacer de sus caballos lo que quieren. Yo, que el año pasado portaba la capa de estudiante en teología, desconfio de la habilidad ecuestre de vd. Podria hacer que relinchase su caballo; en cuanto á impedir que lo haga, es imposible para vd.

Esperábamos en un silencio lleno de ansiedad el resuello de uno de nuestros dos caballos. Este silencio duró un minuto, ¡un siglo! El que primero relinchó fué mi caballo. El coronel no manifestó su alegría con movimiento alguno; pero sin duda daba gracias á Dios desde lo mas profundo de su corazon.

—¿Me concede vd. un minuto para encomendar mi alma á Dios? dije al coronel con tristeza.

—¿Le bastan á vd. cinco minutos?

—Sí, le respondí.

El coronel sacó su relox. Dirigí al cielo, cubierto de estrellas, que creia contemplar por última vez, una ardiente y corta oracion.

—Ya, dijo el coronel.

No respondí una sola palabra; con mano poco segura recojí las riendas, que reuní entre mis dedos, agitados por un temblor nervioso.

—Un minuto mas, dije al coronel, porque necesito mucha serenidad para ejecutar la espantosa maniobra que voy á comenzar.

—Concedido, contestó Garduño.

Mi educacion, como he dicho á vd., la habia recibido en el campo. Mi infancia y una parte de mi juventud, las habia pasado á caballo; y por lo mismo, puedo decir, sin que se entienda que es excesivo amor propio, que si habia alguno en el mundo capaz de verificar aquella proeza ecuestre, era yo. Hice un esfuerzo casi sobrenatural, y llegué á recobrar toda mi sangre fria en presencia de la muerte. La habia yo desafiado repetidas veces, para

que me espantàse por mas tiempo. Desde aquel momento nació en mi corazon la esperanza.

Cuando mi caballo sintió por primera vez, desde el momento en que habia encontrado al coronel, que el freno sujetaba su boca, observé que se estremeció. Me afirmé vigorosamente en los estribos para hacer comprender al animal espantado, que su amo no temblaba. Lo sostuve con la brida y con las piernas, como debe hacerlo un ginete en un paso peligroso, y con las riendas, el cuerpo y las espuelas, logré hacerlo retroceder algunos pasos. Ya su cabeza se encontraba á una distancia regular de la del caballo que montaba el coronel, que me alentaba con su voz. Hecho esto, dejé que descansase un poco el pobre animal, que me obedecia, á pesar de su terror, y en seguida continué la operacion. Repentinamente sentí que se le iban las patas traseras; me estremecí horriblemente, cerré los ojos como si fuese á rodar por el abismo, y dí á mi cuerpo un violento impulso hácia el lado en que estaban los muros de la hacienda, cuya superficie no me ofrecia ni una piedra ni una yerba para evitar la caida. Este brusco movimiento, unido á un esfuerzo desesperado que hizo el ca-

ballo, me salvó la vida. Se habia afirmado en sus cuatro patas, que temblaban, sin embargo de los esfuerzos que hacia por mantenerse quieto.

Afortunadamente habia yo llegado á un lugar mas espacioso entre la orilla del precipicio y las paredes de la finca. Algunas pulgadas mas de terreno me habrian permitido dar media vuelta; pero procurarlo hubiera sido exponerse á un peligro mortal, y por lo mismo no lo intenté. Quise continuar la marcha para atras; dos veces el caballo encabritó, volviendo á caer en el propio lugar. Por mas que lo excitaba con la voz, con la brida y con las espuelas, el animal rehusó obstinadamente dar un paso mas. Compredí que me faltaba el valor porque no queria morir. Como un rayo de luz se ofreció repentinamente á mi imaginacion la última idea de salvacion, y resolví ejecutarla. En el atadero de mis botas de campana, y al alcance de mi mano, habia colecado un puñal, agudo y filoso; al momento lo desenvainé. Con la mano izquierda comencé á acariciar la crin de mi caballo, hablándole al mismo tiempo para que reconociese mi voz. El pobre animal respondió á mis caricias con un relincho, parecido á una queja; en seguida, para no

sorprenderlo, mi mano siguió poco á poco la curva de su cuello nervioso, y la detuve, en fin, en el lugar en donde la última vértebra, se une al cráneo. El caballo se estremeció; mas logré calmarlo con la voz; cuando sentí debajo de mis dedos palpitar (si se me permite decirlo) la vida en el cerebro, me incliné hácia el lado de la pared, saqué suavemente los piés de los estribos é introduje con fuerza la hoja aguda de mi puñal en el lugar donde se encuentra el precipicio vital.

El animal cayó como si hubiese sido herido por un rayo, sin hacer el menor movimiento, y yo con las rodillas casi á la altura de la barba, me encontré montado en un cadáver. Me habia salvado; arrojé un grito de truinfo al que contestó otro grito del coronel, que el abismo repitió mugiendo, como si hubiese comprendido que se le escapaba su presa. Abandoné la silla y me senté entre la pared y el cuerpo de mi caballo, y allí, apoyado en uno de los pilares, empujé vigorosamenne con las dos piernas el cadáver del pobre animal, que rodó al abismo. Me levanté, atravesé con unos cuantos brincos toda la distancia que me separaba del lugar en que estaba al principio en el llano y bajo la irresistible reaccion del terror,

que habia comprimido por tanto tiempo, caí desmayado en el suelo. Cuando abrí los ojos, se hallaba á mi lado el coronel.

II.

LA HACIENDA DE S. EUSTAQUIO.

Despues de haberme felicitado por mi destreza y mi serenidad, Garduño me preguntó, por qué casualidad me hallaba solo á aquella hora avanzada de la noche cerca de un edificio en donde habia una guarnicion española. Le dí parte del proyecto que nos conducia á mis soldados y á mí.

—¿Cuántos soldados tiene vd. á sus órdenes? me preguntó.

—Cien, poco mas ó menos, resueltos á beber agua ó á morir.

Al oir esta contestacion, ví que los ojos del oficial brillaban con una alegría casi feroz.

—¿Tiene vd. mucha sed? le pregunté.

—¡Sed de venganza! contestó el oficial; y ese es el motivo por qué, sin embargo de la destruccion casi total de mi destacamento, ando errante de dia y de noche, por estos alrededores, espiando

Dirigí una mirada á los nerviosos brazos de Valdivia; éste me comprendió.

—Llevaré algunos soldados, é iré á buscarlo, dijo Valdivia. Señores, esta noche beberémos hasta apagar la sed..

Y al decir estas palabras, Valdivia se dispuso á marchar.

—No irá vd. solo, le dije..

—Si el cañon no pesa mas que un caballo con su ginete, podré traerlo sin necesidad de auxilio.

—Pesa mucho mas, contestó el coronel; van á acompañar á vd. diez hombres, que saben en dónde se encuentra el cañon.

Al cabo de un cuarto de hora volvieron, trayendo lazada con sus reatas la pieza, que habian desmontado, y arrastraban á cabeza de silla por un terreno desigual. Algunas veces un obstáculo cualquiera detenia su marcha; entonces se inclinaba Valdivia, hacia un esfuerzo, y el cañon, libre, seguia de nuevo arrastrándose. Mandé formar á mis soldados, en silencio, á cosa de trescientos pasos de la hacienda.

—Ahora, hijos mios, les dije, tenemos dos medios de atacar: el primero es arrojar todos juntos nuestro grito de guerra, como lo haceu los indios; el segundo es escalar la hacienda, mientras que con

la pieza de artillería, batimos la puerta; el prisionero ascenderá con vdes. para que les sirva fielmente de guía, bajo pena de muerte, y entretanto penetramos nosotros por la brecha, vdes. entrarán por la azotea. Pero este segundo medio no puede adoptarse, sino en el caso en que se encuentren cincuenta hombres, bastante valientes, ágiles y resueltos para escalar una pared que cae á un precipicio, cuyo fondo no puede verse. Además, pasada cierta altura, añadí, el hombre que cae, nada ve.

—Yo seré el primero que suba, exclamó el coronel, que habia escuchado mi arenga, y tal vez por premio de nuestra audacia serémos bastante dichosos para echarle mano al comandante.

—Parece que lo aborrece vd. mucho, dije al coronel.

—¡De muerte! como puede quererse á un hombre que nos ha hecho un ultraje mortal.

El ejemplo del coronel alentó á los guerrilleros, y aquel pudo escojer, entre los que se ofrecian, á los mas fuertes y ágiles para acompañarlo. De toda aquella tropa, el que parecia evidentemente menos entusiasmado, era el prisionero español, á quien no le acomodaba mucho aquel

escalamiento de una pared de veinticinco piés de altura, que se elevaba á la boca de un espantoso abismo.

Los cincuenta hombres designados por el coronel hacian sus preparativos de escalamiento. El macizo edificio estaba cubierto de *almenas* que indicaban la nobleza del propietario. Cada soldado estaba provisto de un lazo, cuya *gaza* la formaba una argolla de fierro. En un momento quedó colgada una cuerda en cada almena; y antes de dar la señal de que comenzase la ascencion, convenimos Garduño y yo en que los soldados del coronel no atacaran la guarnicion enemiga sino cuando oyesen el tercer cañonazo; tres balas nos parecian mas que suficientes para echar abajo la puerta de la hacienda. Arreglados estos preliminares, el coronel, con su calma ordinaria, tomó el primero una cuerda que debia servirle de escala, y la colocó en las manos del prisionero, ordenándole que subiese él primero. Cuando estuvo el español á algunos piés de distancia del suelo, Garduño colocó su puñal entre los dientes, y se alejó de la tierra á su turno. Los guerrilleros hicieron lo mismo, y pocos momentos despues vimos á cincuenta hombres ayudándose con las manos á lo largo de la cuerda, y con los

piés contra la pared, flotar sobre el precipicio, como otros tantos demonios que parecian salir del abismo.

Aunque peligrosa de por sí, porque un repentino aturdimiento, ó la debilidad de alguna de las cuerdas que se reventase, podia lanzar á un hombre á la eternidad, aquella ascencion era mas fácil que el ataque de que yo me habia encargado. Aun cuando el centinela apostado en la garita del campanario hubiese velado con el mayor cuidado, no podia distinguir á los asaltantes, ocultos por la pared; pero puesto que habiamos escogido ofrecia otro género de peligro: íbamos á abandonar la parte cubierta de árboles que ocultaba nuestra presencia á la vista de los centinelas para entrar en campo raso, embarazados con un cañon que era preciso conducir á fuerza de brazos. Felizmente aquella marcha se verificó sin accidente, y cuando vimos al último de los nuestros echar pié á tierra en la azotea de la hacienda, pensamos Valdivia y yo en desempeñar el papel que nos habiamos reservado.

Antes de descubrirnos comencé por ordenar que cargasen el cañon. Los que lo habian conducido dispusieron de nuevo sus caballos, y avanzamos; pero apenas

habiamos dado algunos pasos, cuando uno de los centinelas, apostado en uno de los cobertizos interiores, dió la voz de alarma y disparó sobre nosotros su carabina. Felizmente no nos ofendió la bala, y redoblamos nuestros esfuerzos para conducir el cañon desmontado hasta el lugar en que suponiamos que se encantraba la puerta de la entrada que queriamos forzar. En aquellos momentos llegaron á nuestros oidos otros tiros de fusil, y vimos en el patio de la hacienda redoblar los tambores y resonar los clarines. Perdimos, pues, la esperanza de sorprender la guarnicion, y ordené á mis soldados que arrojasen gritos agudos cambiando á cada grito la entonacion. Gracias á esta astucia, parecia que ahullaban á la vez quinientos hombres. La detonacion de la pieza de artillería, á la que yo mismo dí fuego, despertó todos los ecos.

Inmediatamente quedaron guarnecidas las alturas con soldados españoles, y las descargas se sucedieron con rapidez. Aunque comenzasen á ser mortales, el deseo de vencer hizo que ninguno de los soldados retrocediese un palmo. Contestamos al fuego del enemigo. Los soldados de caballería, que conducian el cañon, redoblaron sus esfuerzos; pero en el momen-

to en que iban á dar vuelta á la esquina para seguir la pared que daba frente á la hacienda, y en la que estaba situada la puerta principal, los detuvo un foso ancho y profundo. Sin un puente provisional habria sido imposible que el cañon salvase aquel obstáculo inesperado.

—Echarémos abajo un lienzo de la pared, me dijo Valdivia. Esos ladrillos han de resistir menos que una puerta de encino con plancha de fierro.

—Es verdad, exclamé, y eché pié á tierra, para apuntar la pieza antes de cargarla; pero en el momento en que me inclinaba para fijar la puntería, arrojé un grito de desesperacion, porque comprendí que nos habiamos engañado; por consecuencia de la altura del muro y de la desigualdad del terreno, la bala no podia llegar mas que al taluz sobre lo que se hallaban los cimientos de ladrillo. Todos nuestros esfuerzos eran inútiles. ¿Cómo habiamos de subir ó bajar la boca de una pieza de artillería privada de cureña? Una lluvia de balas caia sobre nosotros; la posicion que guardábamos era demasiado crítica. Sin escalas no podiamos llegar á los muros defendidos por un fuego nutrido, y los cincuenta homdres que debian combinar su ataque con el

nuestro, corrian riesgo de morir ó caer prisioneros, sin provecho alguno para nosotros.

—¿Cuánto es lo que falta para que el cañon apunte al centro de la pared? me preguntó Valdivia.

—Pié y medio, poco mas ó menos, contesté midiendo de nuevo el terreno y tirando con la vista una línea hasta el pié del muro.

—¿Y si tuviera vd. una cureña de pié y medio de alto, podria vd. abrir una brecha?

—Sin duda.

—Pues bien, mi espalda servirá de cureña, contestó Valdivia.

—¿Se está vd. chanceando?

—No; hablo sériamente.

Todo el mundo conocia el extraordinario vigor de Valdivia; pero nadie esperaba semejante proposicion. En efecto, Valdivia hablaba sériamente, porque se arrodilló, apoyó sus dos manos en el suelo, y presentó la superficie de sus anchos pulmones para sostener el cañon.

—Probemos, dijo. He prometido que tendriamos agua esta noche, y que salvaria al ejército del general. Así, pues, manos á la obra.

Seis hombres, con muchísimo trabajo,

lograron levantar el cañon á la altura necesaria, colocándolo en equilibrio en la espalda de Valdivia. El hércules soportó el enorme fardo sin moverse. Uno ó dos lazos enrollados alrededor del cañon y bajo el vientre del intrépido soldado, sirvieron para afirmar la pieza como una *caronada* á bordo de un navío.

—Carguen la pieza hasta la boca, exclamó Valdivia.

Las balas continuaban lloviendo, y uno de los hombres que cargaban el cañon, cayó muerto al lado del soldado trasformado en cureña. Sin embargo, se logró cargar la pieza.

—Bájese vd. un poco, dije á Valdivia, así.... muy bien; ahora, ¡firme!

La cureña viva permaneció inmóvil, como si hubiese sido de fierro. Tomé la mecha de manos de un soldado, y la aproximé al oido. Salió el tiro; un enorme agujero apareció en el muro.

—¡Qué tal! exclamó Valdivia, medio levantándose sobre sus poderosas manos, para juzgar del efecto producido por la bala.

—Todo va bien, amigo; la bala ha dado en buen lugar.

Valdivia volvió á tomar la misma postura; cargóse de nuevo el cañon hasta la

boca: salió el segundo tiro, y la bala fué á dar contra el muro, rasando la orilla y levantando olas de polvo.

Por segunda vez se levantó Valdivia. ¡Oh, caballero! era digno de verse aquel hombre, fuerte como veinte, levantarse á cada tiro, y alzar al mismo tiempo la enorme masa que estaba atada á su cuerpo. Con las venas de la frente inchadas, el rostro inflamado, Valdivia seguia con la vista la huella de la bala, que le servia de guía. Nuestros valientes, que hasta entonces habian ahullado de sed, arrojando rugidos de admiracion.

--Otro tiro, exclamó el atleta; pero apunte vd. á la izquierda.

Hice lo que ordenaba Valdivia; cargóse el cañon por tercera vez, y por tercera vez se oyó la explocion. Entonces creí escuchar una exclamacion sorda de Valdivia, que hizo un esfuerzo para levantarse un poco sin poder conseguirlo. Quité el cañon de las espaldas del soldado. Valdivia arrojó un suspiro desde el fondo de su pecho, como un hombre que se siente aliviado de un terrible peso, y quiso enderezarse. ¡Inútil esfuerzo! sus piernas se negaron á servirle, y aquel hombre tan fuerte, tan vigoroso, cayó al suelo como una masa inerte.

Sin sospechar que aquella maravilla de fuerza, que aquellos brazos nerviosos, que valian para nosotros tanto como una máquina de guerra, hubiesen quedado paralizados, corrí á la brecha que acabábamos de abrir. Entretanto los cincuenta hombres mandados por el coronel, se habian lanzado de su escondite al escuchar el tercer cañonazo, y los gritos que arrojaban corriendo, llamaron la atencion en favor nuestro: en un abrir y cerrar de ojos se abrió un camino sangriento entre las filas españolas. Por la brecha abierta, nuestros soldados sedientos habian visto en el patio de la hacienda la noria que ocupaba el centro, y ningun poder huma no hubiera podido resistir la impetuosidad de su ataque. Poco despues se verificaba en el patio de la hacienda una lucha terrible y furiosa, como en un abordaje. Las tinieblas ocultaban nuestro corto número á los ojos de los españoles sorprendidos, mientras que, con corta diferencia, nosotros conociamos la fuerza enemiga. Los gritos estrepitosos de ¡hurra! ¡México! ¡independencia! resonaban por todas partes, y algunas veces oia al coronel que exclamaba: "¡Al comandante! ¡al comandante! ¡Es preciso cojerlo vivo, sin darle un solo raspon!

Entonces sentí la ausencia de Valdivia, cuyo poderoso brazo nos habria sido tan útil. Mientras hacia yo vanos esfuerzos para llegar hasta donde estaba el comandante, á quien reconocí en su uniforme, un lazo se meció un momento sobre su cabeza, y cayó apretándole el pescuezo; lo ví vacilar y caer; despues no ví ni escuché cosa alguna: un culatazo, que recibí en la cabeza, me arrojó sin conocimiento á los piés de los combatientes. Cuando recobré el sentido, la mayor tranquilidad reinaba en el patio de la hacienda; el heróico Valdivia se hallaba acostado junto á mí.

Algunos hombres tenian en las manos antorchas encendidas, que formaban un círculo inmenso de luz, iluminando vivamente los objetos, y en un espacio que quedaba libre en medio de la zona, alumbrada por las antorchas, unos hombres se ocupaban en plantar cuatro estacas.

—¿En dónde estoy? exclamé reconociendo á Valdivia.

—En su casa, respondió éste. Hemos sido vencedores; bien lo habia yo pronosticado. Es verdad que....

—¿Y qué ceremonia están preparando? le pregunté interrumpiéndolo.

—Es una venganza que va á regocijar al coronel Garduño, contestó Valdivia.

Llevadas las cuatro estacas, á distan cia casi igual unas de otras, condujeron á un hombre despojado de su uniforme, pálido y con los ojos huraños. Reconocí al comandante español, á quien habia visto caer en medio de la pelea.

—Comandante, dijo el coronel, que se adelantó hasta el centro del círculo de luz, ha ultrajado vd. gratuitamente á un enemigo cojido con las armas en la mano, y va vd. á sufrir el propio ultraje.

A un movimiento de Garduño, acostaron al comandante, con la cara contra el suelo; atáronle los piés y las manos á las cuatro estacas, y comenzó la flagelacion. Separé mi vista para no presenciar aquel triste espectáculo, que me explicaba la naturaleza del ultraje que el coronel habia sufrido por órden del comandante español.

—Ahora puede vd. irse, añadió el coronel, así que terminó la ejecucion; y que no le acontezca á vd. jamas deshonrar su nombre violando las leyes de la guerra.

El comandante se alejó en medio de los hurras de los soldados, devorando las lágrimas que derramaba de rabia.

—Y á vd., amigo mio, dije á Valdivia, tendido á mi lado, ¿qué le ha sucedido?

—He cumplido mi promesa, contestó simplemente el soldado. Un propio que acabo de enviar al general Rayon, va á instruirlo de nuestra victoria; su ejercito no se pasará al enemigo, y la guerra continuará bajo sus órdenes. En cuanto á mí, continuó, no serviré gran cosa, porque tengo las costillas medio quebradas.

Dos veces habia sostenido el hércules sin moverse el rechazo del cañon; el tercer tiro le fué fatal. Sin embargo, la in calculable potencia de la pólvora no ha bia hecho mas que torcer sus vértebras de fierro sin poder romperlas, y por eso no habia muerto Valdivia.

Gracias al heróico sacrificio del hombre, apellidado despues *Cureño*, el general Rayon pudo continuar su marcha hácia Zacatecas. Sin embargo, no habia concluido con los obstáculos que sordos manejos multiplicaban á sus pasos. El general Ponce, instigador de la sublevacion, recordaba que la víspera Rayon habia tenido la debilidad de arreglarse con los sediciosos. Rayon, en efecto, para librarse de los amotinados, les habia dado esperanzas de que á la mañana siguiente accederia á sus deseos, permitiendoles que

depusiesen las armas y se aprovechasen del *indulto* concedido por el virey. Ponce reclamó el cumplimiento de la palabra que le habia dado. Aunque semejante exigencia produjese una indignacion casi general, Ponce logró seducir á cosa de doscientos hombres, con los cuales se pasó al enemigo algunos dias despues. Esta desercion, seguida de otras muchas, redujo á un puñado de soldados el pequeño ejército de Rayon. Con aquella banda, el general tuvo la fortuna de situarse en las inmediaciones de Zacatecas. Un guerrillero, cuyo nombre ha conservado la historia, Sotomayor, enviado por el general en jefe á las minas del Fresnillo, logró, despues de inauditos esfuerzos, acercarse á aquella posicion, de la cual se apoderó. Fresnillo está inmediato á Zacatecas. El general Torres por su lado habia llegado delante del campo del *Grillo*, cuyo nombre habia tomado por una montaña que se eleva á la vista de Zacatecas. En aquel punto se hallaba el grueso de la fuerza española que defendia la ciudad; mas para atacarla, Torres carecia, tanto de víveres como de artillería; resolvió tomar al enemigo cuanto necesitaba, y por uno de esos golpes atrevidos, que solo puede disculpar el resultado, logró apoderarse del

campo, en donde habia municiones de todas clases, seiscientos fusiles y quinientas barras de plata. Zacatecas no podia resistir: mil seiscientos hombres evacuaron la ciudad, y el 15 de Agosto de 1811, es decir, veinte dias despues de su salida del Saltillo, Rayon se encontró dueño de una de las plazas mas importantes de México.

La toma del campo del Grillo, la de Zacatecas, aterraron al gobierno español, y los nombres de Rayon y de Torres, desconocidos hasta aquel momento, se convirtieron en nombres gloriosos. Los jefes enemigos comenzaron desde aquel instante á contar con los generales insurgentes. Desgraciadamente, la retirada del Saltillo á Zacatecas, y la toma de esta última ciudad, parece que agotaron toda la energía moral y la ciencia militar del general Rayon. Desde aquel instante comenzó una série de faltas, que con raras excepciones, lo colocaron en una posicion desventajosa en todos sus encuentros con las tropas españolas. Entonces Rayon, aunque de un valor indisputable, comenzó á desconfiar de su fortuna. Al menor descalabro que recibia al principio de una accion, el general mexicano sentia el mayor desaliento, se consideraba vencido y retrocedia, sin tratar de recobrar las ventajas

momentáneamente perdidas. Poco tiempo despues, bajo el peso de sus repetidas derrotas, Rayon vió en la toma de Zitácuaro eclipsarse el prestigio y la gloria de su nombre.

Desde aquel dia fatal, Rayon, á quien habia abandonado su estrella, no fué, es preciso confesarlo, mas que un obstáculo á los progresos de la independencia. Desnudo de esa grandeza de alma necesaria para descender por su propia voluntad del elevado puesto á que habia llegado, empleó toda la actividad de su genio en contrariar la elevacion de generales mas felices, ó mas hábiles que él. Sus pretensiones á conservar un mando supremo, cuyo peso lo oprimia, fueron funestas á la causa de la independencia, y sembraron gérmenes de discordia entre los jefes del ejército revolucionario. Felizmente para la causa mexicana, se formaba lejos de Rayon, una nueva reputacion militar. Era la del hombre á quien la historia asignará, sin duda alguna, el primer lugar entre los generales que sostuvieron el nuevo pabellon mexicano, y cuya pérdida debian causar las pretensiones de Rayon; éste era el ilustre general Morelos.

La historia de Cureño era la misma del general Rayon, y me habia descu-

bierto uno de los episodios mas singulares de aquella guerra. La luz habia desaparecido completamente: nos rodeaban las tinieblas, las fogatas de los arrieros se habian apagado, y las solemnes armonías de la soledad, habian reemplazado á los confusos rumores que las brisas de la tarde conducian hasta nuestros oidos momentos antes. Ya era tiempo de irnos á la cama y de prepararnos con algunas horas de sueño á la jornada del dia siguiente. Sin embargo, antes de entrar á la *venta*, deseaba aclarar una duda en que me dejaba la relacion del capitan.

—¿Y su patria se ha acordado de Oureño? pregunté á D. Ruperto. ¿Su nombre vivirá en la memoria de los mexicanos al lado del de el general, á quien salvó con su heróico sacrificio?

—Hay, contestó D. Ruperto, alguna líneas consagradas al viejo soldado por los historiadores de la guerra de independencia: esa ha sido toda su recompensa, y cuando haya desaparecido de México la naza enérgica de que fué uno de los tipos mas nobles, nadie podrá decir en el país lo que el general Rayon debió á Valdivia Oureño.

CRISTINO VERGARA.

I.

México cuenta pocas ciudades tan pintorescas como Jalapa y Tepic, las dos inmediatas al mar, y separadas por veinte leguas, una del Atlántico, la otra del Pacífico. En Jalapa, lo mismo que en Tepic, en las dos extremidades de la gran cordillera mexicana, se encuentran las mismas masas de sombra y de verdura, los mismos jardines embalsamados, la propia temperatura, sucesivamente fresca ó tibia, ya soplen las brisas de las montañas ó del océano. Puede decirse que Tepic es, respecto de San Blas, lo que Jalapa de Veracruz, una especie de gran ciudad, á donde van los habitantes de las costas á olvidar por un momento las penas y labores de su vida, á la sombra de los granados y de los naranjos. Habia salido de Jalapa hacia un año, cuando llegué á Tepic y al término de mi viaje, y me parecia haber vuelto al punto de partida: tan grande es la semejanza de aquellas dos ciudades, igualmente favorecidas por el clima, situadas de la misma manera, como frescas oasis, entre los llanos calurosos de la

costa y las cumbres heladas de la Sierra-Madre.

Recordará el lector que al salir de México para San Blas, encontré en el llano de Calderon, en las inmediaciones de Guadalajara, á un antiguo guerrillero, excelente guía y agradable compañero, llamado D. Ruperto Castaños. Con él caminaba en aquel momento; él era quien me habia indicado la casa de Doña Faustina Gonzalez, en Tepic, como punto de reunion en la ciudad. A cosa de una legua de aquella ciudad, cediendo á una impaciencia demasiado justificada por nuestras penosas marchas por el corazon de la Sierra-Madre, adelanté al capitan, y me hallaba hacia mas de una hora, instalado bajo el techo hospitalario de Doña Faustina, cuando D. Ruperto, fatigado y conmovido llegó á la casa.

—¿Ha tenido vd. algun encuentro desagradable? le pregunté, sorprendido al observar su emocion poco natural.

—Muy desagradable, en efecto, me respondió. Villaseñor se hallaba de vuelta en el país, y nos encontramos muy cerca del pueblo de Palos Mulatos.

—Me está vd. hablando en enigmas, mi querido capitan; ni conozco á Villaseñor, ni el pueblo de Palos Mulatos.

—Tiene vd. razon; pero va vd. á comprenderme.

Villaseñor es un antiguo oficial, que cuando la guerra de independencia servia en calidad de capitan en las filas españolas. Hecho prisionero en una escaramuza por uno de mis compañeros de armas, un *gauecho* que procedente de Chile habia llegado á México, y que se llamaba Cristino Vergara. Villaseñor no salió de sus manos sino para sufrir unos tormentos indecibles. Hoy han trascurrido muchos años desde la época en que los azares de la guerra hicieron caer momentáneamente á Villaseñor en poder de Vergara. El antiguo prisionero del gauecho ha vuelto á México, que no habia visto desde las luchas de 1811. A él es al que acabo de encontrar en la garita de Tepic, y he tenido la desgracia de prounnciar delante de ese hombre, que es enemigo mortal de Cristino Vergara, algunas palabras que no olvidará.

—¿Cuál es esa fatal revelacion? pregunté sonriéndome, al capitan.

—Se dijo á Villaseñor, que Cristino Vergara habitaba el pueblo de Palos Mulatos.

—¿Y qué?

—¿Cómo y qué? El pueblo de Palos

Mulatos, se halla á poca distancia de Tepic, y dentro de algunas horas, tal vez uno de esos dos hombres, el gauecho ó el español, habrá cesado de vivir. ¿Comprende vd. ahora?

—Comprendo, que si quiere vd. repasar su aturdimiento, solo nos queda un partido que tomar, por muy fatigados que estemos, y es no descansar aquí mas que un momento, é ir á dormir á Palos Mulatos, á la casa de su amigo de vd. el gauecho Vergara.

El capitan me dió las gracias por haber tomado la iniciativa de una proposicion que no se habia atrevido á hacerme. Palos Mulatos es un pueblo, perdido en medio de los bosques, en el camino de San Blas. Podiamos, pues, sin separarnos de nuestra ruta, visitar á Cristino Vergara. Solo tenia yo pesar, separándome de Tepic, el mismo dia de mi llegada; era privarme de una semana de descanso, en una poblacion tan encantadora: sin embargo, yo era libre para volver cuando hubiese terminado los negocios que me llamaban á San Blas, y una vez fuera de Tepic, en el camino de los bosques inmediatos á la mar, me entregué á sérias reflexiones, que no podia alejar de mi mente, pensando en el drama, en que por la

indiscrecion de mi compañero de viaje, me veia repentinamente obligado á desempeñar un papel.

En el camino, el capitan me dió nuevos pormenores sobre el hombre que íbamos á ver. El gaucho Vergara, habia conservado en la vida doméstica, todos los hábitos de crueldad, que le hacian temer de sus compañeros de armas. El capitan Villaseñor, no era el único que tenia motivos para quejarse de aquel terrible hijo de las cordilleras. En medio de la pacífica poblacion, adonde habia ido á establecerse, Cristino Vergara, se habia creado implacables enemigos. Cuando se instaló en Palos Mulatos, el Chileno condujo, ademas de su muger, un hijo ya grande, y dos niñas de corta edad. Apenas acababan de llegar, cuando su hijo emprendió una guerrilla con un cazador muy conocido en las inmediaciones del pueblo. Este cazador, nombrado Vallejo, mató al imprudente agresor, pero á pocos dias, cayó él mismo mortalmente herido por una bala dirigida por Cristino. El hijo único del cazador, Saturnino, ofreció á su padre moribundo, que lo vengaria, y aunque apareció haber olvidado su promesa desde aquel dia, los vecinos de Cristino, creian que tarde ó temprano,

los sucesos se complicarian, y que aquel negocio debia terminar en un duelo terrible, entre el jóven cazador y el viejo gaucho.

—Estas costumbres le causan á vd. admiracion. ¿Qué quiere vd? cuando estalla la guerra civil en alguna parte siguen inmediatamente las querellas de familia. Ahora tenemos al menos, alguna probabilidad de separar á los combatientes, y si es vd. de mi opinion debemos apresurar el paso para llegar á tiempo.

No me hice repetir estas palabras, y los caballos frescos que habiamos tomado en Tepic, secundaron nuestra impaciencia. Habiamos salido el capitan y yo á cosa de las cuatro de la tarde de la casa de Doña Faustina, y á las seis nos hallábamos ya á la vista de los grandes hosques que anuncian la proximidad del océano Pacífico. Entre el mar y aquellos bosques que abrigan con sus verdes ramajes una de las poblaciones mas curiosas de México, hay mas de un punto de comparacion. En las olas, como en el follaje, son los mismos rayos los que reflejan, los propios murmullos los que se escuchan, y el mismo aspecto de magestuosa inmovilidad el que se presenta á la vista del viajero. En vano se buscaria en aquellos bosques, lo

mismo que en el océano, un sendero ó un camino trazado. Excepto algunos surcos, algunos rastros de béstias feroces, ningun camino abierto divide las ramas de los arcos y de los fresnos que dominan por todas partes las cimas de los palmeros. El único ruido que anuncia la presencia del hombre en aquellos grandes bosques, ès el de algun carro cuyas ruedas rechinan á lo lejos, al esfuerzo de un tiro de bueyes jadeantes. En varios puntos, aparecen algunas cabañas, aisladas unas, otras agrupadas, formando una poblacion. Esa clase de hombres encerrada en el seno de una naturaleza vírgen, arrostra una vida de luchas y de aventuras que la familiariza desde temprano con el peligro. Abandonando el límite del bosque á las poblaciones industriosas y pacíficas, los hombres del bosque no tienen la menor relacion con los hombres del llano. Son por naturaleza violentos y huyen del freno de las leyes y del contagio de las ciudades.

Así es que los cazadores mexicanos, no salen de sus madrigueras, mas que para vender las pieles de los cabritos, con cuya carne se alimentan, ó para cambiar por cualquiera cosa, el despojo de los jaguares que matan. Ademas de los malhechores, en contínua opresion con la justi-

cia, los bosques mexicanos encierran tambien, aunque en corto número, antiguos restos de las guerras de independencia, partidarios escapados de las luchas revolucionarias, que buscan en la caza una compensacion de las emociones que sentian durante la guerra. Tales eran los hombres, en medio de los cuales iba yo á pasar una noche, antes de llegar á S. Blas.

Ya debe comprenderse que en el momento de penetrar en aquella tierra prometida de la *Bohemia* mexicana, me felicité de la casualidad que me ofrecia por compañero, en aquella peligrosa travesía, á un antiguo capitan de guerrilla, que estaba seguro de encontrar amigos por todas partes, tanto bajo el techo de los *jacales* como en los cuartos de las *ventas*; tanto en las veredas abiertas en medio de aquellos bosques vírgenes, como en los caminos reales.

Vivamente iluminados al principio por los rayos del sol poniente, oscurecidos en seguida por el crepúsculo, los bosques parecian aproximarse á nosotros, pero insensiblemente, y nosotros deseábamos llegar á aquellos frescos lugares que los forzosos rodeos del camino alejaban sin cesar, á pesar de nuestros esfuerzos. Habiamos entrado en la zona ardiente que rodea á

San Blas, y el cielo que acababa de teñirse con la luz que producia el sol al ocultarse, se encontraba ya iluminado por la luna, cuando por fin llegamos á la region boscosa, en cuyo límite debiamos encontrar el pueblo de Palos-Mulatos.

—Otros cuantos pasos, y llegamos, me gritó el capitan. Dirigí mi caballo con la mayor alegría al centro de un inmenso prado. Apenas lo pisamos, cuando un riachuelo bastante ancho, nos obligó á detener nuestros caballos. En la orilla opuesta del riachuelo habia algunos *jacales*, que por las rendijas de sus paredes de bambús, permitian distinguir la luz rojiza de las lumbradas que habia en el inferior. Aquellos *jacales* ó cabañas, se hallaban situados en el centro de un valle pequeño, en el que las luciérnagas dibujaban cruzándose por todas partes mil curbas brillantes.

—Ya hemos llegado, me dijo el capitan; estamos en el pueblo de Palos Mulatos.

Confieso que recibí mucho gusto al saber que habiamos llegado al término de nuestra penosa excursion. El aspecto tranquilo y alegre de aquel pueblecillo, el calor sofocante que pesaba sobre nosotros desde nuestra salida de Tepic, el deseo de

reposar á la sombra de aquellos bosques vírgenes, todos estos motivos me habrian decidido á escojer aquel punto para descansar, sin tener en cuenta las graves circunstancias que nos conducian. Nos faltaba pasar el riachulo que defendia la entrada del pueblo, y observé bien pronto que el capitan, dirigiendo sus miradas á aquel riachuelo, ancho y profundo, tenia el aspecto del cazador que ha perdido la pista del animal.

—Con mil demonios, dijo el capitan, ¿en dónde está el puente que habia en este lugar?

En aquel momento apareció un hombre en la otra orilla. Llamólo el capitan, y cuando estaba cerca:

—¿No es este el pueblo de Palos Mulatos? le preguntó. ¿En dónde está el puente que antes habia aquí?

—En efecto, este es Palos Mulatos; pero las últimas crecientes se llevaron el puente. Puesto que está vd. á caballo, puede vd. ir á cosa de media legua de distancia, en donde hallará vd. otro puente mas sólido que ha resistido al torrente, y dentro de media hora estará vd. en el pueblo.

—Dentro de media hora, *¡caramba!* ¿y si es demasiado tarde?

—Hay otro medio; ve vd. allá abajo, á la izquierda, una red de bejucos, tambien es un puente, un puente natural que les sirve á los habitantes del pueblo; pero le advierto á vd. que no es seguro para las personas que van á caballo.

El capitan sacudió la cabeza; parecia desconfiar mucho del singular medio de comunicacion que acababa de indicársele. Por mi parte estaba decidido á entrar al pueblo lo mas pronto posible, porque me habia seducido su aspecto pintoresco. Propuse al capitan atravesar á pié el puente de *bejucos*, mientras que estirando mi caballo, él pasaria el rio por el lugar que se le habia indicado. D. Ruperto aceptó aquel arreglo.

—Llegando á Palos Mulatos, me dijo, tomando las riendas de mi caballo, preguntará vd. por la cabaña del gaucho Cristino Vergara; le anunciará vd. mi visita, y le suplicará vd. de mi parte, que mande asar medio cabrito. Marche vd., pues; ya lo alcanzo.

El guerrillero partió casi al mismo tiempo al galope; yo me dirigí al puente, y al cabo de algunos instantes me encontré á la entrada de aquella galería natural, formada por el tejido de mil plantas enredaderas. A la orilla del riachuelo se

extendia una intrincada mezcla de palmeras y de nopales: los largos y fuertes bejucos que colgaban de las rocas, se habian enrollado alrededor del tronco de un palmero que habia tronchado la tempestad, y habia caido atravesando el torrente. Sostenido por los bejucos, y no tocando al suelo por ninguna de sus extremidades, aquel tronco ofrecia verdaderamente el aspecto de un puente, que ningun poder humano hubiera osado suspender con tal atrevimiento encima del abismo. Permanecí un momento indeciso entre la sorpresa y la admiracion, ante aquel débil camino, trazado encima de las aguas por un arquitecto misterioso. Me decidí, en fin, y dí algunos pasos en el puente movible; pero casi en el instante, un choque inesperado imprimió al tejido de bejucos una violenta oscilacion, y me faltó poco para caer. Recobrando el equilibrio, observé en la orilla opuesta, á un hombre que se alejaba precipitadamente, y que desapareció entre los árboles. Vacilé por un momento en seguir mi camino; me determiné al fin, y á pocos momentos me hallaba al otro lado del riachuelo. El pueblo de Palos Mulatos se encontraba á pocos pasos de distancia, y me dirigí á los jacales, de donde salian

y llegaban á mis oidos alegres y confusos clamores.

El pueblo se componia de una docena de cabañas. Habiendo llegado á la primera de aquellas infelices habitaciones, pregunté por la del gaucho, y al momento observé en las fisonomías de las personas á quienes me dirigí, cierto embarazo y confusion.

—¿Querrá vd. hablar del *chileno?* me preguntó una jóven ocupada en colocar algunas campásulas encarnadas en las negras trenzas de sus cabellos.

—Sí, hablo del *chileno;* ¿no se llama Cristino Vergara?

—Sí, señor; ¿vé vd. aquel nopal? La cabaña que está junto á él, es la suya.

Dí las gracias á la jóven, y fuí á llamar á la cabaña del gaucho. Salió á abrirme un viejo de elevada estatura; á sus espaldas se hallaban una muger inclinada por la edad y dos jóvenes: me encoutraba en la habitacion de Cristino Vergara, é inmediatamente cumplí con la comision del capitan.

—¿Se halla en el pueblo D. Ruperto Castaños? exclamó con viveza el chileno. Será, como vd., muy bien recibido en nuestra humilde habitacion.

—No he llegado aquí sin peligro, aña-

dí riéndome, y ya sabré en lo de adelante, que es preciso no atravesar un puente de bejucos, cuando está ocupado por otra persona.

—¡Por otra persona! añadió el gancho, cuyos ojos brillaron, y cuya voz tomó re pentinamente una extraña entonacion.

—Sí; alguno se hallaba en el puente colgante en el momento en que yo pasaba, y como sin duda temió ser reconoci do, atravesó el puente con un paso tan violento, que faltó poco para que me pre cipitase en el torrente.

Al hablar de esta manera, observé á aquella singular familia, á cuya habitacion me habia conducido la casualidad. El sombrío rostro del gancho manifestaba una impaciencia penosamente contenida. La muger de Cristino y la mas jóven de sus hijas, parecian escucharme con indiferencia; pero no sucedia lo mismo con la hija mayor del chileno, y apenas hablé de mi encuentro en el puente de bejuco, cuando noté cierta turbacion en su fisonomía. La curiosidad que habia descubierto en sus miradas hasta aquel instante, se cambió en visible inquietud. Sus hermosos ojos negros, fijos en mi rostro, parecia que me dirigian una súplica tierna y enérgica. ¡Conocia al individuo á

quien habia yo encontrado en el puente colgante? ¿Temia por él la terrible cólera de Cristino Vergara? y yo, sin quererlo, habia cometido una indiscrecion que podia producir funestas consecuencias. Procuré indicar á la jóven que habia comprendido su mudo ruego.

—El hombre que huyó á mi vista, es evidentemente algun *salteador* de las inmediaciones, dije, que me habria despojado si me hubiese visto sin armas, y al que hizo huir mi equipo, casi militar.

Dí, sin embargo, esta explicacion con cierto embarazo, que no podia escaparse á un observador menos penetrante, y el gaucho solo me contestó con un movimiento de duda. Felizmente, la llegada del capitan dió otro curso á la conversacion. Cristino Vergara se levantó apresuradamente, y alargó la mano á su antiguo camarada.

—Sea vd. bien venido, le dijo á D. Ruperto; le agradezco á vd. que no haya olvidado, que la cabaña de Cristino Vergara, se encuentra en el camino de S. Blas.

—Mas me lo agradecerá vd., respondió el veterano, cuando sepa el motivo que me ha conducido á este lugar; el que no puedo descubrir mas que á vd. En este momento veo que goza vd. de buena sa-

lud, y que no hemos llegado tarde: es lo esencíal, añadió, dirigiéndome una mirada de inteligencia. Veo tambien que Florencia es ya una muchacha grande y bo nita.

Frorencia era la hija mayor del gaucho; se alejó ruborizada, siguiéndola su hermano. El gaucho con su muger marchó á cuidar de nuestros caballos. Habiendo quedado solo con el capitan, no pude dejar de darle parte de la inquietud en que me habian dejado las palabras que habia cambiado con Cristino, delante de su hija. Florencia entró, en el momento en que iba á responderme el capitan. La jóven daba vueltas por toda la pieza, con una impaciencia mal disimulada. Creí comprender que deseaba que el capitan se alejase por un instante, y recordé á D. Ruperto lo importante que era prevenir al gaucho, contra una acechanza probable de Villaseñor.

—Me muero de sed, dijo Castaños, y si esta preciosa muchacha, me diera una poca de agua fresca, haria con mucho gusto lo que vd. desea.

Alejóse Florencia, y volvió casi al instate trayendo una jarra de barro poroso, que presentó al capitan. Viendo aquella jóven, hermosa y morena, inclinada hácia

el veterano, que tenia el cántaro pegado á sus lábios con la impasibilidad de un árabe, creía yo tener á la vista á la Rebeca de là Biblia. Cuando el capitan vació, sin tomar aliento, la mitad de la jarra, la devolvió á Florencia, y se alejó despues de haber hecho un cariño á la jóven por vía de agradecimiento. Apenas habia salido, cuando Florencia se acercó á mí.

—*La persona* á quien encontró vd. en el puente, me preguntó temblando, ¿era jóven ó viejo?

—No lo sé, solo ví una sombra que desapareció inmediatamente entre los árboles de la orilla; ¿por qué me lo pregunta vd?

—¿Por qué? dijo con una mezcla de orgullo y de timidez, que me encantó; por que la sombra que ha visto vd., es la de un jóven á quien amo, y cuya vida corre peligro. Vd. ha comprendido mis angustias; despues de haber despertado las sospechas de mi padre, ha tratado de disiparlas. Le doy a vd. las gracias.

—¿No corre vd. algun peligro?

—¿Yo? Si supiera mi padre alguna vez el nombre de la persona á quien amo, me mataria.

Y hablando de este modo, la jóven pa-

recia desafiar á la muerte, con una exaltacion apasionada. Sus últimas palabras me hacian estremecer, y pensé involuntariamente en el hijo del cazador Vallejo, que habia jurado un odio mortal á Cristino Vergara. ¿Qué otro nombre habria podido decidir al gaucho á herir á su propia hija? Mas y mas conmovido y agitado, fuí á sentarme delante de la cabaña, en un tronco de árbol, desde donde podia observar todos los movimientos de la jóven que se habia quedado en el interior. La ví que arrojaba combustible á la hoguera, cuya llama se avivó en el acto, arrojando su rojiza claridad, por los intersticios de la débil pared de bambús. En seguida salió Florencia, y fué á colocarse en el umbral, de manera que pudiesen verla desde lejos, gracias á los brillantes reflejos, que la hoguera nuevamente atizada, arrojaba sobre la jóven. Florencia tenia bajo el brazo el mismo *cántaro*, en que habia llevado la agua al cápitan; su rebozo de algodon, negligentemente colocado en la cabeza, colgaba por encima de sus hombros, como el ropaje de las figuras bizantinas. Florencia permaneció algunos minutos inmóvil en aquella actitud; parecia una estatua gótica. La luna alumbraba á lo lejos el bosquecillo que

abrigaba el puente, y en medio de la viva claridad que bañaba á la jóven, era imposible que ninguno de sus movimientos se escapase á la atenta mirada de un jóven que se hubiese mantenido oculto, bajo la cortina de verdura del puente. Entonces comprendí que Florencia se disponia á dar una señal. Comenzó por quitarse lentamente y con naturalidad, el *rebozo* que la cubria. Lo enrolló formando una especie de *rodete*, que colocó en la cabeza para sostener el cántaro, de base estrecha, que los españoles imitaron de los moros é importaron á México: en seguida, elevando su brazo desnudo y torneado á la altura del *cántaro*, fingió avanzar al riachuelo para llenarlo. Parecia que la jóven poseia el arte de trasformarse en medio de la claridad que la envolvia de piés á cabeza, y que ponia en relieve, en la sombra lejana del valle, su talle esbelto y el brillo de sus brazos y espaldas desnudas, su actitud nada tenia de la inocencia de la escultura gótica; pero ligera y provocante, se asemajaba á las jóvenes madianitas, por las que los hijos de Isrrael, incurrieron en el pecado. Florencia habia avanzado con indiferencia hácia el riachuelo, cuando repentinamente dió un grito, semejante al de una tigre herida, dejó

caer el *cántaro*, que se hizo mil pedazos; vacil un momento en lanzarse al torrente, pero se detuvo sin duda por efecto de la reflexion, y se inclinó como para recojer los restos del *cántaro*. Casi al instante adiviné la causa de aquella repentina emocion. Mas feliz que Florencia, que no podia llegar hasta el riachuelo sin exponer la vida de su amante, la misma jóven que, un momento antes, me habia indicado la cabaña del chileno, caminaba cantando hácia el puente colgante, con la cabeza, no cargada con un cántaro, sino adornada con las campásulas que colocaba en sus cabellos cuando le hablé. En el acto preví que era la rival de Florencia, y me causó piedad la desgraciada hija de Cristino Vergara. Me acerqué á Florencia, con el pretexto de aguardarla: con mano temblorosa recogia los pedazos del cántaro, esparcidos en el musgo.

--Vaya vd. á advertirle, me dijo con voz imperiosa y conmovida, que si le habla á esa muchacha, hago que mi padre nos dé á los dos de puñaladas.

—¿A quién he de ir á hacer esa advertencia?

—A Saturnino.

—¡A Saturnino! repetí yo espantado.

¡Y qué! ¿la hija de Cristiño Vergara ama á Saturnino Vallejo?

—Sí, lo amo, y ya sabe vd. ahora que corren riesgo nuestras vidas si le digo á mi padre una sola palabra. Vaya vd., yo se lo suplico; Dios le pagará á vd. esta obra de caridad. Encontrará vd. á Saturnino en el puente de bejucos.

En aquel momento, el gaucho y el capitan aparecieron en la puerta de la cabaña. Comprendí que no debia vacilar, y me alejé antes que el capitan me hubiese visto, mientras que la jóven entraba en la cabaña.

II.

Caminando á pasos lentos hácia el frente, hice la siguiente reflexion: ¿Correspondia Saturnino á Florencia, el amor que ésta no habia podido ocultarle? Y en caso contrario, el imprudente que se atreviese á ir á turbar aquella cita amorosa, ¿no se exponia á ser muy mal recibido? Sin embargo, me persuadí de que hay en la pasion violenta y real, un irresistible imperio, que somete á su yugo á los que la han causado, sobre todo, cuando unen al magnetismo de la pasion el no menos poderoso de la juventud y de la belleza.

Adelantéme, pues, hácia el puente, seguro de encontrar á Saturnino, á pesar de las provocacienes de la jóven de las campánulas rojas, en una situacion de espíritu y de corazon, semejante á la de Florencia. Caminé, sin embargo, hácia el objeto de mis investigaciones con la prudencia del naturalista, que quiere estudiar las costumbres de los tigres ó de los leones en sus bosques natales: no debe olvidarse que allí no habia barras de hierro como en las jaulas para defenderlo, y yo no dejaba de considerar que, en aquel punto salvaje, ni habia alcalde ni gendarme á quienes pedir proteccion.

A medida que me adelantaba como parlamentario, el silencio que me rodeaba era cada vez mas profundo. El ruido y las luces que se escapaban de las cabañas, se habian ido apagando gradualmente; á pocos momentos no escuché mas que el susurro casi impèrceptible del riachuelo, y las vibraciones ligeras de los bejucos, al impulso de algunas ráfagas de viento. Al estremecimiento de las palmas sonoras, se mezclaban algunas veces las voces ó los cantos lejanos de la poblacion. Escuché con mucha atencion, y traté, en vano, de distinguir entre los murmullos confusos de las cabañas, de los bosques ó del

riachuelo, la voz de Saturnino ó la de la coqueta aldeana que parecia perseguirlo. Ninguna planta humana pisaba las hojas secas ó el musgo, ni lábio alguno producia el mas ligero murmullo. Todo esto me pareció un triste presagio para la pobre Florencia. No habia separado mi vista de la direccion del puente, y sin embargo, no habia visto volver á la que yo llamaba su rival, y que se habia adelantado confiada en una hermosura, que estaba muy lejos de igualar á la de Florencia. Habia, pues, traicion, á no dudarlo, y no pude dejar de sentir un amargo desengano: tanto amor merecia mejor correspondencia. Incierto sobre si debia volver á anunciarle aquella funesta noticia, atravesé el puente colgante, y me encontré en el lugar en donde habia puesto el pié una hora antes; todo estaba desierto y silencioso. La luna solo alumbraba una vasta soledad, las elevadas ramas en donde brillaban las luciérnagas, y chillaban continuamente las cigarras, y las cimas de las palmeras que proyectaban sus sombras en el llano. Aquel paisaje nocturno entristecia la vista y el corazon.

Despues de haber dado algunos pasos, siguiendo el curso del riachuelo, tomé la direccion opuesta; en fin, ya no me que-

dó duda que Saturnino habia desaparecido, así es que retrocedi á la cabaña del gaucho. Florencia espiaba mi vuelta con febril impaciencia. A pesar del chasco que habia yo llevado, procuré tranquilizarme, cuando llegó á mi encuentro.

—¿Halló vd. á Saturnino? me preguntó con voz breve.

Ya hice lo que vd. me ordenó.

Creia salir del apuro con aquella respuesta evasiva; pero las mugeres cuando aman, son extraordinariamente perspicaces.

—¿Lo ha visto vd? añadió, ¿cómo es?

En aquel momento era disculpable mi embarazo.

—Es falso; vd. no lo ha visto, añadió Florencia, poniéndose pálida; y mi silencio confirmó sus dudas. Su vigoroza naturaleza vaciló un momento ante una terrible realidad, la de la infidelidad de Saturnino. Dos lágrimas corrieron por sus largas y negras pestañas; fueron las únicas; recogiendo en seguida todas las fuerzas de su corazon lastimado, entró silenciosamente en la cabaña paternal. Sentéme en frente de la puerta, con ese temor que se siente cuando se ve humear la mecha que va á determinar la explocion de una mina cargada. El fogoso temperamen-

to de Florencia iba á hacer estallar la tempestad que amenazaba hacia un momento. La ví estremeciéndose acercarse á su padre, y conducirlo á la pieza contigua. El capitan, que habia llegado al lugar en que me encontraba, observó mi tristeza. Le habia confiado mi inquietud respecto á las sospechas del gaucho sobre su hija; cuando le manifesté que Florencia amaba á Saturnino Vallejo, cuando le hablé del celo furioso de la jóven y de mi inútil excursion al puente, D. Ruperto frunció las cejas, y dijo con cierta alegría, que ocultaba mal su descontento:

—¡Caramba! ¡doble venganza! Saturnino y Villaseñor. Son suficientes motivos para que no cenemos esta noche.

Un grito furioso que resonó en la cabaña del gaucho, interrumpió á D. Ruperto. Cristino entró en la pieza en que estaba la hoguera, que iluminaba sus facciones animadas por pasiones fogosas, y mas terribles que las de su hija.

—¡Castaños! exclamó el gaucho, es vd. mi huésped y mi amigo, y me ayudará vd. á vengar el honor de mi nombre. El hijo de Vallejo ha deshonrado á mi hija; ella misma acaba de confesármelo, y el que le ha robado su honor, se encuentra en estos bosques.... A vd. le hago la

misma súplica, caballero, me dijo: así, pues, á caballo, á caballo.

Era inútil discutir en aquel momento con el gaucho; valia mas, fingiendo ayudarlo en sus proyectos de venganza, aprovechar la ocasion de salvar al què amenazaban, si nos era posible. Corrimos, pues, á ensillar nuestros caballos, y en pocos minutos estuvimos dispuestos para una excursion nocturna hácia la cabaña de Saturnino. En el momento de montar á caballo ví al gaucho que, ademas de la reata atada en las ancas del caballo, se ceñia el cuerpo con una correa de cuero, dividida en tres ramales, de los que dos eran del mismo tamaño. Cada uno de los tres ramales tenia en la punta una bola formada de cuero, del tamaño de una naranja. Era el arma del gaucho, mas formidable que la reata. Antes de alejarme con mis dos compañeros, dirigí la última mirada al interior de la cabaña; la madre y la mas jóven de las hijas, sollozaban en un rincon de la pieza comun, y á algunos pasos de distancia estaba Florencia acurrucada, cubierta la cabeza con su *rebozo*.

En primer lugar, dirigimos nuestros caballos al puente de bejucos: estaba desierto como yo lo habia dejado, despues de haber dirigido una mirada á su derredor,

Cristino se apeó precipitadamente del caballo, y se inclinó para examinar las huellas; saltó en seguida el puente, y fué á continuar al otro lado sus investigaciones. El capitan y yo aguardamos el resultado de sus pasos, sin dirigirnos una sola palabra, y como el tiempo avanzaba, eché pié á tierra. Nunca habia visto, sino con grandísimo interes, á los indios y á los mestizos del Nuevo-Mundo, interrogar á la tierra, como á un libro misterioso. Marché, pues, á reunirme con el gaucho. Repentinamente mis ojos, que fijos en él, se hallaban naturalmente inclinados al suelo, se fijaron en un ramillete, que solo habia podido olvidar en aquel lugar, una de las mas coquetas y bonitas muchachas del pueblo. El ramillete estaba formado de flores silvestres, atadas por una rama de *zintiole* (1) aromático. Mi primer pensamiento fué, que aquel indicio podia tener algun valor en las circunstancias en que nos encontrábamos, y volví al lado del capitan, que nos esperaba pacientemente á la entrada del puente.

—Mire vd. lo que acabo de encontrar, le dije.

[1] Especie de junco, cuya raiz da, por su infusion en el agua, un olor suave y agradable, que sirve para perfumar la ropa blanca.

—¡Un ramillete! Sin duda es un mensaje simbólico para Florencia; es preciso, á toda costa, entregárselo.

Lo mas difícil era ejecutar aquel proyecto, en llamar la atencion de Cristino, y yo iba á lanzarme á pié á la cabaña, cuando, terminando su exámen, el gaucho exclamó:

—¡A caballo! ya sé ahora hácia qué punto debemos dirigirnos.

El chileno pasó el puente, montó á caballo, y tomó la delantera al galope; felizmente siguió la direccion de su cabaña. La única calle del pueblo que atravesamos, se hallaba sumergida en una completa oscuridad. Algunos curiosos, adivinando tal vez la causa de las idas y venidas de Cristino, aparecian en las puertas de las cabañas. Silencioso el gaucho, ni siquiera saludaba á sus vecinos, y continuaba su carrera en medio de los ladridos de los perros. El capitan y yo, muy contrariados de andar tras las aventuras, en lugar de cenar, no hablábamos una palabra. Solo en una cabaña no dormian; y aun habia luz; en la de Florencia. Mis dos compañeros pasaron por delante de la cabaña como un huracán; conteniendo igeramente mi caballo, tuve tiempo para rrojar el ramillete por la puerta abierta,

á los piés de la persona á quién lo creia destinado, sin que ninguno me hubiese visto. Observó á la jóven, que se estremeció, al recojer las flores simbólicas, y proseguí mi camino al galope.

Despues de haber dejado á nuestras espaldas el pueblecillo de Palos Mulatos, nos internamos en un sendero, que bajo los arcos de verdura de que estaba cubierto, habria parecido sombrío como un subterráneo, si la luna no hubiese logrado deslizar algunos rayos, por entre los raros intersticios de las ramas entrelazadas. Caminábamos por el centro de un bosque vírgen. Algunas veces galopando detras del gaucho, nos veíamos obligados, á inclinarnos sobre la silla, para salir de aquella vejetacion parásita, que por todas partes nos envolvia. Los enormes abanicos de las palmeras, obstruian á cada paso nuestro camino. En la tierra blanda y esponjosa de la vereda, el paso de nuestros caballos no producia el menor ruido, respetando las nocturnas armonías de aquellos bosques espléndidos. Al cabo de media hora de galope, dimos vuelta repentinamente á la izquierda por un sendero mas estrecho, que atravesaba la primera verada, y que nos condujo á una cabaña pequeña, vivamente iluminada por

la luz de la luna. Gigantescos nopales extendia sobre el techo de la cabaña, como verdes persianas, sus abanicos de pencas agudas. El gaucho arremetió impetuosamente su caballo hácia la cabaña.

—Aquí vive, nos dijo, el hombre que conoce mejor estos bosques; él solo puede decirnos en dónde debemos buscar á Saturnino. ¡Hola! Berrendo; ¿duerme vd?

Nadie respondió, y el chileno impaciente dió rudamente algunos golpes con el puño de su espada á la débil pared de carrizos. A los redoblados golpes que se sucedian, respondió al fin un hombre:

—¡Quién me llama! ¿qué ruido es ese?

—Yo soy.

—¿Quién es vd? preguntó la voz.

—Cristino Vergara.

Oimos abrir la puerta, y un hombre de un rostro no menos feroz que el del chileno, apareció en el umbral. Aquel hombre de talle elevado, era flaco, nervioso y fuerte como uno de esos bejucos que es difícil cortar con el hacha; en su rostro tostado, en sus facciones movibles, se notaba una mezcla singular de audacia, de bondad y de ironía. Como verdadero cazador mexicano, siempre dispuesto á abandonar su lecho de césped para seguir la pista de un ciervo, ó de un jaguar, el ha-

bitante de la cabaña dormia vestido, con su traje de cuero leonado, que se componia de una chaqueta y un pantalon, muy ajustado en la cintura. Permaneció un momento inmóvil en el umbral de su cabaña, y dirigió sucesivamente sus miradas á cada uno de nosotros, como interrogándonos. Parecia que aguardaba nuestras preguntas; Vergara fué el primero que rompió el silencio.

—¿Está Saturnino en el *Palmar*? preguntó el gaucho.

—Debe estar; ¿por qué me lo pregunta vd? ¿cree Cristino Vergara, que el hijo de Vallejo está demas en el mundo?

—Sí.

Esta lacónica y terrible contestacion, no pareció sorprender á Berrendo.

—Pues bien, añadió, la noche será buena para vd., Cristino. Tal vez mañana habrán caido en la red dos enemigos, en lugar de uno.

—¿Qué quiere vd. decir?

—¿Recuerda vd. un oficial español, que fué su prisionero, y que se llamaba Villaseñor? preguntó Berrendo.

Castaños y el chileno se dirigieron una mirada de inteligencia.

—Sí, contestó Vergara, ¿y qué?

—Estaba yo hace una hora en la lagu-

na de la Cruz, dijo Berrendo; espiaba yo la llegada de un ciervo que habia inútilmente perseguido, cuando un ginete se acercó á la laguna para dar agua á su caballo. Juzgué á propósito observar aquel hombre antes de presentarme á su vista, y lo ví que acometió al caballo dentro del agua, y á pocos momentos se detuvo á la orilla. Quitóse el sombrero de paja, como para aspirar con mas comodidad las frescas emanaciones del lago, y entonces fué cuando reconocí, á pesar de su espesa cabellera blanca, á aquel condenado español, cuyas facciones no se borrarán jamas de mi memoria. Mi primer movimiento fué preparar mi carabina.

—Su primer movimiento de vd. fué bueno, ¡caramba! ¿cuál fué el segundo?

—Reflexioné que tal vez no estaria solo el ginete, y que el estallido de la carabina podria atraer á sus compañeros. Recurrí entonces á un medio que siempre me ha producido buenos resultados cuando he querido sorprender á un enemigo, sin gastar mi pólvora.

—Ya adivino, interrumpió Cristino; hizo vd. una *quemada* (1).

[1] Uno de esos incendios, que los cazadores mexicanos, no temen causar, cuando no tienen otros medios de apoderarse de su presa..—N. del A

—Sí, y buena. Prendí fuego á las cuatro esquinas del bosque, alrededor del estanque de la Cruz. Lo que me decidió á poner en práctica este medio, fué que Villaseñor, despues de haber dado agua á su caballo, salió de la laguna, echó pié á tierra, y se recostó para dormir debajo de un palmero. Yo le preparé una sorpresa para el momento en que despertara. Mire vd., ¿no percibe el humo que el viento trae de su lado?

—¡Sea en horabuena! respondió Cristino; ya reconozco á mi antiguo camarada. Y bien, capitan Ruperto, ¿qué dice vd. del expediente? Ya estamos libres de Villaseñor; no debemos pensar mas que en Saturnino, que no se nos escapará. Marchemos, pues, al Palmar.

Algunos momentos despues nos hallábamos muy lejos de la cabaña del cazador de ciervos, tan experto en los *incendios*. A poco tiempo llegamos á un lugar donde el camino se estrechaba de tal manera, que fué necesario caminar uno tras otro; y aun así, era tan reducido el paso, que solo podiamos avanzar muy poco á poco. El gaucho marchaba á la cabeza, lo seguia inmediatamente D. Ruperto, y yo cerraba la marcha á corta distancia de mis dos compañeros. En fin, despues de

haber caminado de aquella manera incómoda por algunos instantes, llegamos á una especie de encrucijada, en donde se cruzaban diversas veredas. El gaucho tomó una de ellas, con el fin de examinar algunas huellas que acababa de distinguir, y despues de habernos suplicado que lo esperáramos un momento, no tardó en desaparecer. Habiendo quedado solo con D. Ruperto, aproveché la ocasion para hablarle con franqueza.

—¿Sabe vd., mi querido capitan, le dije, que el papel que nos están haciendo representar es demasiado singular? Yo no sé cómo calificará vd. la accion, á cuyo buen resultado estamos contribuyendo.

—¡Hum! hace veinticinco años que le habria yo dado á esto el nombre de una emboscada; hoy.....

—Yo la llamo una alevosía, le contesté interrumpiéndolo. Es evidente que el gaucho espera sorprender á ese pobre jójóven, como Berrendo sorprende á los animales del bosque. Yo, declaro que no quiero ser el cómplice de un asesinato; digo mas, quiero impedirlo, y cuento con vd. para que me ayude.

—Vd. no obra mal; pero el honor tiene algunas veces exigencias crueles. El gaucho es uno de mis antiguos compañe-

ros de armas: yo no puedo abandonarlo en este momento sin pasar por un cobarde.

Convine con el capitan, que bajo el punto de vista que juzgaba el negocio, tenia razon; pero yo no tenia los mismos motivos que él para resignarme á un papel pasivo, y le pregunté lo que me aconsejaba que hiciese, para impedir que la desagradable aventura en que nos habiamos empeñado tuviera un desenlace trágico.

—Lo que debe vd. hacer es muy sencillo; ese sendero que ve vd. ahí, y por el cual dió vuelto Cristino, conduce, rodeando camino, al Palmar. Sígalo vd. por algunos momentos, apiése vd.; ate su caballo sólidamente á algun árbol; intérnese vd. á pié en el bosque; camine con la luna de frente, y llevando su sombra á la espalda, así no podrá vd. dejar de llegar al Palmar, y si logra vd. hallarse allí antes que nosotros, tanto mejor. Yo disculparé lo mejor que pueda su desaparicion.

Agradecí al capitan sus consejos, y me alejé por el sendero que me habia indicado.

III.

No es una cosa muy sencilla para un viajero europeo encontrarse solo y fatigado por un dia de camino, enmedio de los laberintos de un bosque vírgen. Confieso que si en aquella ocasion no hubiese estado en peligro la vida de un hombre, habria prosáicamente tomado el camino por donde habia venido, y pedido en alguna cabaña del pueblo de que acababa de salir, una hospitalidad menos expuesta que la del gaucho. Sin embargo, las instrucciones de D. Ruperto eran muy precisas para que temiese extraviarme, suponiendo que mi tentativa fuese infructuosa. Caminé, pues, durante algunos instantes, por el sendero que acababa de tomar, eché pié á tierra, y até mi caballo á un árbol; en seguida, despues de haber cuidadosamente anotado en mi memoria la configuracion del lugar en que me encontraba, coloqué las dos pistolas en mi cinturon y me interné en el bosque, caminando, como me habian recomendado, con la luna de frente.

Semejante recomendacion no era muy fácil de seguir. Apenas podia mi vista pe-

netrar por la cúpula espesa de follage, para ver, de cuando en cuando, el curso de la luna, que nadaba en un cielo admirablemente sereno, en aquel laberinto de bosques. Poco á poco la limpieza de la atmósfera pareció oscurecerse; me parecia que negras nubes atravesaban los aires con sorprendente rapidez, porque no sentia la menor ráfaga de viento. Sin embargo, un reflejo extraño iluminó la bóveda del cielo; aquel reflejo era variado, tan pronto de un color blanco amarillento, como las primeras luces del alba, tan pronto púrpura como los últimos tintes del sol poniente.

Al mismo tiempo me parecia que aquellas mudas soledades se despertaban, oyéndose por todas partes agradables murmullos. Oíanse á lo lejos los de los pájaros, pero no esos gritos con que saludan la vuelta del sol, ni la frescura de la noche, despues de un dia ardoroso. Era un clamor discorde, notas confusas, gritos de espanto ó de queja, á los que no tardaron en mezclarse los rugidos de espantos de los chacales y de otros animales feroces del bosque. Momentos de silencio sucedian á aquellos extraños rumores, cuyo orígen comenzaba á sospechar, recordando la siniestra advertencia del cazador

de ciervos. Algunos síntomas terribles no me dejaron dudar ya por mas tiempo. Torbellinos de humo negro, en el que aparecian algunas chispas, se balanceaban como penachos sombríos en la oscura bóveda del cielo, y los pájaros azoradós, sofocados, volaban por centenares sobre aquellos torbellinos; si no todo, una parte del bosque se hallaba ardiendo, en la direccion que yo seguia. Temiendo encontrarme envuelto en las llamas, me detuve un instante para orientarme de nuevo en un lugar en que la vejetacion, menos espesa, descubria en mi cabeza un pedazo de cielo. El horizonte parecia iluminado por una claridad sangrienta; el disco de la luna aparecia como una mancha pálida, á la que volvia yo la espalda. Caminando en la direccion que el capitan me habia recomendado que siguiese, observé con alegría que dejaba el incendio á mis espaldas. Tranquilo por esta parte, aceleré el paso; pero habia contado sin las dificultades siempre renacientes del camino. Por penoso que fuese abrirse camino en medio de aquella vejetacion poderosa, habia otro obstáculo, con el que no habia contado, y era el número prodigioso de insectos que un sol eterno hace pulular, y que el movimiento de las ramas hacia

caer sobre mí. Cuando sentí sus horribles picaduras, era demasiado tarde para retroceder, porque tenia que andar tanto para volver al punto de partida probablemènte, como el que me faltaba para llegar al Palmar, huyendo del incendio.

En fin, con la mayor satisfaccion, observé entre un grupo de palmeras los rayos de la luna, que formaban una cortina blanca de luz en un inmenso espacio, abierto delante de mí: era el punto que iba yo buscando, y que encontré aún desierto. Aquel lugar formaba una vasta elipse, y se parecia á un circo romano. En una de las extremidades de aquella especie de liza, un estanque, cuyas aguas iluminaba la luna, aparecia en un fondo de verdura como un ópalo engarzado en una esmeralda. Tres hileras de palmeras, parecian colocadas al derredor, como un dique para contener la mar de verdura que se estremecia á impulsos del viento. Avidos de aire y de luz, los follages parásitos, escalaban la copa de las palmeras que se plegaban bajo su peso. Como el segador que no puede soportar una gavilla demasiado pesada, las palmeras dejaban caer hasta sus raices la exhuberante vejetacion del bosque. Elevábanse vagos murmullos del seno de aquel verde océano; pa-

recia el susurro de la sávia de aquellos grandes árboles, que habian fecundado millares de estíos, y cuyo curso no habia detenido un solo invierno.

Yo me hallaba en el punto nombrado el Palmar, habitado por la familia del cazador Vallejo. Yo le habia oido á Berrendo afirmar que Saturnino debia estar en su habitacion. Su cabaña se hallaba, pues, en un rincon oculto del Palmar, y situado cerca del estanque. Me apresuré á buscarla, mas para evitar que me viese el gaucho, en el caso de que desembocara, tan pronto como yo, en el centro formado por las palmeras, dí vuelta, protegido por la espesa sombra que formaban. Nada observé; sin embargo, creí oir á poca distancia la voz de una muger, que murmuraba una de esas tristes melodías, que se escuchan algunas veces por las noches en los campos, y pocos minutos despues vi, en efecto, en una *butaca* de cuero colocada en el umbral de un jacal, á una anciana sentada, inmóvil, á la luz de la luna. No me vió ella, sin duda, porque no interrumpió su melancólica cancion; era la madre de Saturnino, que esperaba la vuelta de su hijo. Al ruido de mis pasos, la anciana dejó de cantar, en seguida levantó vivamente la cabeza; pero el des-

agrado y el espanto se pintaton en su rostro cuando reconoció á un extrangero en lugar de su hijo.

—No tenga vd. miedo, le dije en el acto; tiene vd. en su presencia á un hombre, que desea librar á Saturnino de un gran peligro.

—¡Vírgen Santísima! exclamó la madre. ¿Qué quiere vd. decir? ¿Qué habrá sido devorado Saturnino por el fuego que se distingue allá á lo lejos?

—¿Conoce vd. á Cristino Vergara?

Al oir este nombre, que sin duda tenia muchas razones para no haber olvidado; la anciana hizo la señal de la cruz, con el mayor susto.

—Sí, sí, dijo, hace muchos dias que habríamos abandonado el país, si los jóvenes escuchasen la voz de la razon.

Me apresuré á advertir á la madre de Saturnino, que Cristino debia llegar de un momento á otro.

—Se hace tarde, me respondió, y espero que Saturnino no vuelva esta noche. Dios permita que las llamas intercepten su camino.

Comprendí que el hijo de Vallejo no habia ocultado á su madre su amor á Florencia; la anciana habitante del Palmar, no dejaba de tener confianza en la

proteccion del cielo. Esperaba que Dios protegeria á su hijo. Ademas, Saturnino, lo mismo que Berrendo, era un cazador de profesion, y si no habia vuelto á la cabaña, era porque contaba pasar la noche en persecucion de un animal.

—En todo caso, añadí, Saturnino tiene valor, y ahora que ya está advertido....

—Sí, sin duda, es valiente como nadie, y es por lo que no huirá; pero en cuanto á defenderse contra Cristino, no lo hará. Veinte veces ha tenido la vida del asesino de su familia entre sus manos, cuando espiando á los cabritos, lo veía atravesar esos bosques, sin ser visto, y siempre al recuerdo de la hija ha protegido al padre.

Yo habia logrado el objeto que me habia propuesto, é iba á tomar el camino por donde habia venido, cuando la madre asustada, exclamó:

—¡Jesus María! ahí está.

Y la pobre muger, cuya vista, aunque debilitada por la edad, habia sido mas penetrante que la mia, se torció las manos con angustia. Sin embargo, no fué mas que una emocion momentánea. Recobrando su sangre fria, corrió hácia un caballo atado á una estaca, á poca distancia de la cabaña, y comenzó á ensillarlo precipitadamente.

Mis ojos se dirigieron hácia el lado de las palmeras, en donde la viuda de Vallejo acababa de distinguir á su hijo. Entonces ví perfectamente al cazador, que caminaba con paso firme hácia la cabaña, con toda la confianza y el vigor de la juventud, mientras que la luna reflejaba su luz en el cañon de una carabina que llevaba al hombro; al mismo tiempo observé con la mayor inquietud, que á la sombra de las palmeras, andaba rodando otro individuo. En su elevada estatura, en su espesa cabellera blanca, creí reconocer á aquel Villaseñor, cuyo retrato me habia hecho minuciosamente el capitan Castaños. La figura del nocturno rondador, no hizo mas que aparecerse, como uno de esos fantasmas que crean los sueños. Despues de haber dado algunos pasos en el espacio abierto, el desconocido retrocedió y penetró bruscamente en el bosque. Mientras que observaba sucesivamente á Saturnino y el bosque de palmas, en donde el individuo sospechoso habia probablemente buscado un abrigo, el incendio causado por Berrendo, redoblaba con violencia, y por intervalos los ecos repetian los mugidos de los toros montaraseѕ y los bramidos de los chacales que huian azorados á la vista de las llamas.

En el momento en que Saturnino llegaba á la cabaña, la madre concluia de ensillar el caballo; corrió al encuentro de su hijo, lo oprimió contra su pecho, y la oí que murmuraba una fervorosa oracion. Los momentos eran preciosos, y yo me preguntaba cómo el vengativo é impetuoso gaucho no habia llegado aún. Solo explicaban su retardo las llamas que sin duda lo habian obligado á rodear. El jóven se desprendió suavemente de los brazos de su madre, y sordo á sus súplicas, se adelantó á mi encuentro. Un asombro visible, pero sin la menor mezcla de espanto, se leía en las facciones del hijo de Vallejo, en las que descubrí, con un tinte de melancolía, aquella expresion de orgullo y de contenida exaltacion, que me habia llamado la atencion en Florencia.

—Habia entre Cristino y yo, exclamó, una trégua tácita, ¿quién ha podido romperla tan repentinamente?

—Su hija, le contesté.

Al oir estas palabras, el jóven no pudo dominar una violenta emocion. Se acercó á mí estremeciéndose, y yo me apresuré á decirle en pocas palabras, porque á cada momento temblaba yo temiendo llegase al gaucho el mensaje de que habia sido portador, la respuesta que habia yo

llevado á Florencia, sus accesos de celos, y la revelacion que en consecuencia habia hecho.

—¿Por qué, dijo Saturnino, que parecia oprimido bajo el peso de un espantoso dolor, por qué se incomodó al haberme separado del puente sin esperarlo? ¿no me hizo señas de que me alejase? El haber obedecido sus órdenes es el crímen que quiere castigar con la muerte. ¡No, no, ella no me ama!

Yo pensaba de muy diversa manera, y por lo mismo me esforcé en convencerlo, aunque en vano, cuando llegó su madre á interrumpirnos. Llevaba el caballo de su hijo. La pobre muger dirigia sus miradas por todas partes con el mayor espanto, temiendo ver aparecer al hombre que amenazaba la vida de Saturnino, y le rogaba en nombre de todos los santos del cielo que montase á caballo y se alejara. Saturnino permanecia inmóvil.

—¿Para qué? dijo. ¿De qué me sirve ahora la existencia?

Uní mis instancias á las de su madre; trabajo inútil, el jóven no nos escuchaba. Su mano jugaba maquinalmente con la llave de su carabina; poco despues, como si hubiese renunciado á disputar su vida, abrió la cazoleta, y dejó caer la ceba; en

seguida arrojó la carabina á lo lejos, con el cuerno que contenia la pólvora. Sin embargo, el instinto de la vida que se adormece algunas veces, pero que raras ocasiones muere en el corazon del hombre, pareció recobrar por un momento algun imperio en Saturnino. Colocó el pié en el ancho estribo de madera que pendia de la silla del caballo; pero lo soltó al momento. Dirijió una mirada con satisfaccion á aquel caballo, que en un instante podia colocar entre él y la muerte un espacio invencible. Mas en el acto dominó este último movimiento de debilidad. Saturnino arrojó al lado de su carabina el *machete* que pendia de su cintura. Desde aquel momento el instinto de la vida, el terror natural de la muerte, se extinguieron ante una inmutable resolucion, que no pudieron vencer ni los gritos de su madre, ni mis reconvenciones.

Corria el tiempo, y el jóven cazador, con la mano en la crin de su caballo, permanecia inmóvil. Repentinamente lo ví estremecerse, como si hubiese recibido un choque eléctrico. Parecia que ese magnetismo inesplicable que ejerce algunas veces el amor, le traia una misteriosa advertencia. En el propio instante, y casi detras de nosotros, abrióse la pared de

verdura, y apareció Florencia á nuestra vista á la luz de la luna, y pálida como una muerta escapada del sepulcro; su vestido estaba descompuesto, destrozado por los cardos, cuyas flores detenian las matas de sus tupidos cabellos; algunas gotas de sangre teñian su seno y sus hombros, y la jóven solo pudo lanzarse azorada en los brazos de Saturnino. Al grito que arrojó, en las llamas que brillaban en sus ojos, era fácil ver que el amor de la vida invadia el corazon del cazador, como las olas mucho tiempo contenidas por un dique invencible.

—¡Bendito sea Dios que he llegado á tiempo! dijo al fin Florencia. Saturnino, yo deseaba tu muerte, porque te creí infiel, ahora sé....

Y la jóven sacó de su seno un ramillete (reconocí el que yo le habia arrojado al pasar) que oprimió contra sus lábios con delirio.

—Saturnino, añadió precipitamente tomando el brazo del jóven, quiero que vivas; este ramillete me ha vuelto á la vida. Este blanco *floripondio* me indica que yo soy la mas bella á tus ojos; estas flores rojas me han manifestado que, para tí, la rival que las llevaba, no es mas que un pretexto para disculpar tu presencia cer-

ca de nuestra cabaña; estas flores me indican tus tormentos. Sí, ya lo sé todo ahora; me lo ha revelado este pedazo de *cintule;* sé que me amas.... Pero ¿qué aguardas? Va á llegar mi padre; ¿esperas obtener su perdon, por haber amado á su hija? No cuentes con él. En un momento en que yo queria morir contigo, dije á mi padre que yo te pertenecia.... que te habias burlado del honor de su hija; mentí; en un momento de delirio, quise tu muerte y la mia. ¿Quieres huir ahora?

En aquel momento llegaban Cristino y Castaños; pero Saturnino, pasando de la desesperacion á una alegría febril, habia rodeado con sus brazos el cuerpo flexible y esbelto de Florencia, y la habia colocado en la silla del caballo, que partió como una saeta, llevándose á la jóven y al cazador desarmado. El gaucho, seguido del capitan, se lanzó en su persecucion.

—¡Deténgase vd., capitan! gritó á Castaños; deje vd. al menos que la partida sea igual.

El antiguo guerrillero al oir mi voz se detuvo; pero no hizo lo mismo el gaucho. Para salvar la distancia que lo separaba del objeto de su odio, arrojó su lazo, que cayó dando vuelta sobre los dos fugitivos.

Saturnino, oprimido por el nudo corredizo, hizo un esfuerzo sobrehumano para contener su caballo, cuyas patas traseras rayaron la tierra, y en el momento en que el trazo vigoroso del gaucho iba á arrancarlo de la silla, el jóven sacó su puñal, única arma que le quedaba, y en un momento cortó el lazo. No pude contener un grito de alegría. Saturnino volaba de nuevo por el llanito, conduciendo á Florencia desmayada. Los dos fugitivos se hallaban á corta distancia uno de los senderos que partian del centro del Palmar. El gaucho corria en su persecucion, silencioso é implacable. Entonces ví que desenredaba de la cintura la correa del cuero, que tomó con la mano una de las balas y que daba vuelta á las otras dos sobre su cabeza, y lo oimos que cantaba estos versos:

De mi lazo escaparás,
Pero de las balas.... ¡cuándo!

Pocos minutos despues supe su significado. Las balas salieron chiflando de las manos del gaucho y se enredaron en las patas del animal, que yendo á escape, cayó al suelo en el acto. En dos brincos, el gaucho se encontró á la espalda de su hija desmayada, detras del casador des-

de jugo corrosivo, y la *yedra*, cuya sombra es mortal. En cambio son tambien muy numerosos los árboles frutales y útiles desde el guayacan de vainas oscuras y aromaticas, hasta el guayabo, con sus frutas gruesas y perfumadas, y la pina ácida y olorosa. Comenzaba á acostumbrarme pacientemente á mi nueva vida de cazador, tanto mas cuanto que las conversaciones de Berrendo, antiguo soldado de la independencia, abreviaban las horas de caza ó de ocio. En fin, la noche del cuarto dia, desde mi instalacion eu el jacal de Berrendo, llegó el capitan. Habia dejado á la familia del gancho, aumentada con Saturnino y la madre, en vísperas de marchar para los fértiles campos de Sonora, en donde la tierra solo pi de brazos que la cultiven y hombres que se alimenten con sus productos. En aquellos paises nuevos, las familias que quieren huir de los lugares marcados por tristes recuerdos, tienen el recurso de la emigracion. La vida de agricultor, no solo sirve de objeto á los individuos sin ocupacion, que buscan un trabajo honesto y útil, sino que es asimismo un refugio para los grandes infortunios. Renunciando á su vida, medio salvaje, Saturnino obedecia, sin querer, á la ley natural de las

sociedades humanas, cuya primera parte es la caza, y la agricultura es la segunda. Seguia tambien ese instinto secreto que empuja á la raza latina del Sur hácia el Norte de la América, y á la raza anglo-saxona del Norte hácia el Sur, instinto que prepara lentamente la prision de dos razas antipáticas en los desiertos intermedios en que se encuentran y que la Providencia parece querer poblar.

Nuestro camino hasta el mar era el mismo que el de las dos familias que emigraban. Era probable que alcanzáramos en el camino el pesado carro que las conducia á Sonora. Nada me detenia ya en la casa de Berrendo, y la frescura de la noche nos convidaba á marchar para llegar á San Blas al dia siguiente, ántes que calentase excesivamente el sol. Nos despedimos del cazador y nos pusimos en camino. Toda la noche la empleamos caminando por el centro de los inmensos bosques, en donde por una extraña casualidad acababa de pasar algunas de las horas mas penosas y agitadas de mi vida, así como uno de los dias mas pacíficos de un viaje. Al amanecer vimos despertar los bosques en todo su explendor, y poco despues, por entre los arcos de verdura, apareció á nuestra vista la dilatada bahía

de San Blas: abandonamos, en fin, los poblados bosques para subir á las colinas, desde cuyas cumbres esperaba descubrir la ciudad.

Hoy hace trescientos treinta y ocho años, que desde México, ya conquistado, Hernan Cortés se puso en camino para el occidente de la Nueva España. Despues de una marcha larga y penosa, llegó al ponerse el sol, á la cima de una cadena de colinas áridas. El espectáculo que hirió su vista, le arrancó un grito de admiracion: era un paisaje del golfo de California, teñido con la púrpura del sol poniente. Nombró aquel golfo el *mar Bermejo*, y despues se llamó el *mar de Cortés*. En la cumbre de aquella misma colina, en donde se habia detenido el conquistador de México, fué en donde arrobado en la contemplacion del mismo espectáculo, detuve mi caballo al lado del de el capitan Castaños. Solo la hora era diferente; el sol, poco elevado, no parecia incendiar las aguas del golfo, como cuando despáre ce al ponerse en la tarde. En el momento en que yo contemplaba la bahía de San Blas, Cortés la habria lamado *mar azul*.

Por imponente que fuese aquel espectáculo, otro acontecimiento llamó mi atencion: un pesado carro, cargado con toda

clase de trastos y utensilios domésticos, tirado por dos bueyes, seguia lentamente el camino que serpenteaba á la falda de las colinas. Caminaban á pié tras el carro, un hombre y cuatro mugeres, y al momento distinguí en aquel grupo el elegante talle de Florencia, así como el cuerpo de Saturnino: eran las dos familias emigradas que marchaban al Norte, mientras que yo tenia que caminar al Oeste. El ca pitan saludó desde lejos á Florencia. Una vuelta del camino nos hizo perder de vista á los viajeros pocos momentos despues; entonces dirigí mis miradas á la bahía de San Blas, haciendo votos por la felicidad de aquellas dos criaturas, de cuyos íntimos pesares habia yo participado por un momento: el espectáculo que tenia ante mi vista, no despertaba en mi mente mas que impresiones de paz y de esperanza. Á medida que subia el sol en el horizonte, la bahía de San Blas aparecia mas y mas radiante.

Las verdes islas dispersas entre las olas del mar del Sur, se asemejaban á esas isletas cubiertas de flores que los rios de América arrancan algunas veces de sus riberas, y conducen en sus corrientes. Algunas velas, blancas se descubrian en el horizonte, como las alas de los cisnes,

y en las enormes rocas pardas, que asomaban por entre las olas, creía ver otras tantas agujas gigantescas, colocadas allí, para señalar las horas solares en el inmenso cuadrante azul.

EL RASTREADOR.

I.

LUZ LA CIGARRERA.

En una hermosa mañana del estío de 1814, un viajero montado en un caballo, que á pesar de los espolazos, no avanzaba mas que á pasos lentos, se encaminaba silvando, hácia el pueblo de Púcuaro, situado en el Estado mexicano de Valladolid. Ya podia descubrir las casas iluminadas por los primeros rayos del sol. Solo al ver el encuentro y ancas del caballo bañados de sudor, y los vestidos cubiertos de polvo, del ginete, se adivinaba que ambos acababan de caminar muchas leguas á marchas forzadas. El solitario ginete era un jóven de elevada estatura y de vigorosa constitucion; habria podido pasar por un

buen mozo, si unas cejas espesas y de un negro de azabache, no hubiesen dado una expresion siniestra á su fisonomía, en que se notaba una audacia muy militar. Este ginete de gallarda apostura era un cierto Berrendo, en cuya casa, debia encontrar la hospitalidad muchos años despues, al detenerme en un pueblo inmediato á San Blas, antes de llegar á las orillas del mar Pacífico. En la época en que empieza esta relacion, Berrendo, que llevaba entonces su verdadero nombre de Luciano Gamboa, era uno de los soldados mas audaces del ejército insurgente de México, y su historia, que me limito á reasumir aquí, segun sus recuerdos, nos muestra la guerra de independencia en uno de los momentos mas críticos.

El pueblo de Púcuaro, hácia el cual se dirijia Berrendo, habia llamado bajo diversos motivos la atencion de los mexicanos y de los españoles, en el curso de 1814. Allí fué donde á consecuencia de un encuentro sangriento con las tropas realistas, el hermano del general D. Ignacio Rayon, D. Ramon, se habia retirado con cien hombres, poco mas ó menos, los únicos que habian podido abandonar, bajo sus órdenes, el campo de batalla: pero, cosa singular, se habia perdido el

rastro de D. Ramon y de su escolta, desde la época de su entrada en Púcuaro; nadie podia decir si habian salido del pueblo, y sin embargo, nada indicaba su presencia en él. Era probable que solo habian atravesado Púcuaro, y que se habian alejado furtivamente, y sin conocimiento de los habitantes; pero ¿á dónde se habian dirijido? Era esta una cuestion que preocupaba, tanto á los guerrilleros mexicanos, como á los generales españoles, que atormentaba, sobre todo, á D. Ignacio Rayon. Deseoso de verificar su union con su hermano, aquel se ocupaba en explorar y mandar correos en todas direcciones en el Estado de San Luis Potosí, aunque inúlilmente, cuando Berrendo se encargó á su turno de descubrir el inaccesible retiro de la tropa que habia desaparecido de un modo tan singular. Esta mision dificil era la que lo conducia por el camino de Púcuaro, en donde lo hemos encontrado descubriendo las primeras ca sas del pueblo, y espoleando á su fatigado caballo, con el fin de llegar pronto y sin contratiempo.

Berrendo se alegraba ya de tocar al término de su viaje; mas las banderolas de un regimiento de lanceros españoles, el regimiento de Navarra, que distinguió

flotando á lo lejos en el llano, hicieron cambiar repentinamente el curso de sus pensamientos. Los lanceros se dirijian al punto por donde él iba, y en su calidad de insurgente, el ginete tenia excelentes motivos para no desear su encuentro. Se hallaba precisamente en un lugar del camino, en donde una enorme encina, cuyo tronco habian ahuecado los años, extendia sus inmensas ramas al pié de una cadena de rocas, cuya cima se ensanchaba gradualmente formando una elevada colina. El ginete pensó que un insurgente figuraria muy bien en una de las ramas de la encina, y esta reflexion aumentó su disgusto. Repentinamente observó Berrendo una yedra, casi tan vieja como la encina, que despues de haber cubierto un lado del tronco, caia formando una cortina, de un color verde oscuro, cuyos pliegues se adaptaban á las fragosidades de las rocas. Cediendo á una repentina inspiracion, echó pié á tierra, levantó la cortina de yedra y arrojó un grito de alegría: aquella cortina ocultaba la entrada de una gruta oscura, por la que podia pasar fácilmente un caballo. Estirar éste y arrojarse tras la cortina de yedra, fué para el ginete obra de un momento. Sin embargo, apenas estuvo en la gruta, cuando

Berrendo se arrepintió de haber buscado en ella un asilo. Unos ruidos terribles é inesplicables se escuchaban en lo interior del subterráneo. Mas allá del rayo de luz que dejaba filtrar el follage de yedra, una profunda oscuridad extendia ante sus pasos un velo impenetrable. Le parecia escuchar en el seno de aquellas espesas tinieblas, un ruido sordo como los de las alas de los grandes vampiros de algunos bosques de México, ó el resuello poderoso de algun gigantesco animal: colocado entre los peligros, el ginete permaneció inmóvil y poseido de la mayor angustia, esperando con viva impaciencia el momento en que podria abandonar la caverna.

Desgraciadamente aquel instante debia prolongarse por mas tiempo del que habia calculado. Los lanceros españoles habian hecho alto muy cerca de la encina, y el ginete oia el eco de las voces, que se mezclaba á los extraños rumores del subterráneo. Era como una amenaza por todos lados, que no le permitia avanzar en la gruta ni salir de ella. Una hora, verdaderamente mortal, pasó de esta manera, cuando el insurgente creyó escuchar un rugido ronco que, lo espantó de tal manera, que prefiriendo el enemigo la

carne y hueso, á los huéspedes terribles que parecia abrigar la gruta, se lanzó fuera de ella. El camino se hallaba libre, y Berrendo pudo continuar su viaje. En menos de dos horas llegó á Púcuaro, y solo entoncos creyó poder respirar con libertad; pero no contaba con otro encuentro.

Atravesando la calle principal de Púcuaro para dirijirse al *meson* en donde debia pasar la noche, el guerrillero distinguió en el umbral de una casita, separada de las demas por un estrecho jardin, á una jóven sentada en un *petate*, con las piernas cruzadas á la manera mexicana, y ocupada en torcer cigarros. Su cabeza, el óvalo gracioso de su rostro, así como sus hombros, se hallaban cuidadosamente *tapados* con un rebozo de algodon, de fondo blanco con listas azules. La jóven dirigió al ginete una rápida mirada, que éste no observó, y cuando comenzó á verla con atencion, tenia ella los ojos bajos. El ginete no pudo distinguir mas que dos bandas de cabellos negros, alisados sobre una frente tersa y pulida como el marfil. De los pliegues de su traje salian dos piés pequeños, sin medias y calzados con zapatos de raso negro, y el rebozo de la jóven dejaba descubiertas las manos pe-

queñas y blancas, cuyos dedos ágiles y afilados, torcian cigarros con mucha detreza y gracia.

—¡Vírgen santa! creo que voy á decir una porcion de cosas á esa preciosa muchacha.

Y como la timidez no parecia ser el defecto capital del ginete, se quitó el sombrero con la mayor cortesía, y tocó con las rodajas de sus espuelas de fierro la barriga de su corcel: éste, obediente á la rienda, concluyó casi en el umbral de la puerta, una de sus mas elegentes corvetas. Esta maniobra fué tan imprevista, y las manos del caballo llegaron tan cerca del lugar en donde estaba la jóven, que ésta no pudo contener un grito de espanto, é hizo un movimiento repentino. Deslizóse el rebozo de la cabeza á los hombros, y de éstos al petate. Entonces vió Berrendo un rostro encantador, y los contornos de sus hombros de una blancura deslumbradora; pero el que poco antes creia tener mil cosas que decir, no encontró una sola palabra que murmurar: quedóse, pues, deslumbrado y mudo. Solo recobró el uso de la palabra, cuando el rebozo, vivamente colocado en los hombros y en la cabeza de la hermosa mexi-

casa, ocultó de nuevo todo cuanto por un momento habia descubierto.

—Vd. dispense, señorita, exclamó el ginete, vd. dispense el susto que le he causado; pero extrangero en este pueblo, necesito saber si hay alguna posada, ¡y Dios permita que no la haya!

—¿Por qué? preguntó la jóven con una voz tan armoniosa como el canto del *cenzontle*, ruiseñor mexicano.

—Por que le suplicaria á vd. entonces que me concediera la hospitalidad.

—¡Sí! hé, dijo la jóven dirijiéndole una soverbia mirada. ¿Piensa vd. que está abierta nuestra casa para el primero que se presente? Ademas, de que hay una posada que no está mas que á dos pasos de distancia.

La jóven se levantó, despues de haber colocado en el rebozo los cigarros que habia torcido, y desapareció detras de la puerta de la casa, marchando con un garbo que hacia lucir su esbelto talle, y su bien formado cuerpo.

—¡*Caramba!* si no está D. Ramon en Pácuaro, creo que no lo encontraré jamas, pensó el jóven, porque nunca podré resolverme á abandonar el pueblo que encierra este tesoro de juventud y de belleza.

Y llegó al *meson* con el corazon turbado por aquel encuentro. Ya instalado en la posada, reflexionó que era preciso pensar en su mision; mas para llevarla á buen fin, tenia que tomar algunas medidas precautorias. Púcuaro no parecia estar por la independencia, y un cuerpo de ejército español, se hallaba acampado en las inmediaciones. Berrendo reflexionó por qué medios podria obtener los informes que deseaba, sin comprometerse, ni comprometer á D. Ramon.

Despues de una comida frugal en el *meson*, Berrendo no tuvo otra cosa mas urgente que buscar un pretexto, para volver á ver á la jóven de los cigarros. Pensó que tal vez podria confiarle el objeto de su mision. Dirijióse, pues, á la casa, que se hallaba á poca distancia de la posada. Todas las puertas se estaban cerradas desgraciadamente, y los ladridos de un perro, que habian dejado en lo interior, respondieron únicamente á los repetidos golpes dados á la puerta. Obligado á renunciar á su proyecto por aquel dia, Berrendo se dirijió á una *nevería*, con la esperanza de que entre los concurrentes á esos establecimientos, recogeria algunos informes que lo satisfaciesen. Era una tarde calurosa, así es que la nevería

estaba llena, y Berrendo se sentó, mas ocupado en escuchar lo que decian á su derredor, que en terminar el vaso de nieve canela que le habian servido. No fueron vanas sus esperanzas; hablaban de los negocios de la época, y muchas veces pronunciaban el nombre de D. Ramon Rayon, con cierta ironía, de un modo burlezco.

Un solo individuo, de los que se encontraban en la nevería, parecia completamente extraño á cuanto decian en su derredor: su traje en nada diferia del de los demas concurrentes; en cuanto á su fisonomía era dificil distinguirla en la parte interior de la nevería que se hallaba muy oscura, porque de su frente, apoyada en sus dos manos, colgababan largas mechas de cabellos, como las ramas de un sauce destrozadas por la tempestad, cubriendo á medias su rostro. De cuando en cuando Berrendo sorprendia unos ojos ardientes, fijos en él.

—¿Qué ha pasado por aquí D. Ramon? preguntó Berrendo á uno de los personajes que acababan de pronunciar el nombre del guerrillero.

Fingió sorprenderse con la noticia del paso de D. Ramon por Púcuaro. Antes que hubiesen contestado á Berrendo, el

desconocido fijó en él sus ojos con desden é ironía; en seguida se levantó, pagó el gasto que habia hecho y salió.

—Sin duda, respondieron á Berrendo, hay en la iglesia personas, que si quisieran, podrian decir lo que le ha sucedidó al *profanador de los sepulcros.*

¡Una profanacion! ¡Sepulcros violados! estas eran extrañas revelaciones para Berrendo. Quiso saber mas: le dijeron que podia dirijirse á los dependientes de la iglesia. A la caida de la tarde, Berrendo se encaminó á la iglesia, é iba á pasar el umbral, cuando una forma ligera y esbelta, pasó al lado de Berrendo, que no tuvo trabajo en reconocer á la jóven, en quien no habia cesado de pensar. Salia de la iglesia, y Berrendo se apresuró á presentarle con galantería agua bendita con los dedos, lanzándole una mirada apasionada y diciéndole en voz baja:

—¡Felices los ojos que ven dos veces en un dia á un ángel del cielo! y le doy las gracias por haber vuelto á encontrar á vd.

La jóven se ruborizó, y no contestó una palabra; pero una anciana que caminaba tras ella, se encargó de la respuesta.

—Esa es una felicidad muy egoista, dijo con áspero tono, por que es vd. el úni-

to que participa de ella. Siga vd. su camino, y déjese de decir mentira.

—Vd. dispense, señora, dijo Berrendo; ¿me daria vd. el gusto de darme algunos informes sobre D. Ramon Rayon?

—Váyase vd. y D. Ramon al infierno, contestó con viveza la anciana, llevándose á su hija: nosotras no tratamos con insurgentes.

Apenas la anciana habia pronunciado estas palabras, cuando la jóven se hallaba ya á lo lejos, y Berrendo sin desconcertarse, siguió con la vista á la encantadora mexicana, hasta el momento en que desapareció. Entonces reflexionó que debia tomar informes por otra parte, y el espectáculo que repentinamente se ofreció á su vista, no tardó en disipar sus amorosas visiones. Cuando penetró en aquel lugar santo, el crepúsculo no alumbraba mas que á medias el interior de la nave, de donde se exhalaba un hedor extraño y fétido. Avanzó, pues, y entonces comprendió fácilmente las alusiones de los concurrentes de la *nevería.* Las enormes losas de las sepulturas se hallaban levantadas, y arrojadas, unas enteras, y las otras rotas, cerca de los sepulcros que habian cubierto. Sin embargo, no comprendia bien el objeto de aquella profanacion,

y buscaba con la vista alguna persona á quien dirijirse para saberlo. La iglesia estaba desierta y sombría; aquellas sepulturas abiertas, en cuyo fondo no se atrevia á mirar Berrendo por el temor de encontrar monstruosos despojos, la hora avanzada y aquel olor incomprensible, todo le inspiraba un vago temor, que se tornó en una emocion muy diferente, cuando creyó ver levantarse del fondo de una de aquellas fosas una forma humana, ó mas bien la sombra de un muerto.

Berrendo no acostumbraba temblar delante de los vivos; tampoco temia á los muertos en un campo de batalla; pero bajo la impresion de las ideas, que entonces lo preocupaban, no pudo contener un movimienso de espanto, del que no tardó en avergonzarse, con tanta mas razon, cuanto que resonó en sus oidos una irónica carcajada. Adelantóse bruscamente hácia el individuo que se entregaba con tanta franqueza á su buen humor; la sombra se dibujó con mas claridad, y entonces reconoció á su vecino de la *nevería.* Su ojo único (era tuerto) brillaba con el fuego de la ironía, que Berrendo habia observado ya otra vez. Sus largos cabellos, orgullosamente arrojados detras de las orejas, dejaban descubierta una frente enér-

gica y un rostro de facciones muy marcadas; una boca y un ojo que descubrian la sagacidad, la calma y la firmeza; su tez se hallaba tan tostada, que podia dudarse si pertenecia la raza blanca. En una palabra, habia entre el hombre que Berrendo habia visto poco antes, y el que se le apareció repentinamente, el contraste asombroso del indio salvaje que no reconoce superior en la naturaleza, con el indio de las ciudades, embrutecido por la servidumbre.

—¿Y quién es vd? le preguntó el jóven colérico,

—Mire vd., en eso nos diferenciamos vd. y yo, respondió el desconocido con calma; vd. no sabe quién soy, y yo sí sé quién es vd.; un amigo de D. Ramon; y anda vd. buscando en vano su *pista.*

—¿Quién se lo ha dicho á vd? preguntó Berrendo con vivacidad, despechado al ver que tan bien habia adiviaado sus proyectos.

—Su indiferencia mal disimulada, para mí por lo menos, en sus preguntas respecto de D. Ramon, en la nevería. El desagrado que ahora se está descubriendo en su fisonomía, me hace creer que no he errado, y que ha venido vd. á esta iglesia, para ver á las personas de que le han ha-

blado, como las únicas que podian, si querian, decir á vd. en dónde se halla el individuo que anda vd. buscando. Esas gentes, son los muertos, cuyos sepulcros se han registrado. Pregúnteles vd. ahora, si es que comprende su mudo lenguaje: vd. que no ha sabido hacer hablar á los vivos.

Estas singulares palabras, pronunciadas con gravedad, introdujeron la duda en los pensamientos de Berrendo. No sabia si debia callar la verdad ó fiarse de aquel desconocido. Decidióse por lo segundo, y cuando confesó el objeto real de sus investigaciones, añadió:

—¿Y á vd. le han manifestado los muertos, lo que los vivos no han podido decirme?

—Sí, contestó el desconocido sonriéndose. Seria poco digno de la profesion que ejerzo y del nombre que llevo, si no supiera encontrar las huellas de los que busco mas que con el auxilio de las señales de los vivos en el terreno. Descienda vd. como lo hice yo, al fondo de estas sepulturas, y la mampostería recientemente raspada alrededor de estas osamentas, le indicará á vd. lo que vino á hacer aquí D. Ramon.

En efecto, el partidario en su entusias-

mo por suscitar enemigos á España, y con el fin de buscar los medios de destruirla, habia ido á buscar hasta aquellas bóvedas fúnebres el salitre producido por la humedad subterránea.

—Y bien, ¿eso le indicó á vd., preguntó Berrendo, en dónde está D. Ramon, y cómo pudo desaparecer tan misteriosamente con su tropa?

—Sin duda. ¿Qué es lo que con mas ansia debe procurarse ahora, puesto que no ha respetado el reposo de los muertos? Salitre para hacer pólvora y un asilo seguro.

Berrendo convino en la incontrastable realidad de aquella conjetura, en apariencia al menos.

—Ayer, añadió el desconocido, buscando en el campo alguna huella, por la que pudiese reconocer el paso de D. Ramon, al cual, sea dicho entre nosotros, llevó un mensaje de su hermano D. Ignacio, he oido rumores sordos, como los que se escuchan en la boca de un volcan; he visto en la falda de la colina elevarse una ligera nube de humo, y creí que aquellos rumores sordos, eran el eco de la marcha lejana de un cuerpo de caballería español que salia de Púcuaro. Atribuí el humo de la colina á la hoguera de algun

pastor invisible; pero las exploraciones hechas en los sepulcros me revelaron la verdad. Los rumores subterráneos son producidos por una reunion de hombres que debe cubrir la falda de la colina; el humo que tomé por el de la hoguera de un pastor, es el que se escapa por las hendiduras del terreno. Así, pues, D. Ramon debe estar ocupado en esa caverna en fabricar pólvora con el salitre que ha recogido; lo juraria, aunque no haya visto en la colina ninguna apariencia de indicacion subterránea, y la encontraré.

La sagacidad de aquel desconocido causó admiracion á Berrendo, porque el recuerdo de la caverna, cuya entrada le habia hecho descubrir el acaso, se le presentó inmediatamente á la memoria, al mismo tiempo que la admiracion, una viva simpatía se despertó en el corazon por el compañero del jóven que la casualidad le deparaba.

—¡A fé de caballero! exclamó Berrendo, presentando su mano al desconocido, me consideraria feliz con ser amigo de un hombre tal como vd.; mi nombre es Luciano Gamboa. ¿Cuál es el de vd?

—El mio es Andrés Tápia, para servir á vd., á pesar de que casi lo he olvidado. El que me dan ordinariamente es el de

Rastreador, aunque hablando con verdad, yo sé tan bien leer en el corazon del hombre sus mas secretos pensamientos, como encontrar en el terreno húmedo ó seco, en la yerba de los prados ó en el musgo de los bosques, las huellas que conservan. En seguida, como para dar á Berrendo una idea de su penetracion, añadió:

—¿Qué noticia tiene vd. que darme?

—Puedo anunciarle que sus conjeturas son verdaderas, á lo menos en cuanto á la existencia de una caverna cerca de aquí. La casualidad me ha hecho descubrirla esta mañana, y si vd. quiere, nos dirijirémos allá al momento.

—No, dijo Andrés, esta noche tengo que hacer aquí; pero mañana nos encontrarémos á caballo, á la salida de Púcharo.

Arreglado el lugar de reunion, los dos nuevos amigos se apretaron la mano y se separaron. Berrendo no tenia gana de dormir, y á fin de *matar* el tiempo, entró en una barbería. Ya se comprenderá fácilmente por qué Berrendo, á fin de adquirir mayores informes, entraba á que le rasurasen una barba que no tenia mas que ocho dias.

Mientras el barbero peinaba los negros bigotes del jóven viajero, éste dirijia envidiosas miradas á una guitarra que tenia

casi todas sus cuerdas, y que pendia de un clavo colocado en la pared.

—Maestro, le dijo, necesito esa vihuela esta noche, por unos instantes; ¿me hace vd. el gusto de prestármela, dejándole una prenda de mas valor, se entiende?

—¿Cuál? preguntó el barbero.

Berrendo señaló con el dedo su espada con puño de plata, primorosamente trabajado, despojo ópimo de un campo de batalla, y que al entrar habia colocado en una silla.

—Caballero, dijo el barbero, colocando la espada en el mismo lugar, se la presto á vd. con el mayor gusto, y sin que deje prenda alguna, sin embargo de que esta vihuela tiene para mí un precio inestimable.

Berrendo tomó el instrumento, lo ocultó bajo los pliegues de la capa, y salió de la barbería, prometiendo volver al dia siguiente.

II.

LA CAVERNA DE PUCUARO.

Aquella misma noche, eran cosa de las diez, todos los habitantes de Púcuaro dormian, con raras excepciones, y entre otras, con excepcion de la jóven torcedora y de su madre: la puerta estaba cerrada, así como las ventanas, y detras de las rejas de madera, se hallaban las dos mugeres, en uno de los cuartos de la casa, que caia á un jardin, plantado de granados y otros árboles frutales. Era fácil penetrar á aquel jardin, por una hilera de nopales, que se extendia por ambos lados del edificio, y por la parte de la calle.

En ausencia del jefe de la familia, marido de la anciana y padre de la jóven, que servia á la causa de la insurreccion, á las órdenes del general Terán, en el Estado de Oaxaca, las dos vivian con el módico producto de su trabajo de torcedoras; y si la anciana habia manifestado á Berrendo, que era para ella desconocido, tanto desprecio respecto de los insurgen-

tes, era una astucia, que empleaba por prudencia. La madre y la hija conversaban, trabajando en la preparacion de los productos de su industria. Creyendo que nadie la escuchaba, la madre decia á la hija:

—¡Qué tal, Luz! ¿hacia yo mal en decirte, que se atrae con mas seguridad á los hombres, con desdenes y altivez, que con el cebo de las sonrisas y de las miradas tiernas? Ahí tienes dos hombres que, en dos dias, han caido en las redes tendidas por el orgullo de tu porte, que no habian visto en tí más que una querida fácil, y entre los cuales puedes ahora escojer un marido.

—¿Cree vd., madre, dijo la jóven, que esos dos señores...:

—¿Qué si lo creo! no dependerá mas que de tí, ahora que están interesados los dos, por ese aire de pudor de que te aconsejé te armaras! Abandona á las feas que necesitan combatir la frialdad que inspiran, entusiasman los corazones, con ardientes miradas, déjales sus coqueterías, frases interrumpidas y sus provocativas sonrisas. Ahora, hija mia, los hombres nó aman ni estíman á las muchachas bonitas como tú, sino en razon de lo que ellas parecen apreciarse y estimarse á sí

mismas. Si tú quisieras, tendríamos dos guías, dos compañeros de viaje en lugar de uno, para escoltarnos hasta Tehuacan, en donde nos espera tu padre todos los dias. ¿No te parece que esos dos señoress, pueden poner á nuestro servicio un brazo vigoroso, y un corazon valiente?

—En efecto, parecen aguerridos y acostumbrados á los peligros de la guerra civil; ¿pero cómo me he de manejar? Si doy la preferencia á uno, se desalentará el otro, y en lugar de dos protectores, tendrémos solamente uno.

—Pues bien, hija mia, mostrándote fria con los dos, y haciéndoles esperar, que el mas valiente será el preferido, dándoles esperanzas, y desdeñándolos, alentando al que hayas despreciado, y despreciando al que hayas alentado, haciendo feliz al que quieras con tu eleccion.

—¡Ay madre! dijo Luz suspirando, esto le parece á vd. fácil, y á mí me parece imposible: si mi corazon habla en favor de uno de ellos, mis ojos y mi boca pueden decir lo contrario.

—Déjame trabajar á mí, y si no ha escojido tu corazon.... El jóven de esta tarde, con sus cejas negras y sus ojos vivos y brillantes....

—D. Andrés tiene mas fuego en el úni-

co ojo que le queda, que el jóven en sus dos pupilas, y la puñalada que lo privó del otro, ¿no habla en favor de su valor? Segun yo creo, es una cicatriz muy gloriosa.

—Es verdad, y parece que nada se escapa á aquel ojo penetrante. ¿No viste ayer cómo adivinó en el acto, que haciamos desde el fondo de nuestro corazon votos por el triunfo de la insurreccion?

—Su sagacidad y su valor, ¿no deben preservar de todo peligro á la muger que ame?

—¡Hum!.... esa prevision es un encanto en el amante, y un inconveniente en el marido.

En este punto de la conversacion se hallaban las dos mugeres, cuando los sonidos lejanos de una vihuela turbaron el silencio de la noche; en seguida una voz mas varonil que armoniosa, cantó en la desierta calle la copla siguiente:

Luz divina de los ojos
Que á mí me tienen cautivo;
Ven y verás los despojos
De mi corazon altivo....

—Los versos son galantes, dijo la vieja, y me parecen hechos expresamente para

tí. *Luz* es tu nombre, y tú eres quien lo inspiras; y es la voz del jóven de las negras cejas.

—Quisiera mejor que fuera la voz de Andrés, dijo Luz.

—¿Qué importa? Dá al uno tu corazon sin dejar de escuchar al otro.

Y las dos mugeres, esperaron la contestacion de los versos; pero el cantor tambien esperaba alguna señal de aprobacion á sus estancias amorosas, mas solo se le contestó con un profundo silencio. Sin embargo, no se dió por vencido, porque al cabo de algunos instantes se escuchó de nuevo la voz, y esta vez en el jardin, cuya cerca habia saltado el músico. Ahí, sin que pudiesen verlo, prosiguió imperturbablemente la cancion á que no habia tenido respuesta. Era Berrendo, quien no tenia bastantes versos originales para variar sus canciones; pero el verso no se concluyó, porque oyeron la hoja de una espada al salir de la vaina, y algunas palabras amenazantes, cambiadas entre dos interlocutores.

—¡Jesus! ¡van á pelearse! exclamó la vieja con espanto; han sacado las espadas: adios de nuestros protectores.

En cuanto á sacar la espada, Berrendo no podia hacerlo, porque recordará el lec-

tor que habia dejado su espada en prendas de la vihuela, y lo habia cojido desprevenido Andrés, que habiéndose ocultado antes que él en el jardin, habia escuchado casi toda la conversacion de que él y su rival habian sido objeto.

—¡Deténganse vdes. tres! exclamó la madre; mi hija no ha dado derecho á nadie para que se peleen por ella; pero sí, depende de vdes., que uno de los dos rivales la obtenga mas tarde.

Al oir tan inesperadas palabras, los dos hombres guardaron silencio. Acérquense vds. á la verja, añadió la vieja, porque van á recibir de una madre celosa del honor de su hija, la mayor prueba de confianza. Mi hija y yo tendrémos por infame al que no venga aquí con la espada envainada, y la paz en el corazon y en los lábios.

Tanto Andrés como Berrendo, se presentaron con sombrero en mano, en la zona luminosa que proyectaban por fuera de las verjas dos velas de sebo, el primero sin rencor y confiando en la tierna confesion que habia sorprendido en los lábios de la jóven; el segundo con la seguridad que tenia de su propio mérito. Entonces, la madre de Luz, mezcló con destreza las promesas de suavizar el génio

feroz de su hija y la tribulacion de una viuda y de una huérfana, lejos del cabeza de familia; hizo lucir tan bien á los ojos de los dos galanes la esperanza de la mas dulce recompensa, que cada uno de ellos, seguro de vencer á su rival, prometió acompañar á la madre y á la hija hasta el fin del mundo, sin romper los lazos, aún mal sujetos, de una reciente amistad; con el fin de no perder el fruto de tan buenas disposiciones, fijó la vieja el dia siguiente por la mañana, para marchar á Tehuacan; y en seguida cada uno se dirijió á su habitacion.

—Ya vez, Luz, dijo la madre triunfante, que todo depende de la manera de portarse, y que he soldado la cadena sobre dos corazones, de los que puedes disponer á tu gusto en lo de adelante.

Lo que decia la vieja era tan cierto, que al amanecer, segun habian convenido, Andrés y Berrendo caminaban hácia la caberna de Púcuaró tan pacíficamente, como si nada hubiese pasado la víspera desde su encuentro en la iglesia. Media hora despues, ataban sus caballos al tronco de la encina, que cubria la entrada de la gruta. La cortina de yedra flotaba tan intacta, al menos en apariencia, como cuando Berrendo la habia levantado la

víspera; pero á la vista perspicaz del rastreador, los ramilletes de hojas, aunque imperceptiblemente movidos, indicaban que el lienzo de verdura se habia levantado muchas veces para salir y entrar con frecuencia. Sin embargo, Berrendo, antes de penetrar en la caverna, cuyos extraños rumores le habian causado tal espanto, preguntó al rastreador si tenia alguna contraseña particular, diversa de la que á él le habian dado, porque hubiera sido imprudente despertar la desconfianza de los agentes de D. Ramon. Tápia lo tranquilizó sobre esé punto, y los dos penétraron resueltamente en la caverna; sin embargo, como ignoraban con quién tenian que habérselas, no avenzaron sino con circunspeccion.

Apenas habian dado algunos pasos á tientas, (porque la cortina de yedra interceptaba la luz del dia) cuando unos vagos rumores llegaron hasta sus oidos. Por vagos que fuesen tales rumores, se mezclaban á ellos voces humanas. Poco despues comprendieron los dos compañeros la causa del ruido. Al salir de un desfiladero que comunicaba con la parte mas extensa del subterráneo, se detuvieron ante un extraño espectáculo. La luz que producian unos hornos enormes, mostra-

ban bajo una cúpula inmensa de granito, elevadas y numerosas columnas formadas por la filtracion de las aguas. La luz del fuego alumbraba una multitud de hombres que iban y venian, unos chorros de metal incandescente que salian de los crisoles, y mas lejos unos caballos ensillados y enfrenados, y dispuestos para cualquier caso, estaban atados á las paredes.

—¿Qué le habia dicho á vd? exclamó el rastreador. ¿No es esta la *maestranza* de D. Ramon? No son ciertamente los españoles los que se ocultan en el seno de la tierra para fundir cañones. No puede ser mas que el hombre encarnizado en la lucha y bastante atrevido para ir á arrancar el salitre á las sepulturas de las iglesias.

A tal observacion nada habia que contestar. ¿No era esta la única manera de explicar la súbita desaparicion de D. Ramon Rayon y de su tropa? Los dos desconocidos se vieron inmediatamente rodeados de insurgentes, que se lanzaron á ellos.

—Condúzcannos vdes. á la presencia de D. Ramon, dijo Tápia.

—¡No conocemos á D. Romon! exclamó uno de los trabajadores.

—Y tampoco conocen vdes., á lo que

veo, á Andrés el rastreador, puesto que tratan de engañarlo. D. Ramon Rayon se alla aquí, y yo le traigo un mensaje del general D. Ignacio, respondió el rastreador sin conmoverse por la red que le tendian.

Un oficial atravesaba en aquel momento el círculo de luz que proyectaban las fraguas, y el rastreader exclamó:

—Señor D. Ramon, un mensajero de su hermano de vd. solicita hablar á usía.

—¿Quién es vd., amigo, que parece conocerme y á quien yo no conozco? dijo el oficial.

—Un hombre que sabria distinguir entre dos hermanos una semejanza, mas vaga aún que la de vd. con su hermano, contestó Andrés sonriéndose, y de cuya fidelidad no dudará vd. cuando le manifieste la mision que traigo, con una palabra que vd. solo debe escuchar.

El rastreador se inclinó al oido del oficial, y murmuró algunas palabras que nadie escuchó, pero que le causaron una penosa emocion.

—Está bien, dijo lacónicamente, este hombre es de los nuestros.

Aunque Berrendo conociese perfectamente á D. Ignacio, confesó que jamas habria reconocido á D. Ramon, por su

semejanza con su hermano, y esta circunstancia le dió mejor opinion de la sagacidad de Andrés.

Admitidos como mensajeros del general Rayon, los dos aventureros se pusieron al corriente de los sucesos que habian motivado la desaparicion súbita de D. Ramon. Un mes antes de aquella fecha, la caverna de Púcuaro no se hallaba habitada mas que por los huéspedes amigos de las tinieblas. La casualidad habia conducido á aquel retiro á uno de los soldados del comandante D. Ramon Rayon, y como Berrendo, aquel hombre habia retrocedido ante los espantosos rumores causados por los animales inmundos ó feroces. D. Ramon juzgó en el acto, cuando supo aquel descubrimiento, qué ventajosa seria para él la posesion de aquella caverna, en donde debia abundar el salitre que buscaba, y tomó las medidas necesarias para hacer practicables las salidas. Llegó él mismo acompañado de algunos de sus soldados, provistos de hachas de viento. Apenas traspuso el umbral, cuando una nube espesa de murciélagos, espantados con el brillo inusitado de las luces, se precipitaron sobre las antorchas y las apagaron; pero no tan pronto que no les hubiese permitido distinguir una maravillosa co-

lumnata de estaláctitas, formadas de nitro puro. Para personas que buscaban por todas partes las sustancias necesarias para la fabricacion de la pólvora, aquel era un favor de la Providencia. Sin embargo, la Providencia exijia que se respetasen aquellas pilastras naturales que sostenian sin duda la bóveda de la caverna, y D. Ramon se vió obligado á recurrir á otros medios. El suelo estaba lleno de estiércol y otras inmundicias; D. Ramon mandó echar brea y azufre, y prenderle fuego. Durante quince dias consecutivos, las llamas devoraron en la gruta todos los huéspedes que abrigaban, y cuando se apagó el incendio, el ingenioso partidario se encontró dueño de una guarida inaccesible, en donde podian acampar fácilmente dos mil hombres, cuyo terreno, saturado de salitre, le produjo abundantemente los primeros elementos de la pólvora. Se habian establecido allí cuatro fraguas, que trabajaban con la mayor actividad; en el momento en que nuevos recursos parecian salir del seno de la tierra, fué cuando los dos aventureros penetraron en la caverna. D. Ramon hizo vanos esfuerzos para detener á su servicio, primero á Andrés y despues á Berrendo; pero ni uno ni otro quisieron consentir. Pretestaron, para re-

husar sus ofrecimientos, órdenes del general D. Ignacio, que los obligaban á volver á su lado.

El sol iba á la mitad de su carrera, cuando volvieron á Púcnaro, lo que les permitió consagrar el resto del dia á los preparativos del viaje. Andrés y Berrendo, tenian por casualidad bien provistos sus bolsillos, y sin comunicarse sus proyectos, los dos se encontraron al dia siguiente delante de la casa de la vieja con dos caballos ensillados, que habian comprado, uno para la madre y otro para la hija. Era una galantería, de que la vieja no pareció quejarse. En cuanto á la segunda, á despecho de sus esfuerzos para conformarse á las lecciones de su madre, conservó una actitud altiva y desdeñosa; sus encendidas mejillas, y sus ojos en que se pintaba el amor y la languidez, no dejaban adivinar en ella sino muy poca aptitud para el papel que se le imponia. Al ver los cuatro caballos que los dos galanes habian conducido, la madre de Luz le dirijió una mirada de triunfo; pero la pobre niña avergonzada al comprender su significado, no contestó mas, que cubriéndose el rostro con el rebozo para ocultar el rubor de su frente, como la flor de la mimosa púdica, cierra sus pé-

talos á un áspero contacto. El rastreador examinaba aquella muda escena, sin parecer observarla; pero aun cuando no hubiese sorprendido los sentimientos secretos de la madre y la hija, las disposiciones de Luz no se habrian escapado á la penetracion de sus miradas.

De los cuatro caballos disponibles, se eligieron dos para que sirviesen cuando se cansaran los primeros durante el camino, y las mugeres montaron en ellos con auxilio de los galanes. Dirijiéndose en seguida la vieja á los dos, les dijo:

—Caballeros, vdes. son responsables ahora de la vida y del honor de dos mugeres.

—Ojalá y el primer precipicio te trague, condenada bruja; dijo Berrendo en voz baja, retorciéndose los bigotes.

Y la comitiva se puso en marcha para Tehuacan.

III.

EL SEGADOR NOCTURNO.

Tehuacan está situado en el Estado de Oaxaca, Púcuaro en el de Valladolid, y no era entonces la empresa fácil, atravesar acompañado de mugeres ó con un cargamento de mercancías, la distancia de mas de doscientas leguas, que separa ambas poblaciones. Era un viaje largo y peligroso. Ademas del riesgo que corria todo ginete armado, de que tratasen los españoles como insurgente, es decir, que lo ahorcasen, sin mas forma de proceso del primer árbol que se encontrase en el camino, los viajeros pacíficos, los arrieros y los comerciantes, se hallaban sometidos á mil tribulaciones. La provincia de Oaxaca, sobre todo, á causa de su comercio con Puebla y con otras poblaciones, sufria mas en aquella época que cualquiera otra provincia. La conduccion de los convoyes, servia de pretexto á los comandantes españoles para cometer toda clase de abusos, odiosísimos. Cada pueblo, cada

fuerte se hallaba sometido al pago de piajes. No solo se satisfacian, segun el capricho de los jefes, enormes cantidades, sino parecia que habian resucitado los antiguos derechos feudales: los comandantes exijen en su provecho y en el de sus soldados un odioso tributo sobre las desgraciadas mugeres que se aproximaban á sus residencias.

Los viajeros debieron resignarse muchas veces á rodear camino, para evitar el paso por los puntos ocupados por los españoles, y sin la sagacidad de Andrés, es probable que no hubieran podido llellegar á los confines del Estado de Oaxaca. Allí era donde debian presentarse las jornadas mas peligrosas; felizmente, el rastreador, nativo de aquel Estado, conocia todas las veredas de los bosques y de las montañas, y aquel conocimiento práctico era de tal naturaleza, que evitó los nuevos peligros que amenazaban á la comitiva. Durante el camino, la vieja maniobró muy hábilmente con los galanes; alentaba sucesivamente sus esperanzas. Incapaz de poner en práctica las lecciones de su madre, Luz habia recobrado el porte modesto y reservado que era natural, y si Andrés no hubiese conocido el fondo de su corazon, nada en sus maneras para

con él habria descubierto la pasion de que era objeto. La timidez de la jóven produjo mejores resultados, que la mas refinada coquetería; el entusiasmo de los dos amantes habia aumentado, y nada podia quitar á Berrendo la esperanza de triunfar de su rival. Nó habia cesado de reinar la mas completa armonía entre los viajeros, cuando dos circunstancias extraordinarias decidieron de la suerte de Andrés y prepararon el terrible deseñlace de la tierna novela, cuyo prólogo habia comenzado en Púcuaro.

Para mayor seguridad, la comitiva solo caminaba de noche. Ordinariamente las jornadas comenzaban al anochecer y terminaban al alba, y el sol al salir, encontraba á los viajeros ocultos en alguna cabaña aislada, en el centro de un bosquecillo, ó en alguna soledad, lejos de todo tránsito. Una tarde, que debia ser la última, antes de llegar á Tehuacan, los sorprendió la noche en la habitacion de un indio zapoteco, dieron á los caballos su racion de maiz, y no esperaban mas que la cena para ponerse en camino, Andrés y Berrendo hacian fuera los últimos preparativos de marcha, cuando llegó la madre de Luz muy espantada, á suplicarles, que á pesar de hallarse tan cerca de

Tehuácan, retardasen la marcha hasta el dia siguiente por la mañana.

—¿Por qué? preguntó el rastreador sorprendido.

—¿Por qué? dijo la vieja persignándose. El indio, dueño de esta casa, vió anoche al *segador nocturno*, y dice que lo encontrarémos sin duda segando los campos de alfalfa, á la luz de la luna, con sus enormes tijeras. ¡Dios mio! solo su vista me mataria de espanto, dijo la vieja azorada.

—Pues bien, aun cuando lo véamos, dijo Andrés, el segador nocturno no hace mal á nadie. Al contrario, el viajero cuyo caballo llega cansado, encuentra cortada la alfalfa. Así es, que no hay el menor peligro, y los encuentros á la luz del dia, pueden ser mas terribles que los nocturnos; de dia no respondo de vdes.

Esta consideracion decidió á los viajeros que emprendieran el camino de la última jornada. La creencia del *segador nocturno*, es una de las viejas supersticiones acreditadas en el Estado de Oaxaca. Se refiere que al principio de la conquista, que fué deshonrada con tantas crueldades, un caballero español, que se habia hecho célebre por su ferocidad con los indios, encontró á uno segando la alfalfa. El caballero montaba un caballo fogoso,

al que llevaba al galope, y pasando al lado del segador, exclamó:

—Amigo, ¿á qué hora llegaré á este paso á Oaxaca?

—A ninguna, contestó el indio.

En efecto, á corta distancia el caballo espiró de cansancio y de fatiga. El español que no habia comprendido que el indio queria decir, que no llegaria nunca en aquel caballo, forzándolo de aquella manera, creyó que habia echizado al caballo, y volvió atravesando al indio con su espada. Este último asesinato, colmó las iniquidades del español, que desapareció en aquella misma noche, condenado, dicen los indios, á fin de espantar á los que los maltratasen, á segar eternamente la alfalfa de los campos.

Por espacio de una hora de una marcha silenciosa, los dos galanes saborearon con delicias, ademas de la embriaguez que producen las noches serenas de los hermosos climas, el inefable placer de velar sobre la persona amada. Ligeramente inclinada sobre el pescuezo del caballo, pálida con las fatigas del viaje, y cuidadosamente envuelta en su rebozo, como la flor del cytramonio, que cierra su cáliz durante la noche, Luz parecia mas melancólica que de costumbre. Semejan-

te á ciertas flores, cuyo talle hace indicar la tempestad, parecia tener cierto presentimiento de que su suerte iba á decidirse aquella noche. En fin, al cabo de dos horas, la comitiva dejó los senderos ocultos que los viajeros habian seguido para evitar la oficina del peaje, y tomaron el camino real que conduce á Tehuacan. Algunas hogueras diseminadas en un inmenso valle, brillaban á lo lejos, y los viajeros pudieron distinguir á pocos momentos, muchos hombres que iban y venian afanosamente; varias mulas, atadas de las manos, saltaban á la luz de las hogueras, que iluminaban un campo en que habia esparcidos por todas partes innumerables tercios de mercancías. Reconociendo en aquellos indicios que los que acampaban en aquel punto eran arrieros, los viajeros se aproximaron á ellos con precaucion, para preguntarles sobre el estado del camino hasta Tehuacan, en el caso de que hubiesen salido de allí en la misma mañana. Una parte de aquellos hombres se hallaban ocupados en remendar los tercios, cuya mayor parte habian sido destripados á cuchilladas, y cubrian el llano, dejando ver su contenido. Habia entre aquellos hombres uno, sobre todo, que dirijia á los tercios destrozados unas

miradas desesperadas; debia ser el dueño de la *récua.*

—¿Viene vd. de Tehuacan, patron? preguntó el rastreador.

—¡Demonio! exclamó, ¡ojalá y viniese de allí! el valiente general Terán no me hubiera robado como....

—Hable vd. sin temor; como esos realistas, nuestros enemigos.

—Como esos bandidos de Samaniego y de La Madrid, concluyó el arriero, que no contentos con haberme hecho pagar cinco pesos por cada mula, lo que me va á decir doscientos pesos de pérdida, creyeron conveniente tomar de estos tercios una muestra de los géneros que encierran. Estoy arruinado, y todo por la avaricia de esos dos ladrones españoles, que el infierno confunda.

Y el pobre hombre comenzó á suspirar y gemir, interrumpiéndose de cuando en cuando para exclamar con los puños cerrados: ¡Ojalá y el cielo me enviase dos ó tres ladrones de camino real, ó algunos oficiales ó soldados que me vengasen de esos bribones.

Apenas acababa de formular aquel deseo de venganza, cuando se oyó un tiro, y en seguida otro, cuya breve explosion anunciaba un pistoletazo.

—¿Qué es eso? dijo el arriero.

—Pistoletazos, contestó Berrendo, y mire vd., precisamente el cielo le envia á vd. un dragon español para que cumpla la venganza.

El arriero no pareció quedar muy satisfecho al ver realizados sus deseos. Caballeros, dijo, ¿dejarán vdes. degollar á un hombre arruinado?

Los dos amigos desenvainaron sus espadas al acercarse el soldado; pero en el acto las envainaron. El ginete vacilaba en la silla, con la cabeza hecha pedazos, y solo el caballo lo conducia. Al pasar junto á nuestros viajeros, cayó el dragon como una masa inerte, y no volvió á moverse. Berrendo se apoderó del caballo.

—Tómelo vd., dijo al arriero; será una pequeña indemnizacion.

—¡Dios me libre! respondió el arriero.

El rastreador, con la mano sobre su ojo único, como para concentrar el rayo visual, miraba á lo lejos. La oscuridad le impedia ver; pero las tinieblas no obstruian en manera alguna su inteligencia.

—Esos dos pistoletazos, dijo, tuvieron el mismo sonido: las pistolas con que se ha dado fuego, han sido cargadas por la misma mano y con igual medida de pólvora; y la misma persona ha disparado

los dos tiros. Esos ginetes, porque veo muchos, tienen armas de fuego; el desgraciado que acaba de caer ahí, tiene dos pistolas en las pistoleras. No oigo mas que el ruido de las espadas; es que evidentemente quieren coger vivo á algun hombre, y tratan de desarmarlo sin herirlo. Oigo que pide auxilio; es un extrangero....

El oido de Berrendo no era tan fino como el de Andrés. No oia ni el ruido de las espadas, ni los gritos del hombre á quien atacaban, y vacilaba sobre lo que debia hacer, cuando Andrés se lanzó al galope en direccion al lugar en que se eschuchaba el ruido mientras que Luz permanecia inmóvil y pálida como una estatua de mármol. Berrendo, deseoso de distinguirse á su turno á los ojos de su querida, iba á seguir á Andrés, cuando los gritos de la vieja lo hicieron detenerse:

—¡Vírgen Santísima! exclamó, ¿va vd. á dejarnos solas?

Quedóse, pues, Berrendo, mientras el extrangero continuaba pidiendo auxilio, con una voz que sus agresores se esforzaban en sufocar. Andrés azusó su caballo, cuya rápida marcha, felizmente no podia escucharse en aquel terreno arenoso. Sin que lo sintiesen, pudo distinguir á tres

dragones inclinados sobre un hombre tirado en el suelo, al que habian amarrado y querian ponerle una mordaza. Repentinamente cayó sobre ellos; era ya demasiado tarde cuando trataron de ponerse á la defensiva. Eran tres dragones españoles, y esta razon bastó á Andrés para no indagar si tenian razon ó nó; solo vió á unos enemigos, y á un pobre diablo que sucumbia bajo el número; con dos pistoletazos echó abajo á dos agresores, disponiéndose á luchar con el otro; pero sea que el español conociese que sostenia una mala causa, sea que fuese naturalmente enemigo de toda explicacion, se lanzó á toda prisa á su caballo, y maniobró con tal prontitud, que en un momento se perdió de vista.

Habiendo quedado dueño del campo, se apresuró á librar al extrangero de los lazos que lo sujetaban; su caballo yacía en el suelo, atravesado de una cuchillada, como un toro en la plaza, despues del golpe del matador. Apoderándose del caballo de uno de los dragones, Andrés lo entregó al extrangero, que montó en él al instante. Cuando ambos volvieron, Luz murmuraba una ferviente oracion de accion de gracias. A pesar de sus deseos de venganza, el arriero temblaba por ha-

berlos visto realizados, y era tal aun en aquella época el terror que el nombre español infundia á la mayor parte de los criollos, que los arrieros no concebian cómo era posible que se hubiese tenido el atrevimiento de atacar á los soldados del virey. El dueño del atajo, suplicó, pues, á los viajeros, que se alejasen lo mas pronto posible por temor de que lo acusasen de complicidad con ellos, y supuesto que no podia darles ninguno de los informes que deseaban, y Andrés no tuvo inconveniente en acceder á los ruegos de aquel cobarde, dispuesto á deponer contra él, mas bien que á darle gracias por haberlo vengado. Lanzó, pues, su caballo, y al instante lo siguieron sus compañeros, á los que se habia unido el extrangero. Este era inglés, y se llamaba Robinson.—Gracías, le dijo á Andrés; ha hecho vd. á la causa de la independencia de su país y al general Terán, un servicio mas importante de lo que vd. puede imaginarse.

Despues de estos agradecimientos, formulados en términos misteriosos, el extrangero guardó un imperturbable silencio. A algunas leguas de distancia, la comitiva, á la luz de la luna, iba á distinguir, en fin, las casas de Tehuacan, cuando el rastreador mostró con el dedo

á sus compañeros, un espectáculo que los hizo estremecer de terror.

En un campo inmediato al camino, en medio de una espesa alfombra de alfalfa, sobre la que la luna proyectaba la sombra de algunos olivos de pálido follage, un hombre inclinado en el suelo, segaba silenciosamente, ó parecia segar la alfalfa del campo. Un fieltro gris, con la falda levantada, adornado con una larga pluma, ocultaba sus facciones; una camisa con mangas muy anchas, un pantalon corto, sujeto á la cintura, daban al segador la apariencia de los antiguos retratos del tiempo de la conquista, que nos ha dejado el pintor españal Murillo. La alfalfa ocultaba sus piés, y no podia verse si como los personajes de aquellos retratos, se hallaba calzado con borceguies de cuero de Córdoba. Todos los viajeros se hallaban muy conmovidos, para observar fácilmente la singular aparicion del segador nocturno. La luna hacia relucir entre sus manos las dos hojas de las enormes tijeras, que se abrian y cerraban sin ruido; en seguida, cuando un monton de alfalfa caia á sus piés, el hombre parecia registrar en su bolsillo, y con su mano abierta describía en el aire á su derredor un medio círculo misterioso; en seguida tomaba

sus tijeras, y la alfalfa cortada de nuevo, cubria la tierra á sus piés.

A la luz de la luna pudo verse al rastreador que se ponia pálido, bajo la máscara bronceada de su rostro; pero sus narices abiertas y el fuego de su ojo indicaban, que si el temor se apoderaba de él, no era con detrimento de su infatigable sagacidad: aquel momento de aparente duda, lo empleaba en adivinar la naturaleza del segador nocturno y el motivo que lo hacia obrar de aquella manera.

—¡Jesus! ¡el segador nocturno! dijo la vieja en voz baja.

¡Oh! dijo el inglés que no comprendia el sentido de aquellas palabras.

El rastreador sacudió la cabeza y no contestó; á pocos momentos hizo una señal á sus compañeros para que permaneciesen inmóviles, se deslizó de la silla del caballo al suelo, sin hacer el menor ruido, y arrojó las riendas de su caballo á Berrendo.

—¿Qué va vd. hacer? le preguntó Luz espantada.

—¡Chit! dijo, lanzándole una mirada, que probaba que la vista de un sér sobre natural no le causaba el menor susto, y se inclinó entre los arbustos del camino, hasta el momento en que se encontró en

línea paralela con el segador. Formaba el camino una barranca, y sus dos bordes se hallaban precisamente á la altura de la cabeza de los viajeros. De esta manera podian ver casi todo lo que pasaba en el talus, sin resortes, empleando para ello algunas precauciones.

Mientras Andrés se detenia detras de los arbustos, y lo consideraba con aquel ojo, á cuya penetracion nada se escapaba, el segador interrumpia de nuevo su obra para extender la mano sobre la yerba que habia cortado. Entonces pudo escucharlo, que entonaba en voz baja una cancion sorda y misteriosa, cuya letra era *inteligible*; probablemete alguna cancion del otro mundo.

Repentinamente desapareció Andrés: al mismo tiempo la sombra y el tronco de un olivo ocultaban al segador. La luna no alumbraba mas que el campo de alfalfa, desierto y casi segado.

El inglés, que no estaba al corriente de la leyenda, esperaba impasible la vuelta de Andrés, cuando éste llegó con paso grave y medido, y tomó la brida de su caballo.

—He hecho mal en no llevar mi carabina; sabria en este instante á qué atenerme.

—¿De qué sirven las balas contra las fantasmas? preguntó Berrendo en voz baja. ¿No vió vd. cómo desaparecio, á pesar de todas las precanciones y habilidad de vd?

—Si yo tuviera tiempo, sabria, aunque fuera un espíritu del aire, seguir su rastro; pero estarse aquí, seria exponerse á naufragar en el puerto, porque ahora mismo vamos á ver brillar la luna en los campanarios de Tehuacan.

Andrés montó su caballo, y los viajeros prosiguieron su camino á paso violento, para ganar los momentos perdidos. El rastreador guardaba silencio, y parecia profundamente absorto.

¿Qué no cree vd. en el segador nocturno? preguntó Luz, iuterrumpiendo sus meditaciones.

—Es un segador de carne y hueso como nosotros; los caballos no se han espantado al verlo, como dicen que hacen los animales al aspecto de un habitante de un mundo diferente del nuestro. Pero ¿qué hacia allí?

—¡Vaya! ¡segaba! contestó Berrendo; cumplia su eterna expiacion. ¿No ha notado vd. su sombrero, con aquella pluma á la moda española de hace trescientos años?

—Es que representa un papel, le digo á vd., y cuando se desempeña un papel cualquiera, se busca siempre el traje adecuado; pero ¿por qué representa esa comedia? esa es mi pregunta. Un verdadero segador indio no se hubiera puesto ese sombrero con plumas, aun cuando hubiese escojido esta hora de la noche; éste, pues, tiene interes en engañar ó espantar á alguno, continuó Andrés: en seguida, sublevándose con el orgulloso conocimiento de su penetracion, contra un obstáculo, en apariencia invencible.—Yo sabré, exclamó, lo que hacia ese hombre ó fantasma. Dentro de una hora estarán vdes. con seguridad en Tehuacan; yo llegaré dos horas despues.

Y sordo á las observaciones de las dos mugeres y de Berrendo, que creia ver en el segador nocturno una aparicion sobrenatural, Andrés se volvió por el mismo camino al galope, y no tardó en desaparecer por segunda vez, como los caballeros errantes, que orgullosos de probar su valor indomable á los ojos de su damas, se lanzaban sin vacilar á las mas teribles aventuras.

Berrendo, el inglés Robinson y las dos mugeres, se hallaban á corta distancia de Tehuacan; iban á encontrarse en seguida,

Cuando cosa de veinte hombres á caballo que salian de la poblacion, les cerró el camino. La luz del dia iba á aparecer, y la barcina que cada ginete llevaba, indicaba que iban á proverse de forraje: tal era, en efecto, su mision. El jefe del destacamento interrogó á los viajeros. El caballo del dragon español, que montaba el inglés, confirmó á los ojos del oficial la exactitud de los informes que le dió Berrendo en respuesta á sus preguntas.

Despues de aquel encuentro, no tardó la comitiva en llegar á las primeras casas de Tehuacan, en donde la dejaré un instante, para decir qué era el viajero inglés, y seguirlo á la casa del general Terán. William Robinson era dueño de un cargamento considerable de armas que se hallaba á bordo de una goleta, anclada en la barra de Goatzacoalços. Decidido á terminar un contrato de venta del precioso cargamento de su navío, con el primer comprador que se presentase, realista ó insurgente, el inglés habia caido entre las manos de un comandante español, que escuchó las proposiciones de un arreglo, primero al contado, despues á plazo. El comandante imaginó un medio mas ventajoso para él: habia proyectado quedarse con las armas del cargamento,

sin pagarlas. La primera cláusula del contrato hizo sonreir al inglés, la segunda le causó alguna inquietud; y en fin, protestó con todas sus fuerzas contra la tercera. Como probablemente han de trascurrir muchos siglos, antes que la razon del mas fuerte deje de ser la mejor, el español notificó perentoriamente al inglés que no recobraria su libertad, sino haciéndole una cesion en forma de su cargamento. Despues de haberle dicho que debia considerarse feliz al conservar la goleta que lo conducia, el comandante del puerto, Villegas, puso preso al malaventurado comerciante. Disgustado éste de los realistas, pensó en Terán, y corrompió á los que lo custodiaban, ó mas bien los pícaros fingieron dejarse corromper; y despues de alejarse del punto, como habian recibido adelantada la suma estipulada por la evasion del prisionero, quisieron de nuevo conducir al inglés en su prision, y lo habrian logrado sin la feliz intervencion de Andrés.

A pesar de su elevacion y de su creciente fortuna, el general Terán era accesible á todas horas, tanto del dia como de la noche. El inglés no empleó mas que el tiempo necesario para colocar á su caballo en la caballeriza, tomar un bocado, y

en el momento en que los clarines tocaban diana, se presentó en la casa del general. Inmediatamente fué introducido á su presencia, y se encontró en frente de un jóven, cuyo rostro distinguido, descubria á la luz, afabilidad y una viva inteligencia. Era el general insurgente D. Manuel de Mier y Terán; estaba sentado delante de una mesa cargada de papeles y cartas geográficas, porque el trabajo del dia ya habia comenzado. El jefe insurgente podia entonces disponer de algunos fondos, y acojió con alegría la proposicion de Robinson, que ofrecia cederle su precioso cargamento. Hallábase ocupado en discutir con el negociante las cláusulas del contrato, cuando se escuchó un ruido extraño en la plaza en donde los primeros rayos del sol alumbraban á dos regimientos acampados en ella por falta de cuartel. El general se aproximó á la ventana para ver cuál podia ser la causa de aquel rumor.

—¡Ah! dijo, son nuestros forrajeros que vuelven mas cargados que ayer; y ¿qué quiere ese hombre?

—Ese hombre, respondió el inglés, es Andrés Tápia, el rastreador. Fué el que me arrancó valerosamente de las manos de los españoles, y si gracias á las armas

que yo traigo concluye la independencia será á ese hombre á quien lo deba V. E.

Andrés gesticulaba y hablaba con mucha animacion; mas á sus palabras contestaban con carcajadas.

-Si se dignase V. E. en escucharlo, exclamó Robinson, estoy seguro de que seria de su opinion.

—Véamos, dijo el general, dando órden para que condujesen á Andrés á su presencia.

Este, dirijiéndose á Terán, le dijo:

-Mande V. E. que se queme al instante todo el forraje que acaban de traer esos soldados.

—¿Por qué?

—Porque nuestros enemigos emplean toda clase de armas contra nosotros, y se han aprovechado de una preocupacion generalmente acreditada en nuestro país, para envenenar los forrajes, que se dicen cortados por el segador nocturno, que no se sospecha quién es. Esos forrajes nos costarán, lo afirmo, los caballos de un regimiento.

Andrés parecia muy seguro de lo que afirmaba. El general ordenó que se guardase provisionalmente el forraje, dema siado escaso para sacrificarlo ligeramente,

hasta que se le hubiera dado á cenar á un caballo inútil, lo que al momento se ejecutó.

—Así, dijo Berrendo á Andrés cuando estuvieron solos, ese segador nocturno....

—No era mas que un pícaro, que desempeñaba el papel que se le habia designado, pero incapaz de luchar conmigo.

—¿Y le confesó á vd. que el forraje estaba envenenado?

—No me dijo una sola palabra; conversamos del buen tiempo y de las últimas lluvias, respondió Andrés, concluyendo de desensillar su caballo.

—¿Y eso fué bastante?

—Ya lo creo; he adivinado el pensamiento de muchas personas, con menos palabras de las que él me dijo. Pude observarlo por algun tiempo sin que me viese, y cuando me acerqué ya sabia á qué atenerme: "Amigo, le dije, me han enviado de extraordinario al comandante Villegas, para un mensaje importante; mi caballo está rendido de fatiga, y con un poco de alfalfa que me deje vd. tomar recobrará las fuerzas, porque de otro modo no será posible que llegue esta noche, y se perderá el fruto." Yo habia previsto la respuesta: el segador me dijo que mi caballo llegaria mucho mas pronto si co-

mia en otra parte.... porque.... la alfalfa estaba verde, y húmeda con el rocío de la noche. Está bien, le respondí; me llevo el sombrero de un nécio. Diciendo estas palabras le quité su sombrero de máscara, y aun no volvia de su asombro, cuando ya yo galopaba para alcanzar á vdes. y convencerlos de que el segador nocturno no es mas que un hombre pagado para envenenar la alfalfa de los campos inmediatos á los puntos ocupados por los insurgentes. De aquí á media hora irémos á ver en qué estado se encuentra el caballo que ha tomado su racion de alfalfa.

El resultado confirmó de todo punto el dicho del rastreador. El pobre animal no tardó en espirar en medio de las mas horribles convulsiones causadas por el veneno, y una inmensa hoguera consumió bien pronto, en la plaza, hasta la última rama de alfalfa, que sin la intervencion de Andrés, habria sido tan fatal á la caballería de Terán.

IV.

LA PLAYA-VICENTE.

Habiendo llegado á Tehuacan, despues de mil peligros, Andrés y Berrendo, se habian complacido de que continuarian en paz la lucha cortez, cuyo premio debia ser Luz. Menos de ocho dias, despues de su llegada á Tehuacan, los encontramos á los dos cavalgando á cosa de sesenta leguas de distancia, en los límites del Estado de Oaxaca y de el de Veracruz.

La estacion de aguas habia comenzado, y el país que atrevesaban ofrecia el aspecto mas triste y el mas extraño. Del cerro Rabon, uno de los puntos mas elevados de la Sierra-Madre, corren muchos riachuelos, que no tardan en reunirse en una masa que vuelve á dividirse en doce rios distintos; el rio de Playa-Vicente, ocupa uno de los primeros lugares de aquella magnífica reunion de rios. Siendo el lecho de aquellas corrientes demasiado estrecho para contenerlas, las aguas

desbordadas habian trasformado el país en un lago inmenso de aguas turbias, del cual salian como navíos anclados, los campanarios de las haciendas inundadas.

En medio de estrechos pedazos de terrenos anegados, parecidos á esas calzadas abiertas en un inmenso lago, los caballos de los dos aventureros no avanzaban sino con mucho trabajo, y penetrando en el fango hasta el encuentro. A media legua de distancia marchaba un cuerpo de ejército, compuesto de cosa de cuatrocientos hombres, á los que nuestros dos amigos servian de guías; era la expedicion mandada por el general Terán, en persona, que se dirijia á la Playa-Vicente, y en seguida á la barra del rio de Goatzacoalcos, á fin de apoderarse del cargamento de armas, que el general habia comprado á Robinson. Los dos esploradores, Andrés sobre todo, descubrian en su fisonomía un abatimiento melancólico, que justificaban el aspecto de los lugares y las circunstancias desastrosas, en medio de las cuales se encontraban.

—¡Dios permita que mis previsiones no se realicen! dijo Andrés, dirijiendo sus ojos hácia el campo inundado, y que no nos suceda lo que al caballo del español, que por haber caminado aceleradamente

no pudo conducir á su ginete al término de su viaje.

—Mucho me lo temo, contestó tristemente Berrendo.

—Me hallaba en un país desconsolado, continuó el rastreador; en vano se lo he representado al general, y sin embargo, si equivocase yo el camino, si yo dejase algun enemigo á nuestro lado, sin descubrir sus tentativas, será un deshonor, al cual no podré sobrevivir. Si á lo menos hubiera retardado la expedicion, hasta pasado el tiempo de aguas.

—Es culpa de vd. si nos ha tomado por guías á pesar nuestro, contestó Berrendo; si no hubiéramos marchado la noche en que quisimos quedarnos en el jacal del indio, por temor de encontrar al segador nocturno, no hubiera vd. hecho al general el eminente servicio de salvar una parte de su caballería; no le habria vd. hecho el servicio mayor aún, de impedir que un cargamento de armas cayese en poder de los españoles. Entonces S. E. no hubiera conocido la sagacidad de vd., así como su valor.... y sin embargo, habriamos evitado.... Pero á propósito, continuó Berrendo, como si le hubiese ocurrido una súbita idea, ciertamente tengo yo algun mérito; sin embargo, no

he tenido la dicha de hacer á su S. E. el menor servicio, ¿por qué, pues, se dignó manifestarme, que si queria acompañar á vd., estaba en libertad para hacerlo, ó si queria yo podia permanecer en Tehuacan?

—Amigo, contestó gravemente el rastreador, la lealtad de vd. se hubiera lastimado por un combate con armas desiguales; permanecer solo en Tehuacan, al lado de Luz, le habria dado á vd. la misma ventaja sobre mí. He querido igualar las probabilidades, y gracias á mi urgente solicitud, obligaron á vd. á que me acompañase en esta expedicion, en calidad de segundo guía.

—Hay entre nosotros una maravillosa simpatía, contestó con no menos gravedad Berrendo. Sepa vd. que si no hubiera yo elevado hasta las nubes delante del general el incomparable mérito de vd., como guía, es mas que probable que á esta hora estaria vd. aún en Tehuacan.

Despues de haberse confiado sus ideas, los dos rivales guardaron silencio, pero sus miradas se habian cruzado, y acababan de lanzarse, un salvaje desafio. Se hallaban todavía bajo la impresion de sus mútuas confidencias, cuando llegaron á un punto en que el camino seguia en declive y se dirijia á un llano, ó por me-

jor decir, hacia un lago fangoso, formado por la inundacion. Este lago rodeaba una poblacion entera. El espectáculo era original, y desde la eminencia á donde habian llegado, los dos guías no perdieron ningun detalle.

—Es singular, dijo Berrendo, yo creia á la poblacion entregada á la mas profunda consternacion.

—Al contrario, contestó Andrés, el tiempo de las inundaciones es en este país, el tiempo de las fiestas y de los placeres.

Una multitud de baracas, de canoas y de piraguas, surcaba en todas direcciones, la superficie amarillenta de las aguas. Las campanas de las iglesias, repicaban como de costumbre, y por la puerta entreabierta, enmedio de la nave inundada, se veian entrar las piraguas y detenerse. Por una de las salidas se deslizaba sin ruido una canoa empavesada de negro, que conducia á un muerto á su última habitacion; en una piragua, tambien empavesada, pero con gallardetes y pabellones de colores, algunas jóvenes coronadas de flores, conducian cantando á una novia al altar. Desde lo alto de las azoteas, en donde el viento agitaba las hamacas, los habitantes que no habian salido, saludaban con alegría á los que marchaban

en las embarcaciones, deslizándose en las aguas del lago; otros, sentados en sus ventanas, con las piernas colgando hácia fuera, pescaban en los patios y en las habitaciones de los posos bajos, los pescados que iban á buscar en las aguas dormidas un refugio contra las corrientes impetuosas de los rios desbordados. Algunas veces, en medio de la ruidosa confusion de las canoas, aparecian los cuernos de un siervo, que iba nadando y que habia sacado de su madriguera la impetuosa corriente; algunos javalíes espantados huian tambien de sus escondrijos, sacando el hocico como los cetáceos, que surcan la superficie del océano. En una palabra, los hábitos de la naturaleza, parecian completamente trastornados.

Los dos guías tuvieron que rodear para evitar el paso por aquel llano anegado: felizmentente Andrés pudo obtener de algunos indios, que se deslizaban con auxilio de unos enormes patines de madera de aquellos terrenos fangosos, algunos vagos informes sobre el camino que debian seguir para llegar á la Playa-Vicente. Sin embargo, era muy dificil marchar con seguridad, ni aun avanzar por aquellos terrenos anegados: los caminos, las veredas, todo se hallaba confundido.

El mismo Andrés, como el perro, cuyo olfato paraliza el rocío ó la suma sequedad, no sabia qué direccion seguir. Lo mismo sucedia á la columna de caballería que iba siguiendo sus pasos con trabajo. Los que marchaban á la cabeza, encontraban bajo los piés de sus caballos un terreno bastante sólido; pero la tierra pisoteada por ellos, no ofrecia á los que venian detras mas que lugares fangosos, donde caballo y ginete caminaban penosamente, quedando algunos atascados. Segun los informes que habia recogido el rastreador, debia tomarse la direccion del Este; pero los pantanos impracticables, impedian seguir el rumbo indicado; fué preciso retroceder en el camino, y los hombres se desalentaban. Berrendo cavalgaba en silencio al lado del rastreador, que avanzaba sombrío y resignado, escuchando el sordo é imponente murmullo de las aguas lejanas, cuya vista le ocultaba una arboleda.

—Estamos cerca de un rio, dijo; esto es evidente hasta para un niño; ¿pero qué rio es? necesitamos ir los dos para reconocerlo. Venga vd. conmigo, tengo necesidad de su auxilio, porque dirian que Dios me ha retirado repentinamente esa

sagacidad, de que tal vez me enorgullecia demasiado.

Los dos guías llegaron á pocos momentos al lecho del rio anunciado; pero el rodeo que habian tenido necesidad de hacer, no les permitia decidir si aquel rio era Playa–Vicente ó el Rio Blanco. Berrendo pretendia que era el primero; Andrés sostenia que era el segundo. Que fuese uno ú otro, lo urgente era buscar el paso. El rio corria profundamente encajonado en un lecho rodeado de rocas tan elevadas, que sus aguas parecian negras y tenebrosas, á despecho del sol: era como un canal, cuyas orillas, separadas por una distancia de cosa de cuarenta piés, formaban por cada lado gigantescas murallas cortadas á pico. Las orillas del rio ostentaban una lozana vejetacion y parecian desiertas. Arboles magestuosos crecian de trecho en trecho, en la tierra que cubria la roca; ocultos bajo su verde follaje, ó mecidos en los bejucos que agitaba el viento, millares de pájaros mezclaban sus cantos á la voz sonora del rio, y los bosques vecinos enviaban armoniosos ecos con el olor de los laureles–rosa.

–Ya vd. vé, dijo Andrés, que este rio no puede ser el Playa–Vicente, porque nada revela aquí la presencia del hombre.

—En todo caso, contestó Berrendo, antes de llevar mas lejos nuestro reconocimiento, será prudente hacer que nos sostengan algunos soldados de mi compañía, y voy á buscarlos.

—Vaya vd., y entretanto, buscaré el paso, respondió Andrés.

Berrendo tardó algun tiempo en volver al lugar en donde habia dejado á su compañero. Conducid seis dragones de los menos fatigados, y seis infántes armados con hachas. El rastreador no se encontraba allí; pero Berrendo oyó su voz á corta distancia, y lo alcanzó á pocos momentos: se hallaba en un lugar en donde las rocas de las *riberas* avanzaban sobre el rio de manera que se aproximaban, no por la base, sino por la cima, á cosa de veinte piés. Los jarochos ó los indios, habian colocado de una á otra orilla, uno de esos puentes de madera que se encuentran frecuentemente en México. Los bejucos que pendian de los árboles, servian para sostener unas tablas, cuyos extremos se hallaban unidos con cuerdas de pial, y formaban sobre el rio el puente, por el cual podian caminar apenas dos hombres de frente, un puente móvil como los bejucos que lo sostenian, pero tan sólido, que podia soportar el peso de un tren de artille-

ría de lijero calibre; el cuerpo expedicionario habia pasado por muchos puentes semejantes sin el menor accidente.

—Está bien, Andrés, dijo Berrendo; pero por hoy nuestros soldados no podrian ir mas lejos; sus caballos están tan fatigados como ellos, y acabo de saber que el general ha reunido un consejo de guerra para examinar si seria prudente ir mas lejos, siguiendo los pasos de vd. en este laberinto de bosques y terrenos anegados.

—¿Qué ya no tiene confianza en mí el general? preguntó Andrés con vivacidad.

—No digo tal; pero pretenden que la sagacidad de vd. le ha faltado en esta ocasion, puesto que sostiene vd. que este rio no es el de Playa-Vicente. En cuanto á la lealtad de vd. nadie la pone en duda.

—Tienen razon, contestó el rastreador con tono sombrío, porque sabré morir si es necesario, para que no se dude de mí.

Dejando á los doce hombres de la escolta cerca del puente y previniéndoles los aguardasen, el rastreador y Berrendo atravesaron el puente para ir á reconocer los lugares. Las tropas, en efecto, se hallaban con tanto desaliento y tan fatigadas por una marcha en terrenos fangosos, que un ataque repentino habria sido la pérdida de la expedicion. En el otro lado

del rio reinaba el mismo silencio y la misma soledad. Por espacio de mas de una hora, los dos guías exploraron los bosques, los llanos y los valles; las únicas huellas que encontraron fueron las de los asnos que llevan los indios para cargar la leña que venden en las poblaciones, y los únicos séres vivos que hallaron en aquella soledad fueron precisamente un indio y su muger, que conducian media docena de burros, cargados con las ramas que habian recojido.

—¿Hé, José? le preguntó Berrendo al indio, ¿es verdad que el rio que corre ahí cerca, es el rió Blanco?

El indio se sonrió, como un hombre que vé la red que quiere tendérsele, y no contestó una palabra.

—¿Me respondes, animal?

Muy bien sabe vd., contestó al fin el indio, que el rio Blanco se halla á mas de seis leguas de aquí, y que este es el de Playa-Vicente.

Al oir estas palabras Andrés, pareció como herido en el corazon. Por primera vez de su vida el infalible rastreador acababa de engañarse; pero acojió la prueba de su error con el mismo silencio sombrío y resignado, que apenas habia interrumpido desde el momento en que Ber-

rendo le dijo que se habia perdido la confianza que se tenia en su habilidad.

—Volvamos al campo, dijo; me urje suplicar al general que busque un guía mas feliz ó mas hábil que yo.

—¡No encontrará uno mas leal! exclamó Berrendo.

—Es posible; pero la lealtad no debe ser la única virtud de un guía. Felizmente el error que he cometido, no ha podido causar la mas lijera sospecha, porque el peligro está lejos de nosotros.

En aquel mismo momento, el resultado vino á desmentir por segunda vez á Andrés, y el ruido de muchos tiros de fusil llegó á los oidos de los dos guías; el rastreador se puso pálido, y como Berrendo iba á lanzarse hácia el punto en que se habian escuchado los tiros, lo afianzó fuertemente del brazo para impedir que el menor ruido en el suelo distrajese su oido.

—¡En el puente de bejucos es en donde se están batiendo! exclamó. Berrendo, vd. me salvará de la nota de traidor que pudiera recaer sobre mí, se lo suplico á vd. en nombre de su madre.

En seguida Andrés preparó su carabina, y comenzó á correr con tanta velecidad, que Berrendo tuvo trabajo en seguir-

lo. Fué preciso emplear algunos minutos en aquella rápida carrera, para llegar al punto en que se batian. Por una feliz inspiracion, los doce hombres que habian dejado guardando el puente, lo habian atravesado, y sostenian á poca distancia un combate desigual contra veinte exploradores de la vanguardia del comandante español Topete. Despues se supo que aquel comandante caminaba con setecientos hombres, para sorprender la expedicion; muchos cadáveres cubrian la tierra, y los soldados mexicanos se batian en retirada hácia el puente, cuando los dos guías pudieron, siguiendo la orilla de la corriente, deslizarse entre ellos. Alentados con su presencia, los soldados se mantuvieron firmes sin retroceder; pero repentinamente vieron avanzar á poca distancia la cabeza de una numerosa columna española.

—Aquí es en donde debemos morir, dijo inmediatamente Andrés á Berrendo, yo por lo menos. Si está forzado el puente, está perdido Terán y mi honor; ordene vd. la retirada.

Berrendo hizo lo que deseaba el rastreador, sin comprender su intencion.

—Al puente, al puente, gritó.

Los soldados obedecieron y se encon-

traron en el acto en el puente móvil, presentando sus cuerpos como una trinchera para detener al enemigo.

Un corto número de españoles habian logrado establecerse en el extremo del puente, que temblaba bajo la lucha. Andrés tomó entonces la hacha de uno de los soldados, y Berrendo vió, pero demasiado tarde, para oponerse, cuál era la intencion de Andrés, al decir que allí era en donde debian morir. En lugar de servirse de su hacha para herir á los asaltantes, atacaba con furor los bejucos que sostenian el puente. Felizmente lo elástico de aquellos bejucos torcidos, hacia brincar la hacha, cuyo filo no podia cortar. Berrendo quiso oponerse á los esfuerzos del rastreador; pero se vió al mismo tiempo obligado á disputar su vida á un soldado español, y solo pensó en su defensa personal. Teniendo libres sus movimientos, Andrés atacó el puente por otro lado. Su hacha cortaba las correas que unian el puente móvil, y Berrendo conoció que el puente iba á faltar bajo sus piés. Acababa por un esfuerzo desesperado de desembarazarse de ser antagonista, y le gritó á Andrés que no lo sacrificase; pero ya no era tiempo. Con un hachazo acababa de cortar el último lazo que tenia

reunidas las tablas. Abrióse el puente, como una trampa, por la que amigos y enemigos cayeron de una altura como de treinta piés, á las aguas tenebrosas del rio de Playa-Vicente. Berrendo solo conservó bastante sangre fria, para agarrarse fuertemente de uno de los bejucos que flotaban sobre el rio, y detenerse. Suspendido entre el agua y el cielo, sin esperanza de socorro, pasó algunos segundos en una terrible angustia: en seguida, herido de una bala que le dirijieron del otro extremo, y que le rompió el hombro, Berrendo soltó el bejuco de que estaba asido. Cuando salió, á pesar de su herida, á la superficie del agua, en la que se habia sumergido, trató de distinguir lo que pasaba á su derredor. Todo era silencio y tristeza; las aguas que parecian negras por efecto de la altura de las rocas, que las dejaban en una profunda oscuridad, corrian tranquilamente, y no encontraba ningun punto firme en donde poner los piés. No obstante, siguió la corriente nadando, hasta el momento en que, incapaz de luchar para conservar la vida, se sintió arrastrado de nuevo por el rio. El sentimiento de su propia conservacion no lo abandonó completamente, y no tardó en comprender que los últimos é instinti-

vos esfuerzos, le habian hecho salir á la ribera. Entonces perdió enteramente el conocimiento.

Trascurrieron dos horas sin que Berrendo recobrase el sentido. Con la caida de la tarde, voces, hasta entonces mudás, comenzaron á elevarse en los bosques vecinos; los rumores de la noche sucedieron al silencio de las ardientes horas del dia; y el corazon de Berrendo comenzaba á latir al mismo tiempo que aquellos desiertos inanimados empezaban á vivir. En fin, cuando no habia mas luz que la del crepúsculo, el aventurero abrió los ojos, y la sensacion de un fuerte dolor le manifestó que aun vivia. Entonces reconoció que se hallaba tirado en una playa arenosa, que se extendia como una calzada angosta, siguiendo la base de las rocas. A poca distancia se hallaban dos cadáveres. Repentinamente uno de aquellos cuerpos, que parecian inertes, hizo un movimiento, y arrojó un grito doloroso, terrible, que fué repetido por los ecos. Berrendo creyó reconocer la voz del rastreador.

—¿Es vd. Andrés? exclamó, mientras aquel grito resonaba en el fondo de su corazon.

—¡Ah! ¿es vd. Luciano? ¡Bendito sea

Dios! contestó Andrés; acérquese vd. para que pueda tocar su mano.

Berrendo se aproximó como pudo, mientras que los brazos de Andrés se extendian como si tratase de abrazar algun objeto invisible.

—¿No me vé vd.? preguntó Berrendo.

Y antes que Andrés hubiese contestado observó qué una sangrienta herida, aparecia en lugar del ojo único del rastreador: el desgraciado se hallaba completamente ciego.

Ya no veré la luz del dia, ni á Luz, que tanto me queria, ni nada de lo que ha criado la mano de Dios, exclamó Andrés con voz alterada por el dolor, pero felizmente, añadió, Dios ha enviado á vd. aquí.

Extrañas ideas comenzaban á atravesar el cerebro de Berrendo. El nombre de Luz, pronunciado por Andrés, acababa de recordarle al mismo tiempo á su querida y á su rival, y habia en el fondo de su corazon una mezcla de alegría, de compasion y de horror.

—Yo lo llevaré á vd. al campo, dijo; no le faltarán á vd. auxilios de ninguna clase, y tal vez nó se han perdido las esperanzas.

El desgraciado Andrés volvió hácia

Berrendo su rostro desfigurado por el puñal.

—¡Oh Luciano! exclamó, no cuento con vd. para que me conduzca al campo; sino con su puñal, para que me libre de la vida. Máteme vd., Luciano, máteme vd. por piedad.

—¡Nunca! ¡nunca! contestó Berrendo; pero Andrés renovó sus instancias con mas empeño, y Berrendo conoció que la lucha contra aquella firme voluntad de un moribundo, era imposible: en el momento en que se rehusaba de palabra á acceder á las súplicas del rastreador, levantó el brazo y dió dos puñaladas en el corazon á Andrés. Este expiró sin pronunciar una sola palabra, pareciendo que al exhalar su último suspiro, daba las gracias á Berrendo.

Este logró llegar al campo del general Terán, y siguió los restos del cuerpo expedicionario, en su movimiento de retirada hácia Tehuacan. Habiendo llegado á aquella poblacion, lo primero que hizo fué comunicar á Luz la muerte de Andrés; y aun se atrevió á alabarse del horrible servicio que le habia hecho. Las maldiciones que le echó la jóven, y lágrimas amargas que vertió, le descubrieron lo

que antes debia haber adivinado: que Luz jamas lo habia amado.

—¡Sacrifíquese vd. por sus amigos! dijo Berrendo saliendo de Tehuacan. No me resta mas que meterme á fraile en algun convento.

Berrendo no realizó esta piadosa resolucion, y en lugar de entrar al convento, se puso á las órdenes del terrible Gomez el *Capador*. Tomó parte en las principales expediciones de aquel jefe implacable, del cual era digno soldado, y cuando sucedió la paz ó la guerra contra España, cambiando su vida de guerrillero por la de cazador, fué á participar en los bosques de San Blas, de las fatigas de los hombres, que recorren incesantemente aquellas inmensas soledades.

FIN.

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

ÍNDICE

DE LOS CÁNTICOS QUE CONTIENE ESTE TOMO